

6
CIC

HOUSSA

LAS
GRAND
DAMA

3

AI
P02276

.H7
G78

v.3



1020026570



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





N
Núm. Clas. H 8429

Núm. Autor 30312

Núm. Adm. -8-

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasific. cy

Catalogo _____

LAS GRANDES DAMAS.

TOMO III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30312

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

OBRAS COMPLETAS DE ARSENIO HOUSSAYE

LAS
GRANDES DAMAS.

VERSION CASTELLANA

DE

JOSÉ COMAS.

III

LA DAMA DE JACOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA BARCELONA. 85739

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL DE J. PONS.

CALLE DEL OLMO, N.º 13.

1876.

30312

843

PA 2276

A.

H7



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

LAS GRANDES DAMAS.

LIBRO III.

LA DAMA DE PALOS.

I.

GENOVEVA Y VIOLETA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avda. 2625 MONTERREY, MEXICO

Porque lloraba la señorita de la Chastaigneraye, cuando el duque de Parisis la encontró en casa la marquesa de Fontaneilles?

La joven tenía el pudor de las lágrimas y guardaba con orgullo el secreto de su alma. No tenía esas debilidades de los amores profanos que se humillan hasta la esclavitud. Su dignidad le era demasiado cara para que encorvase la cabeza ante la pasión ardiente que esta fuese.

Hé aquí lo que se decía; pero cuando llegó Octavio al cual no esperaba tan pronto, el joven la sorprendió en sus lágrimas, siendo así que nunca lloraba.

Acababa de ofrecer su corazón, su amor, su vida, para inmolarlos. Todos los sueños de oro de sus noches sin sueño, todas las ilusiones que adornaban el horizonte de Champauvert, como las blancas palomas que huyen y se buscan, huyeron por encanto.

Genoveva no pertenecía á esta clase de mujeres que se consuelan del amor por el amor. No creía que el alma pudiese contener dos imágenes queridas: la que se ama y la que no se quiere amar. Hubiera tenido horror de sí propia, si por un instante se le hubiese ocurrido el profanar lo que había sido la religión de su alma. Creía que Dios hace una alma para otra alma, y que Dios únicamente puede consolar al alma que pierde su gemela.

Así el día en que la señorita de la Chastaigneraye resolvió no amar á Parisis, se volvió hácia el cielo. El que hubiese visto á la jóven caer de rodillas ante un crucifijo de marfil, se hubiera impresionado ante su resignación y su dolor. Cerraba la puerta con mano estoica, ó, mejor dicho, con mano cristiana á todas las alegrías de la vida. No necesitaba como tantas otras, la celda de un convento para aislarse en el silencio, en la muerte y en el seno de Dios. Tenía la heroica voluntad de las grandes almas: en vano el mundo mostraba sus tentaciones; la joven podía bajar la montaña desafiando á Satan.

Los espíritus fuertes, los escépticos, los ateos, son sin duda, almas escogidas que se elevan siempre por encima de las humanas pasiones, toda vez que se rien

de los consuelos divinos: únicamente la tierra guarda alegrías para su orgullo, puesto que no quieren mirar nunca el cielo. Esto sin embargo, ninguno de ellos hubiera presenciado el sacrificio de Genoveva, sin sentirse profundamente conmovido, ante el dolor de aquella alma que ellos hubieran juzgado mortal, pero que desafiaba su condena.

Singular época la que atravesamos! Los filósofos quieren suprimir la pena de muerte á la hora misma en que decapitan nuestra alma. Que dirías de esto, Platon? Y tú, Jesús, que has predicado la muerte para alcanzar las alegrías de la vida eterna?

No se habrá olvidado que la señorita de la Chastaigneraye, viendo entrar al duque de Parisis en el saloncito de la marquesa de Fontaneilles, se levantó para dirigirse á su encuentro. Al principio quiso ocultar sus lágrimas; pero luego se dijo: «No! mis lágrimas le dirán cuanto le amaba!»

Octavio había cogido las manos de su prima para besarla.

—Genoveva! mi querida Genoveva! estais llorando?

—Nó replicó la jóven tratando de sonreír. Estas lágrimas que yo os quería ocultar, brotan de mi corazón á pesar mio: el verter lágrimas no es siempre llorar.

Genoveva había vuelto al sofá; Octavio se sentó á su lado guardando siempre sus manos entre las suyas.

—Por Dios, Geneveva, decidme por que llorais.

La señorita de la Chastaigneraye, miró á Octavio con una ternura insoñable.

—Porque lloro Octavio! Porque os amaba y ahora no os amo!

La jóven pronunció estas frases con lentitud, con dulzura y con penetrante espresion.

Octavio se sintió conmovido en toda su alma y en todo su cuerpo. Levantó las dos manos de Geneveva hasta sus lábios, y las besó con amor.

—Geneveva, dijo, si me habeis amado, me amareis siempre.

—Y vos decís esto! vos que convertís el amor en un juego ó en una partida de campo!

—No me conocéis, Geneveva. Yo os amo, os he amado siempre, no he amado á nadie mas, y no amaré á nadie mas que á vos.

Geneveva miraba á Octavio, bien como si este le hablase en hebreo.

—Como no habeis comprendido, Geneveva, que en las prodigalidades de la vida, se puede echar todo por la ventana, excepto el corazon? Soy indigno de vos, no lo ignoro; he cruzado por todas las pasiones de la juventud, sin guardar las virtudes del orgullo; pero desde que vos me revelasteis el amor, desde que os ví, sentí que nunca habia entregado mi alma.

Geneveva sonreía con tristeza. El jóven comparó el amor al sol; todo fuego y todo luz.

—Vos habeis sido, añadió, quien me ha dado este

fuego y esta luz. Hasta que os conocí yo fui aquel viajero de los cuentos árabes que únicamente se despierta de noche y que no conoce mas que la lejana claridad de las estrellas. Todas las mujeres que han cruzado en la carrera de mi vida han sido como estrellas perdidas que han brillado á millones de leguas de mi alma.

—Elocuencia vana! replicó Geneveva: no me compareis al sol porque no vereis mas mis rayos. Vengo tristemente á despedirme de vos y á participaros una gran noticia.

Octavio que dominaba sus emociones como el ginetete que, á un solo grito detiene su caballo, se dejó llevar por su emocion.

—Teneis que participarme una noticia? dijo: me asustais.

El jóven ya no reía. Adivinaba que su prima iba á anunciarle su futuro enlace con algun príncipe francés ó estrangero. El dolor le rendia.

Hacia ya un año que Geneveva era la orilla, el horizonte, el sueño de su alma. Entregado á la borrasca, á la tempestad, á la inquietud, aspiraba á la realizacion de su ideal. Suprimir de su existencia la imagen de Geneveva, equivalia á suprimir su corazon.

El jóven escuchaba silenciosamente como si su destino hubiese hablado por los sibilíticos lábios de Geneveva.

—Primo, dijo la señorita de la Chastaigneraye:

tengo el honor de participaros el futuro enlace del señor Duque Juan Octavio de Parisis...

Octavio respiró; Genoveva se había interrumpido; el joven creyó que no se atrevía á pronunciar el dulce nombre de Genoveva. Sabía que era tan estraña, que no debía sorprenderse de que ella le anunciara su enlace de un modo tan singular. Octavio no estaba resuelto á casarse con ella, porque era pobre: mas ya que Genoveva le amaba se sentía dichoso, y el porvenir le abría sus puertas de oro.

Quiso coger otra vez una mano de Genoveva; pero esta la retiró irguiendo su cabeza con el orgullo de siempre.

—Primo, dijo la jóven con voz mas seca y mas firme; tengo el honor de participaros el futuro enlace del señor duque Juan Octavio de Parisis, con la señorita Violeta de Pernand-Parisis.

II.

LA LOCURA DE LA RAZON.

Octavio miró á Genoveva, bien como para preguntarle si aquello era una burla.

La jóven comprendió esta idea, en la espresion de sus ojos.

—Primo, dijo con gravedad: os hablo así porque Violeta es mi prima y es digna de ser mi hermana. No la acuseis; de lo contrario me levanto y no os veré nunca mas. Vos hicisteis el mal, y á vos os toca el repararlo. Me direis que el mal es irreparable porque Violeta ha tenido otros amantes; pero yo conozco el alma de esta jóven, la he visto en la cárcel, y todo me lo ha confesado: ella ha engañado á todo el mundo para no engañaros á vos: se ha entregado á un juego cruel, en el cual ha quedado herida mortalmente. Quería vengarse de vuestro desden, y no se ha vengado mas que de sí misma. Pero como su corazon era noble, ha sabido preservarse. La opinion pública la ha condenado; pero Violeta se ha reservado el derecho de absolverse.

—Y os ha dicho esto?

La señorita de la Chastaigneraye se levantó rápida, herida, indignada.

—Y bien, os creo, dijo Octavio deteniéndola; pero seré el único que os daré crédito.

—No: la verdad siempre concluye por ser la verdad. Quien se atrevería á negar la virtud de Violeta, cuando sea la duquesa de París?

—Todos los que la han visto en las locuras del pasado.

—Hay un príncipe, un español y un ruso, que se han dado la importancia de haber sido sus amantes; pero les consta que no lo han sido. Y olvidaban...

—Os comprendo, mi querida prima; os juro que no tengo necesidad de casarme con Violeta, para hacerles morder el polvo si tienen bastante audacia para ocuparse de ella en lo futuro.

—Enhorabuena; pero os casaréis con Violeta. El tribunal vá abrirse y quedará absuelta. Esto os hará mucho honor: será un brillante ejemplo que dareis al siglo.

—El ejemplo del ridículo! Oh! hermosa romántica! Confieso que si hiciera esto, inquietaría á algunos seductores tímidos, pero la moral no ganaría mucho. Es necesario que haya Violetas, como es necesario que haya Genovevas.

—Os digo que hareis esto. Todo lo he arreglado. Hice de mi fortuna, ó, si quereis, de la vuestra, cinco partes; ó mejor dicho hemos rasgado los testamentos, señalando un millon á cada linea, y Violeta tiene

un millon, puesto que es hija de la señora Portien.

—No me casaré, toda vez que este mismo millon me separa de ella.

—Lo sé perfectamente; pero mi deber consiste en deciros que antes de renunciar al mundo, quise dividir en cinco partes la fortuna de mi tia. Guardo un millon para mí, ó sea para los pobres: se me perdonará este último orgullo: el hacer limosna para emplear en algo el tiempo.

—Genoveva, yo os escucho admirado; pero lo que estais diciendo es la locura de la sabiduria.

—La locura de la sabiduria! No os comprendo.

—Quereis, como todas las grandes almas, rehacer el mundo á vuestra imágen. Sé que dibujais bien; y yo os pregunto: se puede retocar un cuadro antiguo? El hombre no creará mas que cosas pequeñas en la obra de la naturaleza: la perfeccion de este mundo vive de su imperfeccion, como el bien vive del mal. Por lo menos, prima; vos teneis un consuelo: el de creer en la existencia de otro mundo, revisado, corregido y aumentado.

—En una palabra, Octavio: rechazais la mano de Violeta?

—Prima, la he rechazado ya desde un principio.

La señorita de la Chastaigneraye volvió á dejar su asiento.

En aquel instante la marquesa de Fontaneilles levantó una cortina.

—Es necesario dar tres golpes? dijo sonriendo.

—Nó, respondió Genoveva: ya sabes que lo que debía manifestar al señor de Parisis yo queria decirlo en tu presencia. Ven en mi ausilio, pues mi mision ha tenido mal éxito.

Octavio se levantó para recibir á la señora de Fontaneilles.

—Mi querida marquesa, dijo, sed mi abogado, ya que mi prima no quiere comprenderme.

—Qué le decís?

—La digo que la amo.

—Y bien, mi querido duque: Genoveva tiene mucha razon al no comprenderos.

Octavio se habia sentado al lado de la marquesa, en frente de Genoveva que se mantenía en pié.

—Sentaos, Genoveva, dijo la señora de Fontaneilles.

—Nó, replicó la señorita de la Chastaigneraye: nada mas tengo que decir.

La marquesa se volvió hácia Octavio:

—Veamos, dijo, señor de Parisis: no dejéis marchar á Genoveva.

Octavio tenía la elocuencia de la palabra, mas sobre todo la elocuencia de las manos. Cuando quería persuadir una mujer cogia su mano, y la causa era ya entonces mitad ganada.

En el momento en que cogió la mano de la marquesa, esta le miró estremeciéndose y brotó de sus ojos un rayo que á su vez hizo estremecer á Octavio.

El demonio que le poseia constantemente—el de-

monio que Genoveva con su presencia habia exorcisado—se volvió á apoderar del jóven. Su mirada cayó sobre el seno de la marquesa, que trasparenteaba su belleza á través de un ligero traje de mañana apretado en un corsé bajo y sencillo que en vez de aprisionar acariciaba.

Octavio debía morir en la impenitencia final puesto que todas sus emociones no le privaban de reconocer otra vez que la marquesa tenia bellezas incomparables para un hombre voluptuoso. Fuera de esto, ella se habia resistido y Octavio no era hombre para declararse vencido.

Entretanto, Genoveva, entregada por completo á su dolor, no vió afortunada ó desgraciadamente el estremecimiento experimentado por su primo y por su amiga.

Pero observó que la mano de la marquesa, permanecia por mucho tiempo entre las manos de Octavio y dió un paso para marcharse.

—Cómo! te vés enfadada y sin darme tu mano? dijo la marquesa que rechazó la de Octavio con cierta cólera, bien como si la hubiese humillado el placer que al sentirla estrechada habia sentido y que era como un veneno que habia tomado con delicia sin pensar en sus consecuencias.

—Sí, dijo Genoveva: algun dia me comprendereis; ahora no me comprendéis ni el uno ni el otro. Voy á Champauvert y no volveré nunca mas á Paris. A menos, dijo, despues de un momento de silencio,

que el señor Duque de Parisis venga á pedirme la mano de la señorita Violeta.

Ni Octavio ni la marquesa creían que Genoveva fuese tan formal; pero en vano trataron de detenerla. Cuando salía de casa la marquesa, prometió á esta que volvería á despedirse de ella.

Pero la jóven tenia que hacer sus visitas antes de emprender la marcha y no podia entretenerse mucho. El coche de la marquesa aguardaba á la señorita de la Chastaigneraye en el pátio. Estaba ya en el vestíbulo cuando su amiga la dijo que iba á acompañarla, lo que naturalmente equivalia á echar fuera á Octavio.

—Mi querida Genoveva, dijo este al despedirse, quiero visitaros aun en casa de la marquesa.

—Nó, replicó su prima: lo he dicho todo.

El jóven rogó en vano: se estrelló ante un silencio inflexible.

—Estraña mujer! mas estraña que nunca! murmuró Octavio; ella lo ha dicho todo! pero yo... yo aun no lo he dicho!

III.

LAS DOS PRIMAS.

El proceso del ramillete de rosas debia ocupar al tribunal de Yonnes dentro algunos dias. El procurador imperial habia hecho una visita á la señora Portien y la habia prometido que volveria á visitarla sin manifestarla no obstante lo comprometida que se hallaba por una sola vindicta pública. Decíase que se habia visto en su casa al niño que tocaba el violin y hasta se la acusaba de que lo estaba ocultando. La señora Portien dijo al procurador imperial que no se rebajaria hasta el punto de defenderse. El magistrado la dijo que volveria; pero al siguiente dia se dió orden para que se presentara en Auxerre.

Qué habia ocurrido en el interior de su alma? Lo cierto es que cuando se la sirvió el almuerzo no quiso comer nada. Tomó un poco de café y se retiró á su cuarto.

Una hora despues habia muerto.

Yo he leído las declaraciones de una de sus criadas, una de esas jóvenes del campo que ora se ocupan en la cocina, ora en hacer costura, que guisan

por la tarde y cosen por la mañana. Esta jóven llamada Athenais Duru declaró lo siguiente:

La señora Portien, orgullosa con sus criados, no les comunicaba jamás nada acerca su vida y acerca lo que pensaba. Era avara y gastadora á un mismo tiempo. Cómo empleaba su dinero? No lo gastaba en su castillo. Iba á pasar cuatro veces al año una temporada de quince dias en Paris, donde acostumbraba á dejar sus rentas. ¿Cómo vivia en Paris? Bajaba en la fonda de Lord Byron, donde tomaba el título de condesa de Arcourt y en la que ostentaba todo el tren de última moda. Vivía á su gusto en todas las estaciones por espacio de quince dias. Lo demás del tiempo lo pasaba en Pernand, soñando, leyendo ó regañando á sus criados. El señor Portien se dejaba ver de cuando en cuando: á su llegada, el castillo se animaba un poco, pues el señor Portien era amigo de la buena mesa y daba á la cocinera las recetas de los guisos que leía en los periódicos.

Cuando la señora Portien recibió la orden de ir á Auxerre subió á su cuarto. Por un instante se la vió en su ventana. Echó una mirada llena de tristeza al castillo de Parisis, cuyos grandes bosques se ostentaban en la cumbre de los montes? ¿Buscó el castillo de Champauvert perdido al horizonte? Contempló su jardín donde habia pasado algunas buenas horas con sus amantes? Se ignora.

Media hora despues se vió salir por la puertecita del jardín al niño que tocaba el violin y que se bus-

caba en vano por toda la Francia y hasta en Italia. El jardinero le dirigió algunas preguntas: mas empuñó su camino sin responder una palabra: El jardinero le siguió con los ojos y vió que tan luego como se vió solo, sacó de su bolsillo un puñado de oro que contempló con la alegría de un niño. La gente del castillo no habia visto nunca al pequeño músico; ¿de donde salia? Hé aquí el secreto. Todo el mundo vigilaba, pues allí se sabia como en todas partes, que la señora Portien iba á ser envuelta en el proceso.

Media hora despues de haber salido el niño del violin, la criada Athenais creyó oír un grito por mas que estuviese á alguna distancia del cuarto de su ama. Corrió y quiso abrir la puerta. Mas la señora Portien habia corrido el cerrojo. La criada temió ser indiscreta y aguardó.

Luego estrañando no ver á su señora, cogió por otro camino. El tocador de esta se abria con una puertecita que estaba debajo de una de las alas del castillo. Esta puerta no estaba cerrada por dentro. Cual fué la sorpresa de la jóven al ver su ama tendida en mitad del cuarto con el rostro contraído, los ojos desmesuradamente abiertos, los brazos estendidos: espectáculo horrible para una aldeana que no habia visto los dramas del Ambigú!

La jóven la levantó en sus brazos; pero la señora Portien habia muerto. Sus manos estaban ya frias como el mármol. La criada pidió auxilio.

Produjo esto un gran ruido que de eco en eco lle-

gó hasta Tonnerre. A las doce de la noche el procurador imperial de Auxerre sabía que la señora Portien había muerto de repente. Mandó á buscar al médico de Champauvert y al rayar el alba se encontraba con él en el castillo de Pernand.

Se halló á la señora de Portien tendida en su lecho pero en la actitud y con la espresion que la jóven Athenais había ya indicado.

—Os he llamado, dijo el procurador imperial al médico, porque estoy cierto de que la señora Portien se ha envenenado con el mismo tósigo del ramillete.

—No lo dudo, resplicó el doctor despues de haber examinado los lábios y la nariz de la difunta.

Hallóse una carta sellada sobre el secreter que llevaba esta direccion:

Al señor duque Octavio de Parisis.

En virtud de sus poderes discrecionales el procurador imperial abrió esta carta en la esperanza de que hallaría en ella el secreto de aquella muerte. Decia así:

«Mi querido primo: muero de dolor porque no me he atrevido á acusarme á mí propia. Deseo que mi fortuna se dé á Violeta, á esa pobre niña que no es la culpable, pues la verdadera culpable yo la conozco. Mi crimen, por qué no he de confiároslo? consiste en que soy madre de Violeta y en que yo la he abandonado. Muero destrozada por los remordimientos. Que Violeta me perdone. Sed su hermano como sois

el hermano de la señorita de la Chastaigneraye. Dentro una hora habré muerto. Al mismo tiempo que me condenareis, rogad por mí. Per mas que hice, el destino me fué superior.

»Adios, primo mio: os abraza.

»EDUVIGIS DE PERNAND-PARISIS.»

—Esto es, dijo el procurador imperial: era indispensable concluir así para no concluir mal. Esto de administrarse justicia á uno mismo, siempre es algo.

—Dios la haya perdonado! dijo el médico, bien como si lo dijera por costumbre, pues era un hombre que no creía en Dios.

El procurador imperial leyó tambien lo siguiente en una hoja de papel que el viento había lanzado á un rincon del cuarto:

«Este es mi testamento:

»Dejó y lego á la señorita Luisa de Pernand-Parisis, conocida por el nombre de Violeta, acusada injustamente de un crimen que no ha cometido, todo lo que yo posea en el dia de mi muerte, en bienes muebles, inmuebles, títulos de la deuda y alhajas. Dejó á su cargo el pasar al señor Portien una renta de tres mil francos, que todos los meses le será satisfecha en Paris.

»EDUVIGIS DE PERNAND-PARISIS.»

»Castillo de Pernand, 15 abril de 1887.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERNÁNDEZ"
625 MONTERREY, MEXICO

El jardinero declaró que media hora antes de fallecer la señora Portien, había visto salir un pilluelo de doce á quince años, el cual había cruzado el parterre y había salido por la puerta del jardín.

—Este es otro rayo de luz, dijo el médico. Hé aquí la última palabra.

Luego que el procurador imperial hubo vuelto á Auxerre, hizo jugar el telégrafo en todas direcciones y puso en campaña á todos los gendarmes.

El tocador de violín, mientras se le buscaba muy lejos, se encontraba en Auxerre, en una taberna donde había mujeres de mala vida.

El procurador imperial, que era todo un filósofo, se fijó en el rostro y en el continente de aquel niño. No sé si era saboyardo; pero tenía una hermosa cabeza que, en Nápoles, hubiera detenido á Leopoldo Robert. Murillo hubiese hecho de él un adorable tipo. Ojos vivos, boca de fuego, aire maligno. La España y la Italia parecían reír voluptuosamente en aquel rostro aventurero. Observó todo esto la señora Portien?

Se le encontraron aun diez y siete luisas: había gastado ya tres desde el día anterior, treinta sueldos en el camino y el resto en la taberna.

Sus primeras contestaciones al juez probaron que se le había dado una lección para que guardase silencio; mas luego que le prometieron devolverle la libertad, que se le compraría un violín y que se le entregarían sus 17 luisas, charló con toda franqueza.

Hé aquí el interrogatorio:

—La hermosa dama de Paris te dió en el *Leon de Oro* un ramillete de rosas para llevarlo á Champauvert?

—Sí, y partí en seguida: pero á la media hora me volví para ver pasar un carruaje: era la amiga de aquella señora. Hizo detener el carruaje y me hizo una seña para que me acercase á hablarla. «Hijo mío,» me dijo, vas á subir al lado del cochero: tengo que darte una carta para Champauvert.» Acepté con alegría.

—El cochero lo oyó?

—Nó, me habló en voz baja; y luego añadió: «No digas nada á nadie: quiero dar una sorpresa.» Subo al lado del cochero; mas no siguió el mismo camino.

—Donde fuisteis?

—Vaya una pregunta! al castillo de la señora.

—Y que ocurrió en él?

—Nada. Me dió de cenar ella misma.

—Y á qué hora saliste para Champauvert?

—Al siguiente día, al amanecer.

—Qué te dijo la señora Portien?

—Que entregase el ramillete á la señora del castillo y que volviera á su casa sin decir una palabra: prometió darme un luis de oro.

—Y por qué no entregaste el ramillete á la señorita de la Chastaigneraye?

—Qué tontería! porque estaba en misa. En el castillo había una criada que se encargó de hacerlo.

—Y volviste á Pernand?

—Sí; no soy tan tonto para perderme un luis de oro.

—Y qué hiciste?

—Qué habia de hacer! Me quedé allí sin hacer nada, bien vestido y bien cuidado.

—Mas por qué te quedaste allí?

—Toma! porque la señora me prometió acompañarme á Italia y hacer la fortuna de mi madre.

—Y qué hacias en el castillo?

—Que pregunta! Vivía como un príncipe: solo que me fastidiaba porque me hallaba en un cuarto donde no se podían correr las persianas y donde no podia tocar el violin. Fuera de esto, yo era feliz.

—Espícate mejor.

—Y bien, la señora no habia dicho á nadie que yo estuviese allí para no causar dolor á su familia. Yo vivia oculto: ella era la que siempre me traía la comida; todos los dias jugaba á los naipes conmigo, diciéndome que pronto marcharíamos.

—Pero no siempre jugabais á las cartas.

—Qué tontería! Ella me venia á ver tres ó cuatro veces al dia; me contaba cuentos, me enseñaba sus hermosos vestidos y hasta me dió un reloj y un anillo.

—No te vió nunca la gente del castillo?

—Quizá me vieron á mi llegada; pero creyeron que me habia marchado.

—Qué te decía la señora Portien?

—Me decia que era necesario que yo la amase y que nunca dijera que yo habia llevado un ramillete á Champauvert, porque la hermosa señora de Paris lo habia envenenado, y se acusaba de haberlo emponzoñado á la señora Portien.

—Qué te dijo ayer esta señora antes de marcharte?

—Me dió miedo: tan pálida estaba. Me besó y me dijo: «Véte, hijo mio, no puedo marchar á Italia contigo: seguirás tu camino á pequeñas jornadas, ocultarás tu dinero, y ya tocarás el violin en Italia.» Pero no me devolvió mi violin, sino que lo quemó. Pobre violincito mio! Qué hoguera hizo! Ella decia que habia dentro una bruja que me traeria desgracia. Hé aquí por qué lo echó al fuego.

—Por qué viniste á Auxerre?

—Qué tontería! era mi camino.

—Y por qué entraste en esta mala taberna?

—Porque echaba de menos á la señora.

—Espícate.

—Qué tontería! Quería volver á ver mujeres bien vestidas.

Estas frases del niño fueron como una revelacion nueva. Pero esto no era cuenta del proceso.

La señora Portien se habia resignado á la muerte; la muerte, que es de sí una redencion, la purificaba, con su blancura de mármol, de sus pasiones y sus crímenes. Se habia arrepentido en su última hora: la justicia de los hombres habia de detenerse ante su

tumba. Según había dicho ya á Octavio en su carta de despedida, había sufrido su destino sin hallar fuerzas para vencerlo: la señora Portien nunca había pensado en Dios durante su vida, y tampoco pensó en él en la hora de su muerte.

No iremos mas lejos en este estudio que nuestras dos heroínas Genoveva y Violeta, nos han impuesto. Verdad es, que no hemos presentado á la señora Portien, ante un tribunal para pintar una gran señora.

El abogado de Violeta participó á ésta, la muerte de la señora Portien.

—Vuestra madre os salva, muriendo por vos, le dijo.

Violeta cayó de rodillas.

—Mi madre! exclamó; por que entonces queria tanto á la otra?

—Porque la otra era la madre de vuestra alma.

Desde que se había concedido mas libertad á Violeta, sólo se habían presentado dos personas á visitarla: su abogado y la señorita de la Chastaigneraye.

Genoveva, en un momento de heroísmo romántico, había ido á Auxerre para consolar á la pobre joven, y para mejor consolarla, la había dicho: «Vos sois mi prima.»

Como una buena hada que trata de dejar esperanzas, Genoveva se había complacido en prometerla mejores dias, pues ella pensaba ya en casarla con el duque de Parisis, dando tanto á él como á ella, un millon por dote. Ella había ocultado tan hermosa ac-

cion, rasgando el testamento. Y de este modo no se contentaba en dar dos millones, sino que perdía otros dos, toda vez que los otros herederos de Regina de Parisis, volvían á recobrar sus derechos y su legítima.

El proceso del ramillete se vió ante el tribunal en el mes de Mayo, y allí fué donde se proclamó la inocencia de Violeta, en medio de aplausos apenas reprimidos. El abogado Lachaud no usó entonces de mas elocuencia que la del silencio.

El coche de la señorita de la Chastaigneraye aguardaba á la puerta de la audiencia. Violeta subió en él con una hermana de la caridad que siempre la había asistido. Se hallaba tan pálida y enferma, que las aldeanas juraban al verla, que no viviría ni un mes.

Cuando llegó á Champauvert, encontró á Genoveva en la primera grada del vestíbulo, que le tendía sus brazos. Violeta se inclinó respetuosamente, bien como si la virtud de aquella mujer fuese para ella una religion, y la suplicó que la dejara abrazar aquel ángel de bondad que se había dignado descender hasta su cárcel.

Violeta derramó un torrente de lágrimas, feliz y desgraciada á un mismo tiempo: feliz por verse así recibida; desgraciada por aportar una frente manchada bajo aquellos lábios tan puros.

—En fin, dijo, sonriendo y levantando sus ojos al cielo; ahora ya puedo morir.

—Morir! no faltaba otra cosa, replicó Genoveva: yo quiero que vivais. El señor de Parisis tambien lo quiere porque os ama.

—No, dijo Violeta con tristeza: si me hubiese verdaderamente amado, aun yo viviria en la calle de San Jacinto. Pero le perdono, ya que he sufrido tanto para rescatar mi falta.

Genoveva manifestó á Violeta que en lo sucesivo seria rica.

—Sois, como Octavio y como yo, heredera de la tia Regina. Vuestra parte asciende á un millon.

—Y bien, dijo Violeta ruborizándose; así pagaré mis deudas.

—Creo que os comprendo, dijo Genoveva, ruborizándose á su vez.

—Ya que habeis sido bastante buena para descender hasta mí, tengo que deciros, para no hablar mas de ello, que yo quiero devolver cuanto me fué dado en mis locuras, en las que os juro que unicamente el señor de Parisis fué mi amante: los otros no alcanzaron sino promesas.

Entre las dos jóvenes hubo un momento de silencio. Violeta temia profanar el alma completamente pura de su prima; Genoveva temia lanzar á Violeta en las humillaciones del pasado.

—En seguida, añadió Violeta, me iré á las arrepentidas.

—No, dijo con viveza la señorita de la Chastaigneraye: vivireis en el castillo de Pernand, y mi pri-

mo Octavio irá á pedir os vuestra mano; os respondo de ello; concluirá por ver la nada de su existencia, y tratará de redimirse ejecutando una hermosa accion.

—Nunca! exclamó Violeta, nunca! Si algun dia el señor de Parisis llegase á alcanzar una sombra de razon, no la alcanzaria por mí, sino por vos; no lo du-deis, señora: Octavio os ama.

—Entre nosotros dos média un abismo: el de vuestra desgracia.

—Dejad que yo siga mi destino, siento que para mí no existe mas que Dios en la tierra; iré á las Arrepentidas, se me olvidará y yo tambien olvidaré.

—No, vuestro deber consiste en ir á Pernand; en santificar con vuestras oraciones y con vuestras limosnas, la casa de esa pobre mujer que fué aun mas loca que culpable. Es vuestra madre, Violeta: debeis esto á su memoria.

Violeta se inclinó y guardó silencio.

ta,—tocaba el arpa y el piano en el castillo con un sentimiento exquisito.

En Pernand, viendo llorar á Violeta ante aquella soledad triste, Jacinta la dijo con esa dulzura de angel que le habia inspirado la señorita de la Chastaigneraye.

—Si quereis, señora, me quedaré aquí con vos.

Violeta cogió su brazo.

—Oh! dijo, doy gracias á Dios porque creia no tener mas que una amiga y veo que tengo dos.

Y despues de esta efusion de dos almas hermanas, prosiguió:

—Oh! si, quedaos. Me salvareis de la muerte y me salvareis de la vida.

Se arreglaron como dos hermanas. Al cabo de unos dias el castillo volvió á recobrar cierto aire de fiesta á traves de su luto. Las ventanas, casi siempre cerradas, se abrieron de par en par. Jacinta colocó flores en todas partes; mas, por un sentimiento delicado, se olvidó de poner rosas.

A su llegada, Violeta dió diez mil francos á los pobres, diciendo que la señora Portien los habia legado en su testamento. Mas nadie se engañó: harto se sabia que la señora Portien no pensaba en los pobres. Así es, que todo el mundo bendijo á Violeta, sobre todo, cuando se conocieron una tras otra sus buenas obras, que ella se esmeraba en ocultar; la creacion de dos camas para los pobres de Pernand en el hospital de Tonnerre, el donativo de un órgano á la iglesia

IV.

VIOLETA Y JACINTA.

Violeta, en su adoracion por Genoveva, quiso obedecerla: se atrevió á morar en el castillo de Pernand, pequeña hacienda de la señora Portien. Ya le habia sido preciso ir dos veces á este castillo abandonado, verdadera soledad ruinoso, por el testamento y la sucesion de su madre.

La primera vez fué á él con la señorita de la Chastaigneraye, como en peregrinacion, balbuceando oraciones por el alma de la desgraciada mujer que, á no dudarlo, no hubiera cometido su crimen, si ella no la hubiese encontrado. La segunda vez fué allí con una jóven de Champauvert á la cual Genoveva protegía.

Era una verdadera música perdida en el campo: hija de un capitán de artillería que habia muerto en Méjico, vivía de una modesta pensión; pero sobre todo vivía de la generosidad anónima de Genoveva. El domingo tocaban el órgano juntas para edificación del cura y alegría de los aldeanos. Durante la semana, Jacinta,—nombre de una flor, como el de Viole-

y la fundacion de una escuela dirigida por monjas en aquella aldea, donde las niñas eran aun enseñadas juntamente con los niños.

La señorita de la Chastaigneraye fué cierto dia á visitar á Violeta, y sorprendió las dos jóvenes en casa de una pobre mujer que tenia cuatro hijos enfermos.

—Que Dios sea loado! exclamó Genoveva; hareis aquí tanto el bien que no pensareis en marcharos.

—Y vos, mi querida vecina? dijo Violeta besando las manos de Genoveva, mientras que su prima la besaba en la frente.

Jacinta, viendo que la señorita de la Chastaigneraye guardaba silencio, sin disimular cierto sentimiento de tristeza, dijo con emocion:

—Oh! todo el mundo será feliz!

Pero Genoveva, lo mismo que Violeta, no queria recoger para sí estas frases.

Algunos dias despues, Violeta y Jacinta fueron á Champauvert.

Encontraron á Genoveva que estaba rezando en la iglesia, en la misma capilla donde Octavio habia roto el testamento de los cinco millones.

—Rogais por mí, no es cierto? le preguntó Violeta.

—No, dijo la señorita de la Chastaigneraye; ruego por mí.

Violeta pareció sorprendida.

—Por vos! y porque rogais por vos?

Genoveva no contestó; pero se dijo á si misma:

—Ruego porque aunque arroje mi corazon sobre el mármol de este altar, este corazon se subleva y domina constantemente mi corazon.

vir de Dios ó del mundo. ¡Qué quieres! aunque soy muy absoluta, me parezco alguna vez á aquella mujer de dos caras que miraba el Paraiso y el Infierno con igual cariño.

»Yo creo que de esto tiene la culpa mi tia Regina. Tú ya conociste su imaginacion romántica. Todos los dias daba á luz un sueño nuevo que, ¡ay! como todos los sueños no duraba mas que un dia.

»Hizo mal en no confiarme á tí durante la infancia. Mas Paris y la vida moderna la inspiraban un horror verdadero; no lanzaba á lo pasado adornando con los colores mas tiernos y mas alegres sus viejos ídolos.

»Yo, yo la escuchaba aspirando como todas las doncellas á las cosas de mi tiempo. Tenia miedo de ser ridícula con una inteligencia enturbiada por las viejas ideas. Hé aquí porque alguna vez daba pruebas de audacia como una heroína de novela para probarme á mí misma que no vivia anticuada.

»Tú sabes que siempre he amado á Octavio. No sé desde cuando data esta locura. Cuando yo era muy niña él era ya grande, y cuando se fué á Paris se me llevó el alma. Yo le seguí en la avenida del castillo de Champauvert, donde vino á ver á mi tia Regina; tenia mi muñeca entre las manos y lloraba á lágrima viva; cuando desapareció á lo léjos contemplé á mi muñeca como para comunicarla mi dolor: pero la muñeca reia.— No lloras! grité yo colérica. Y tiré la muñeca por encima de la cerca.

CONFESION DE GENOVEVA.

Es necesario fechar en esta época, dos cartas de Genoveva y de Violeta á la marquesa de Fontaneilles y á la condesa de Entraygues.

He aquí la carta de Genoveva:

«Mi hermosa Armanda:

»Tú siempre te has burlado de mí por mi caracter romántico. Me encontrarás aun mucho mas fantástica, pues hoy vengo á rogarte que me me busques en Paris un convento donde pueda ocultar mi dolor y mi llanto.

»Si no te hubiese abierto mi corazon, habria ya muerto. A decir verdad no se lo que hago en la tierra; pero me detengo en ella por tu amistad. Eres tan hermosa, que el verte constituye para mí una verdadera alegría: así es, que no quiero entrar en un convento, sin reservarme la libertad de recibirte y de ir á tu casa.

»Me dirás tal vez que no hago nada como la generalidad de las gentes! En efecto: es indispensable vi-

«A partir de aquel día, ni siquiera quise mirar las muñecas en manos de los otros, ni jugué nunca mas con ellas.

»Todos los años esperábamos ver á Octavio. No volvía. Era como yo huérfano; pero mientras estábamos aprisionadas en el país natal, él corría por el mundo. Cierta día, ya lo recordarás, viniste á Champauvert á pasar una temporada con tu madre. ¡Qué alegría esto de tener una amiga! tanto mas cuando tú eres el ideal de las jóvenes doncellas. Yo ví por tus ojos Paris, el mundo de las fiestas, el mundo del espíritu.

»Desgraciadamente tú te casaste y no volviste mas; mi tia, viendo que yo me moría de fastidio, resolvió pasar un invierno en Paris, en aquel pequeño palacio que tú alquilaste para nosotras y que estaba situado cerca el de Octavio.

»Aquí es donde empieza mi novela; pues toda mujer tiene cuando menos su primer capítulo.

»Yo estaba casi loca, sobre todo despues de haber visto mi primo en aquel baile de la Corte con el cual hice mi entrada en el mundo.

»Hoy te lo confieso todo, pues antes me callaba algo.

»Yo me figuraba que para ser amada de Octavio, él, que era amado de todas las mujeres, él, que las amaba á todas, era indispensable herir su inteligencia. Así jamás actriz alguna representó comedia cual la mía. ¡Lo que es no ser parisiense y tener demasia-

da imaginacion! Las jóvenes que viven en las locuras del día son menos locas de lo que yo lo fui en aquel entonces, por mas que siempre yo hubiese vivido en los límites de la discrecion y la prudencia.

»Tú al llegar á Paris me diste una doncella á la cual no conocías toda vez que era un monstruo de perversidad. Había pasado por entre los ceros de la Opera; la viruela la habia echado del teatro; pero habia tenido bastante tiempo para conocer á *todos aquellos señores*. Me contó, punto por punto, la vida de mi primo. Yo estaba furiosa y al mismo tiempo hechizada. Cuando mi doncella hablaba yo la imponía silencio; pero si insistía la dejaba continuar. ¿Lo creeriais? Quería odiar á mi primo! pero cuanto más le huía mas le encontraba. Dios, pues, ha establecido ese matrimonio perpétuo entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre el Paraiso y el Infierno.

»Esta doncella habia ido á casa de Octavio con una de sus amigas. Me describió aquel célebre palacio, aquella famosa escalera secreta donde subian tantas curiosas.

»Me propuso llevarme allí. Nuncal exclamé yo. Al siguiente día esta doncella me mostró la llave, una verdadera alhaja, que le habia confiado su ex-amiga bajo la promesa de que se la pagaría cara. Una hora despues yo hablaba de ella á mi tia. —Qué locura! me dijo esta: puesto que iremos á visitarle subiendo por la escalera principal?—Yo insistí. Mi tia que tenia sus horas de capricho, consintió alegremente en tan

singular escursión en la seguridad de que yo no arriesgaba nada emprendiéndola con ella y aun cumpliéndola sin su compañía.

»Fué aquello para mí como una especie de recreo pues sabíamos que Octavio se hallaba ausente.

»Yo no me detuve en aquella fatal locura. Leonida me divertía con sus cuentos: se consolaba así de su desgracia por haber sufrido la viruela que la había condenado á representar los segundos papeles; mas en estos papeles empleaba gran pasión. Con objeto de afirmarme en mi idea de que el corazón de los hombres se conquista hiriendo su fantasía, mi doncella me citaba los mas singulares ejemplos.

»Yo quería hablarte de todo esto; pero á decir verdad te témia. Todos los dias yo daba un paso mas en tan peligrosa senda. Así en la primer noche de nuestro primer baile de trajes, ¿lo creerás? yo sabia que mi primo se disfrazaría de Fausto. Hé aquí porque yo me disfracé de Margarita. Pero no fué esto todo. Se me ocurrió el irlé á sorprender con mi tia á la hora en que iba á salir de su casa. Hé aquí mi plan. Yo debía hacer ruido en su biblioteca, al lado de su cuarto, él acudiría, vería á Margarita, y como yo estaba hermosa con este disfraz, mi primo se habría arrepentido por no querer ver mas pronto á su prima, sin contar en que esta aparición hubiese derramado cierta poesía en nuestra entrevista. Héme, pues aquí, arrastrando á mi tia, envueltas una y otra en grandes mantos negros y veladas como españolas.

»Leonida nos había acompañado hasta la puerta del jardín para asegurarse de que no había nadie en aquel camino tan frecuentado. Yo llevaba una linterna sorda que ocultaba debajo de mi manto.

»Cruzamos el invernadero, subimos por la escalera y llegamos á la biblioteca. Mi tia dió un golpe con su pié; mas Octavio no vino hácia nosotras. Por entre las cortinas, se veía la luz de sus bugías. Me atreví, levanté las cortinas y ví que estaba medio dormido, con la cabeza inclinada sobre un libro. Llevada por no sé qué clase de inspiración, me acerqué á él y mostrándole con la mano la página abierta le dije; *¡Está aquí!* Yo había visto que leía el Fausto. Levantóse y volviéndose hácia mí, repitió sorprendido: *Está aquí!*

»Yo me alejé caminando hácia atrás, pronta á soltar la carcajada para ocultar mi emoción, pues estaba mas asustada que él de mi propia audacia. Cogió un candelabro para seguirme, mientras yo cruzaba á mi vez la puerta. ¿Cómo se le apagaron las bugías? Lo ignoro: debió ser por su precipitación en seguirme y por el viento que hicieron las cortinas al caerse.

»Yo no había representado bien mi papel, toda vez que no pensaba en retirar de allí mi manto. Me consideré tan ridícula al hacer aquello que no quise ir en su busca y arrastré á mi tia diciéndola que yo no quería ser reconocida.—En fin, dijo mi tia, bajando la escalera, necesario es que las niñas se diviertan!

»Pero no era aquello un juego de niñas. Yo me fi-

guraba haber dado un golpe maestro en la imaginación de Octavio. Me engañaba. Esto no le causó mas que una emoción instantánea, y creyó que aquello era una comedia de alguna actriz dispuesta á todo y que tenia una llave de la puertecita.

»Yo supe luego que habia quedado mucho mas impresionado al verme cruzar con mi tia en la avenida de la Muette. Esto prueba que el corazón no se deja seducir mas que por las cosas sencillas y naturales.

»Y ahora mi querida Armanda, ya sabes lo demás. Margarita encontró á Fausto en el baile y la amó por espacio de cinco minutos. La Dama de Espadas se divirtió con el pasado algun tiempo y amó á la Dama de Espadas. En Dieppe, Octavio, volvió á amarme por otros cinco minutos; pero le aguardaba Violeta. En Champauvert, mi primo ha vuelto á quererme por otros cinco minutos; pero nos hemos separado por cinco millones.

»Hoy, yo me ruborizo por haber querido representar un papel y por haberlo representado tan mal. Hé aquí por qué no he conservado tu doncella; esta jóven loca era para mí lo que el diablo. Si la hubiera escuchado, todo Paris estaria hablando de mí.

»He tenido otros momentos románticos. En Champauvert quise representar otra comedia. La señora de Moncenac—vestida con mi traje blanco—se ha paseado por dos veces bajo las ventanas del cuarto donde dormia Octavio, y yo, envuelta en un manto ne-

gro, iba á su encuentro como un amante de la Opera.

»Quería darle celos. Qué juego de niños! No hace mucho tiempo quise hablar á Octavio por la voz del milagro ó de lo desconocido. Me dejaba por la tarde para ir á dormir á Parisis. Al llegar al viejo castillo encontró un volumen del Fausto abierto, con estas palabras ESTÁ AQUÍ escritas en lápiz rojo al márgen de estas dos líneas:

«El sentimiento lo es todo: lo demás solo es humo que nos empaña el brillo de los cielos.»

»La tristeza se ha apoderado de mi alma. Mi pobre tia Regina ha muerto. Olí un ramillete de rosas y estaba emponzoñado. Amo á Octavio, y él ama á Violeta! Ya ves, pues, que mi único sosten consiste en Dios.

»Si tu supieras cuan triste se ha puesto Champauvert! Todo lo que antes reía, ahora llora. Apresúrate á encontrarme un refugio en Paris; si permaneciese aquí ocho dias mas, me quedaria para siempre; pero al lado de mi tia Regina.

»Todo lo he dispuesto para mi marcha; hoy iré á despedirme de la Roche-l'Epine, de la tumba de mi padre y de mi madre.

»Hasta muy pronto. Te beso y te amo. Escríbeme en seguida.

»GENOVEVA DE LA CHASTAIGNERAYE.»

«P. D.—No te hablo de Violeta. Ya te he escrito

30312

la historia de este proceso. Violeta se halla tan triste como yo. Hay dias en que la amo y hay dias en que la odio. Ella es quien me ha arrebatado la dicha. Pobre jóven! Ella no es culpable. Si tú supieras como trata de redimir su falta! Representa un hermoso papel en Pernand. Al verla, nadie creeria que fué una jóven á la moda entre las mujeres perdidas. Desde que ha vuelto á recobrar su actitud y su espresion, es un ángel de dulzura; pero tambien es un ángel de belleza: es posible que sea la hija de aquella desgraciada mujer?

»Me olvidaba decirte que si me refugio en el convento es tambien por su causa. Aunque me trates de loca he de decirte que Octavio se casará con Violeta, luego que yo haya desaparecido del mundo. Ella le ama y él ama á ella.

»Y aunque no la amase, podria yo casarme con Octavio al ver el llanto de esa pobre niña que se perdió por él?»

La señora de Fontaneilles respondió con estas cuatro líneas:

«Tú estás casi loca: nunca, mi querida soñadora, verás el mundo tal cual es. No se toma por mujer á la querida, cuando se trata de un hombre como el duque de Parisi y de una mujer como Violeta. Ya te lo he dicho en otra ocasion. Lo mismo dá: como en la soledad de Champauvert te volverias loca, te he bus-

cado una celda bien amueblada con ventanas sobre un parque, á cinco minutos de mi casa.

»Pobre corazon enfermo! es necesario curarte. Dios será tu médico.

»Beso tus hermosos ojos negros y tus rúbios y adorables cabellos.

»ARMANDA DE FONTANEILLES.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
"ALFONSO" DE ROSA
Agdo. 1925 MONTERREY, MEXICO

51808

Chastaigneraye he concluido por venir á morar 'en el castillito de Pernand, desde el cual os escribo. Es muy triste el morir; pero, sin embargo, estoy en mi casa y creo que me hareis una visita.

»Ved lo que es la ingratitud: tengo otra amiga de la cual me olvidaba hablaros. Se llama Jacinta y es una jóven del país, que me concede su eterna sonrisa. Quiero dotarla y casarla bien; pero no en seguida, porque tengo horror á la soledad.

»Tendré aquí que terminar mis dias si tengo valor para vivir? El señor de Parisis os habrá dicho que soy rica por la voluntad de Genoveva. No necesito deciros que he devuelto los cien mil francos al príncipe: hacia ya mucho tiempo que le habia devuelto las joyas. Creí que el príncipe daria todo esto á los pobres; mas ha preferido darlo á una bailarina.

»Tambien yo tengo mi voluntad: quiero que el señor de Parisis se case con Genoveva. Me parece que una vez esté casado, se encontrará mas léjos de mi corazon. Oh! Aliza: si supierais cuanto le amo!

»Escribidme ó venid á verme.

»VIOLETA MARTY DE PERNAND-PARISIS.»

Violeta firmaba con el apellido de sus dos madres. La señora de Entraygues le contestó en esta forma:

«Sí, mi querida Violeta, iré á veros, porque deseo reir, y esto me hará un gran bien. Todo es triste en

VI.

• DONDE SE DEMUESTRA QUE LAS MUJERES NO SE CONSUELAN.

Hé aquí la carta de Violeta á la señora de Entraygues:

«Me habeis escrito cartas tan fiernas en mi cárcel que yo quisiera llorar en vuestros brazos y llorar por mucho tiempo. Ay! al dejar la cárcel de Auxerre he entrado en otra: la cárcel del remordimiento y del arrepentimiento, de la cual no saldré jamás. Soy muy desgraciada. A fuerza de alegría parece que se olvida todo; pero hágase lo que se quiera, el corazon está triste.

»Dios es bueno, sin embargo, pues al condenarme á tantas lágrimas me ha dado dos amigas: vos, mi querida Aliza, y la señorita de la Chastaigneraye, que se digna descender hasta mí para llamarme su prima. Oh! cuán hermosa es la virtud! Siento la adoracion cuando veo á Genoveva.

»He pasado algunos dias en el castillo de Champauvert. Cediendo á los ruegos de la señorita de la

el amor. Y sin embargo, es lo mejor que existe, cuando es el amor del corazón.

»Ya que sois rica, mandadme veinte mil francos. Mi ex-marido me ha hecho reñir con toda mi familia, porque se ha encontrado sin dinero, pues ya sabeis que lo jugó todo.

»Ya comprendereis, mi querida Violeta, que yo he aceptado todos los clamores de la opinion pública; pero no podría resistir el que se dijera que vivo de mis locuras. Podré ser una mujer estraviada; pero no una cortesana.

«Soy cual vos: no podré consolarme: Por mas que se diga que la curiosidad lo consuela todo, cuanto mas busco, menos encuentro.

»Veo con frecuencia á una de vuestras amigas de otro tiempo; á Rebecca, á la cual llaman la Hija de la Biblia. Es una mala cómica; pero ahora está en moda. Ayer estaba en las carreras con un coche irreprochable. Y su amante? preguntareis. Su amante se llama el señor Todo-el-Mundo. Creo que el señor de Parisis le ha dado tambien una llavecita; pero ni es la de su gabeta ni la de su corazón; ya lo sabeis.

»Os besó en vuestras hermosas cejas negras y en vuestros hermosos ojos azules.

»ALIZA.»

VII.

POR QUÉ CLOTILDE MURIÓ VIRGEN.

Entretanto el señor de Parisis habia sabido con verdadera alegría que la inocencia de Violeta habia triunfado. Quizá hubiese ido á Auxerre para encargarse de Violeta si no hubiese temido encontrar la señorita de la Chastaigneraye. Y fuera de esto: quién sabe si hubiese admitido aquel compañero de viage en aquellos dias en que solo hablaba de refugiarse en Dios? Prefirió, segun su costumbre, dejar pasar las cosas, en la persuasion de que su mano era harto desgraciada para tocar el destino de los otros.

De otro lado, se prometia ir en breve á Champauvert bajo el pretexto de emprender en Parisis ciertos trabajos.

Pero el jóven no dominaba su existencia aventurera: el torrente siempre le arrastraba porque no tenia bastante valor para seguir su corazón.

El duque de Parisis traia la alegría, y dejaba el luto en todas partes: prendaba á todo el mundo porque era encantador, porque fingia la pasion cuando apenas se sentia enamorado, porque entreabria no sé

que perspectiva de oro y de púrpura. Su amigo Saint Aymour le llevó un día á una partida de caza en Piccardia, en el castillo de Montreuil. Fué muy solicitado por los castillos vecinos: todo el mundo queria alojarlo como un príncipe: no solamente le ofrecian la casa, sino el corazon. En el país hubo una especie de revolucion, tanto mas notable cuanto en aquella comarca lo que mas se aprecia es el dinero.

Octavio fué conducido al castillo de Beaufort, á casa de la duquesa de Fleury, de la familia del Rey de los Mercados. Habia allí una jóven, hija de la duquesa, una adorable criatura, pálida, rubia, entregada á Dios por completo, y que nada sabia del mundo, porque no leia mas que el Evangelio.

La primera vez que la señorita Clotilde de Beaufort vió á Octavio, fué en una comida, en una verdadera comida, por el estilo de las que antiguamente se daban en los castillos; duró cuatro horas, es decir, el tiempo que se emplea en representar dos tragedias en el Teatro Francés, el que se necesita para comenzar y terminar una aventura de amor en el Bosque de Bolonia, el suficiente para jugar y perder una fortuna en la calle Real.

Octavio se encontraba al lado de Clotilde. La jóven habia creído hasta entonces que la vida era una obra de paz y de paciencia en el espíritu de Dios, entre un padre y una madre que se aman y de niños que se adoran.

No veia al marido sino como un mito ó como una

nube en el horizonte que empañaba la serenidad del cielo.

Octavio fué para ella una revelacion porque le inspiró el amor con sus ojos magnéticos, su voz de oro y sus cuentos encantadores. Fué como la caída de un rayo.

A las once de la noche, cuando se despidió todo el mundo, Octavio dijo que volveria al dia siguiente. El mismo se habia prendido en sus redes. La señorita Clotilde de Beaufort se le aparecia como un dulce pastel digno de ser conquistado. Lo consideraba como un almuerzo.

Al siguiente dia, Clotilde no podia separarse de la ventaaa hasta que, por fin, vió cruzar un ginete en la falda de la montaña, á través de los árboles sin hojas. La romántica niña, se figuraba que Parisis traia la dicha en su mano. Parisis le traia la muerte.

Estuvo encantador y usó de todas las elocuencias, así para la madre como para la hija. Clotilde creia que no dejaria ya el castillo; pero como Octavio comprendió que no podria hablar á la hija, sin ver los ojos de la madre, partió para siempre.

Octavio no se obstinaba jamás contra lo imposible. Todo para él habia concluido mientras que para la pobre Clotilde empezaba.

Si quereis seguir detalle por detalle, la historia de una gran señora que murió por haber mirado á Octavio, como Racine murió bajo una mirada de Luis XIV, leed estas cartas del marqués de Saint-Ay-

mour á la duquesa de Campagnac. El jóven marqués estaba enamorado de Clotilde y habia adquirido algun tanto la enfermedad de la pluma.

«Quereis saber, hermosa duquesa, la historia de vuestra ahijada y de mi vecina; voy á contarla porque estoy detenido por ocho dias en medio de mis perros. Por otra parte, me es muy dulce hablar de Clotilde, sobre todo si hablo á vos de ella. Dispensad las faltas del autor.

«Nada tan sencillo como esta historia, y voy á contárosla tambien del modo mas sencillo. Mi imaginación no hará ningun gasto. Para qué si el recuerdo está fresco y aun palpitante? A qué hacer que hable la cabeza si el corazon habla solo? Escucho mi corazon y escribo.

«Un poeta persa que no sospechaba que algun dia caeria bajo mi pluma, dijo: *No mires sino tu estrella!* Esto podria servirme de epigrafe; mas á Dios gracias no quiero epigrafes; Dios me libre de no probar nada. Que es lo que prueba la vida?

«Ya sabeis que Clotilde Fleury vió apenas los esplendores y miserias de las fiestas del mundo. Su infancia se deslizó en el silencio y soledad del castillo de Beaufort. No ha tenido mas que su madre para compañera de sus juegos y sus sueños. Siempre jugó sola. Aun parece que la veo, saltando en los prados, cazar las mariposas, ascender por las mas escarpadas rocas, perderse en los trigos y echar sus flores al viento. Entonces al verla blanca y rosada como una

flor del almendro, al ver su rubia cabellera y sus ojos azules, al ver sus piecitos que danzaban sobre el suelo, su hermosa mano que se hubiera ocultado bajo una hoja de rosa, yo creia que estaba en el mundo de las hadas. Desgraciadamente hoy no creo ya en la existencia de este mundo, ó, mejor dicho, solo creo en las hadas malas.

«Mas, porque este enojoso prólogo, á una historia que nada tiene de alegre? Perdonadme, señora; al escribiros, temo que concluiré demasiado pronto, pues me considero que estoy cerca de vos, y evoco el dulce fantasma de Clotilde!

«Clotilde que no tenia á su disposición las funciones de la Opera, asistia constantemente á espectáculos mas bellos. Ya presenciaba las mil metamorfosis de las nubes, las soberbias cóleras de las borrascas, las melancolias del sol poniente; ya se perdia entre el misterio de los bosques donde los pájaros cantaban como sus esperanzas, ó las hojas se agitaban como sus sueños. Estos grandes espectáculos de la naturaleza, segun les llaman los filósofos del siglo diez y ocho, preparaban ricas mieses en el corazon de la niña. Los espectáculos ofrecidos por los hombres no producen nada que valga la pena.

«El estudio llegó con los juegos, los libros llegaron con los juguetes. Clotilde penetró con su madre en ese bosque erizado de espinas que se llama Ciencia, casi estuve por decir Error. Era indispensable que probara esta segunda vida que embota la prime-

ra; aprendió algunas verdades inútiles, muchas mentiras por verdades, tanto que se eclipsó muy pronto en ella lo que Dios la había revelado de la vida. Pero afortunadamente su hermosa naturaleza lo resistió todo: á los quince años despreció los libros y los juguetes: acostó su gramática al lado de sus muñecas, su geografía con sus volantes, su historia de Francia con su polichinela; volvió á sus primeros espectáculos, vivió descuidado, siguió la senda mas dulce, haciendo como las abejas que buscan las flores de sus valles.

»La poesia habia llegado á su alma, preparando un lecho de amor. Perdonadme la frase. El amor se anunció muy luego con su brillante cortejo. En una tarde de abril, al ponerse el sol, el amor llamó al corazón de Clotilde. El horizonte estaba adornado con nubes color de púrpura; el fondo del valle parecia bruñido; Clotilde se paseaba en aquel vergel; se paseaba en él embriagada por los ardientes perfumes de la hierba y del follage, languidecida por las misteriosas voluptuosidades de la jóven naturaleza, tristemente absorta en las moribundas quejas de un ruiseñor. El vergel del castillo de Beaufort se estiende hasta la falda de un montecillo, en Margot, donde cruza la carretera de Amiens: Clotilde paseaba su mirada sobre los grandes olmos del camino, cuando de pronto, un hermoso ginete que veia su traje blanco por entre las verdes ramas de aquel vergel, se inclinó con amor y la dirigió un gracioso saludo con la mano.

»En aquel mismo instante su sombra besaba los piés de la doncella. Clotilde vió aquel saludo: se estremeció de alegría y se hundió entre los árboles para ocultar su rubor. No hay que decirlo, señora, que, al mismo tiempo que se ocultaba entre los árboles como Eva nuestra abuela, despues de su primer pecado, la jóven no perdía de vista al ginete. Cuando estuvo segura de que se hallaba lejos, recordó su imagen ya querida, y la paseó temblorosa debajo de aquellos árboles, ya procurando huirla con miedo, ya acariciándola con delicia. Clotilde volvió al castillo, pálida, alegre y triste á un mismo tiempo.

»Lo creeríais? Aquel ginete era mi amigo Parisís. En hablando de amor, Octavio, aparece con su sonrisa burlona.

»Parisís habia querido tentar una aventura. Cazaba en mis tierras, se fastidiaba y queria divertirse. El día anterior habia comido al lado de Clotilde. La habia dicho que iria á llamar á su puerta. Esperaba hallarla sola. Pero encontró á su madre, una santa mujer, que, al primer golpe, le hizo retroceder en su camino.

»Por la noche, á cada mirada de su madre, Clotilde se ruborizaba, palidecia, cerraba sus ojos para no ver la adorada imagen: pero de nada la servia el cerrar sus ojos.

»Despues de aquella hermosa tarde, sus sueños que revoloteaban de aquí para allí, como mariposas, siguieron á bandadas por el mismo camino, por el

camino del amor; despues de aquella hermosa tarde la jóven atizó con sus virginales manos, el fuego mas puro que ha podido brotar en la tierra.

A todas horas del día corria en direceion al vergel que se habia convertido en su paraíso terrestre. Ya comprendereis que miraba con frecuencia los olmos de la carretera de Amiens; de fijo que nunca una carretera tuvo para el amor tantos atractivos. Desgraciadamente la niña solo veia pasar en ella, carretas, labradoras que iban á vender sus huevos y soldados que regresaban á sus hogares. Hélo aquí todo. Pasados algunos días, la jóven comenzó á suspirar; á los quince lloraba, y esto sin embargo, ¡Parisis no iba á secar sus lágrimas! La pobre niña, desconsolada, se figuraba que Octavio estaba siempre huyendo.

»Todo se borra, todo se estingue; la imágen se borró, el fuego se estinguió; el mismo olvido pasó sobre el corazón de Clotilde. «¿Le hé amado?» se preguntó cierta noche. Y se durmió descuidada. Al siguiente día su madre la participó que ella contaba ya diez y ocho años y que habia llegado el tiempo de casarla. La curiosidad decidió á Clotilde. El matrimonio, la decia su madre, es una cadena de oro que la mujer honesta arrastra con delicia. —Pero y si no amase? se dijo ella asustada. —Oh! si fuese él! mi corazón se volveria á encender muy pronto!

»No era él.

»El hombre que pedia su mano se llamaba Armand de Fleury. Era un hombre de talento, que poseia

cincuenta mil francos de renta. Se hallaba un tanto afeminado por la moda; hé aquí poco mas ó menos su único defecto. Para ciertas mujeres tenia otro mas grave: cogeaba como lord Byron. En la primavera habitaba un castillo perdido entre sus tierras, vecino al de Beaufort. Clotilde tambien le habia visto cruzar ginete en su caballo en el montecillo de Margot; este era su único título para ser amado, toda vez que le recordaba á Parisis.

»Se habia encontrado mas de una vez con Clotilde, la cual le habia dejado un hermoso recuerdo: un recuerdo de poeta mas bien que de amante. La primera vez que pensó casarse, Clotilde pasó á sus ojos, linda, adorable, brillante. Cuando vió que la jóven era hermosa como la mujer soñada,—con sus ricas haciendas en Picardía—se apresuró á ganar todo el tiempo perdido y empezó á quererla con todo su corazón y su cabeza. Hé aquí porqué la señora de Beaufort que hallaba al pretendiente muy de su gusto, habia dicho á su hija que era ya tiempo de casarse.

»Mi historia aun no concluye y veo que sois víctima del fastidio: sentireis haber comenzado; perdonadme, duquesa, y tened un poco de paciencia.

»Como la pobre niña subia todos los días á la torre del castillo y no veia venir á nadie del lado de Parisis—quiero decir de Parisis—concluyó por querer lo que querian su madre y el señor Fleury. Dió su mano. Se metió gran ruido con este enlace: el obispo de Amiens fué á la capilla del castillo para bendecir los

esposos: fué una gran solemnidad que no traía la dicha á Clotilde. Este primer día de alegría lo fué para ella de melancolía. Pero se apoyaba en la resignacion, esta hermosa virtud de las almas grandes. Se lisonjeaba de que el sacramento del matrimonio borraria para siempre la imagen de Parisis.

»Pero nada de esto. Parece que la noche de bodas fué casi trágica. Cuando Armando de Fleury se presentó en el cuarto nupcial, la pobre jóven que hasta entonces no habia sido mas que una niña, desplegó una fuerza de voluntad inesperada. La jóven resignada se convirtió en jóven romántica; se cruzó los brazos como una virgen cristiana y juró morir antes que deshatar su corsé.

»El señor de Fleury creyó que aquello no era mas que un capricho de esposa, el último grito de una virtud que se indigna y la dijo con la cortesía de un hombre perfectamente educado:

—Y bien, señora, esperaré.

»Y aguardó, y aguardó mas y aguardó siempre. Tan luego como él se dirigia hácia ella con un movimiento de pasión, la jóven se cruzaba de brazos y tomaba las actitudes que desarmar á los enamorados.

»Armando de Fleury no era uno de esos hombres resueltos á todo y que triunfan de lo imposible. Era de un alma tímida, mas apropósito para la gracia que para la fuerza: no era hombre de accion sino de súplica.

»Mientras él rogaba á su mujer, su mujer rogaba á Dios.

«Y siempre el recuerdo del señor de Parisis turba el corazon y la cabeza de Clotilde. Bajo el pretesto de que aquello fué una luna de miel—¡qué luna de miel!—el señor de Fleury decidió á su mujer—ó mejor dicho á su novia—á emprender un viage á Paris.

»¡Fatal viage! No se daba un paso sin encontrar á Octavio. En un concierto de la córte estaban sillón por sillón, en una funcion de la ópera estaban palco por palco. ¡Cuántas veces se encontraron al rededor del Lago! Clotilde se ponía alegre y encantadora. Armando volvía á esperar; mas al llegar la noche la imagen de Octavio arrojaba los esposos á mil leguas uno de otro.

»Cierta noche en un baile, qué sucedió para que Octavio y la señora de Fleury se encontrasen, sin querer, entre el torbellino de un vals, ellos que no habian bailado nunca? Octavio no perdía jamás la ocasion, que yo llamaré de los lábios. En el flujo y reflujó de aquel vaiven, Clotilde se estremeció desde los piés á la cabeza: habia sentido los lábios de Octavio deslizarse en sus cabellos hasta llegar á su oreja. El beso del demonio es el beso de la oreja.

»Esto se hizo tan pronto que el señor de Fleury, no vió en ella mas que fuego. Y realmente, era fuego: Clotilde sintió desde aquel día una llama viva que la devoraba.

»Al siguiente día volvió al castillo de Beaufort.

»Os pintaré la desesperación del señor de Fleury? Entonces fué cuando vino á confiarme su dolor. No comprendía nada, no había arrancado el secreto de Clotilde hasta la locura; á medida que iba resistiendo él se iba apasionando.

»Que os diré? No tengo que hacer un sempiterno estudio psicológico para llegar al desenlace. Vos lo comprendereis desde luego.

«Cierta mañana el señor de Fleury partió á caza en sus sotos reservados: por la tarde se le trajo muerto al castillo. Su muerte se atribuyó á una desgracia. Adivinais esta desgracia? Era la desgracia de la vida y la desgracia del corazón. No pudiendo vencer á su mujer se había vencido á sí mismo. Yo hubiese matado á mi mujer, ó por mejor decir, hubiera sido mi esposa.

»Creeis que se desesperó Clotilde? Lloró, no por ella, sino por él. Desconsolábase al ver que había ocasionado tal desgracia, pues no dudó ni un momento de que el señor de Fleury se había suicidado. Pero dada por completo á la tiranía de su amor, se entregó á él con mas violencia que antes, á semejanza de esas víctimas que se dirigen por sus pasos hácia la hoguera.

»Hoy la señora de Fleury está ofreciendo un triste cuadro: el dolor la ha desfigurado; sus mejillas no volverán ya á florecer; sus labios están pálidos, como si la muerte le hubiese dado su beso glacial. No tiene

conciencia de ningun sentimiento, escepto el de su propia desgracia. Ayer la ví en el cementerio, pálida, enferma, aviejada: la ví orando, ó mejor dicho, llorando sobre la piedra tumularia del señor de Fleury.

»Mas no llora por su marido, sino por sí misma.

»Ya recordareis que la pobre jóven había visto cruzar á Octavio en el montecillo de Margot: pues bien, todas las tardes se dirige sola hácia el vergel, como una sombra que atrae un recuerdo querido, y con la mirada vagando sobre los grandes olmos, se pierde en el abismo del pasado y evoca los recuerdos de aquel amor imposible que brilló por espacio de una sola hora en sus diez y seis abríles. Creeríais que aun no desespera de volver á ver á Octavio bajo los grandes olmos? Mas de una vez, por la tarde, cuando la niebla echa un velo sobre la naturaleza, gracias á la mágia de la esperanza y sobre todo del recuerdo, la pobre ciega vé entre las sombras un caballo negro, un ginete que se inclina y ella le tiende su mano y prorrumpe en sollozos.

»Yo quisiera escribir á Parisis, mas no vendría. Y además, he de decíroslo? Me siento quizá celoso.»

Aquí el relato se hallaba interrumpido. El señor de Saint-Aymour lo continuó algunos días despues.

«Estoy loco? He hecho una buena obra? Decídmelo, señora, porque yo lo ignoro.

»Hé aquí lo que he hecho: esta tarde la señora de

Fleury se hallaba en el vergel, según su costumbre; á pesar mio yo me he lanzado sobre el caballo que Parisis montaba durante su estancia en mi castillo, y sin pensar en ello—sin darme cuenta de lo que yo pensaba—me he dirigido hácia el montecillo Margot. La naturaleza ya dormía: oíase á lo léjos el viejo cantar de los pastores y las esquilas de sus rebaños. Antes de llegar á los olmos, el camino se hunde en las rocas, y estas rocas os ocultan tan bien que Clotilde me ha visto aparecer de repente. Yo me he inclinado hácia ella tendiéndola mi mano. La ilusion ha sido grande para aquella pobre alma extraviada; la señora de Fleury me ha abierto sus brazos lanzando un grito; despues la he visto caer sobre la yerba.

»He hecho esto porque amo á Clotilde?

»La señora de Fleury está enferma desde aquella noche; la mujer del jardinero corrió hácia ella al oír aquel grito; se la llevó á su cuarto y se llamó al médico de Farières que pasaba por Beaufort como por milagro. Yo no sé si esto es de mal augurio; pero ha manifestado á la pobre madre de Clotilde que esta se hallaba á dos pasos de la muerte.

»Esta mañana, al llegar yo al castillo, parecía que estaba menos mala; un sol hermosísimo la había llamado á la ventana, desde la que contemplaba, no sin amargura, los ardores y la alegría de la naturaleza. Al acercarme á la señora de Fleury yo estaba impre-

sionado como un estudiante. Me ha dicho con todo su candor que al verme en el montecillo de Margot había sentido una alegría inesperada, la única que había experimentado desde mucho tiempo. Aunque estuviese mas pálida que de costumbre, su boca estaba animada por una sonrisa. Dios sabe que sonrisa! Yo, viendo esta sonrisa, me he perdido en mil fantasías y he hablado por los codos; me hallaba, señora, tan léjos de la verdad, que hasta la he dirigido sermones. Ay! tomo al cielo por testigo que yo hablaba sin saber lo que decía! Así dije á la pobre é inconsolable viuda que la voluptuosidad de las lágrimas disgusta á Dios y que es una cobardía esto de dejarse abolir por el dolor. Qué no la dije, Dios mio! También la he hablado de la esperanza; me he atrevido á recordarla los hermosos versos del poeta describiendo las tres primaveras del corazón; concluí por decirle que no amar la vida equivale á no amar á Dios. La señora de Fleury me escuchó con un silencio elocuente: al oír estas frases desapareció su dulce sonrisa y me dijo con dulzura: «Mi juventud ha muerto para siempre: no soy mas que un recuerdo, ó mejor dicho, una sombra.» El médico llegó en aquel instante y me levanté para salir: la jóven me siguió hasta la puerta y murmuró viendo el cielo por una ventana del salon vecino: «Que tiempo tan hermoso hace esta tarde!» Estas frases las he recordado mil veces, ó mejor dicho, han resonado mil veces en el fondo de mi corazón. Es una exclamacion sencilla á

la vista de un cielo puro? Es el ciego deseo de volver á coger una ilusion fatal?

»Por la tarde hacia un tiempo hermosísimo. No sé por qué á la caída del sol, á la hora solemne en que Clotilde persigue la imágen de Parisis, yo me he encontrado, giñete en mi caballo, bajo el negro follaje de los grandes olmos. Iba al descuido sin saber á donde, cuando, de pronto, he vuelto á ver en el vergel solitario á la pobre jóven, que me seguia con ojos llenos de ansiedad. Iba vestida de blanco: era el mismo trage que llevaba cuando vió á Octavio. Como en la otra tarde yo me incliné hácia ella y como en la otra tarde ella me alargó sus brazos, poseida de una especie de delirio. No sabia si era á él ó á mí á quien tendia sus brazos.

»De regreso al castillo, vi á la señora de Fleury que estaba apoyada de codos en una de las ventanas del salon grande. Gracias á la luna, la noche llegaba con lentitud, y Clotilde parecia saborear sus sombras como si fuesen las cercanias de la muerte. Ella aprovechó el instante en que yo hablaba á su madre para alejarse de mí. Porque se alejó? Le gusta verme, pero no de cerca. Desde lejos yo soy la imágen del pasado; de cerca no soy nada.

»Esta tarde me he paseado con ella en el jardin del castillo. Se ha apoyado en mi brazo con el abandono de una hermana. Cada vez que pasábamos frente á la puertecita del vergel, palidecia y vacilaba; sus miradas volaban no sé donde, pero muy lejos del

mundo. Los grandes olmos del monte, lanzaban hasta nuestros piés sus temblorosas sombras. Me dijo con voz moribunda que la vista de aquellas sombras, reanimaba, como por milagro, sus llamas ya estinguídas, sus flores ya místicas. Al ver como aquellas vagas sombras se agitaban, se imaginaba ver la sombra de Parisis huyendo á lo lejos, como otros ven imágenes queridas en las metamorfosis de las nubes.

»Donde huir esta adorable imágen que me sigue á todas partes? Dentro algunos dias iré á despedirme de la señora Fleury. Adios!—esta palabra me asusta.—Cada vez que he pronunciado la palabra adios, he visto un sudario!

Al llegar aquí Saint-Aymour volvia á interrumpirse. Escribia dia por dia. He aquí sus últimas páginas.

»La señora de Fleury está en su lecho de muerte. Ayer fui al castillo para despedirme de ella, pues, al fin y al cabo, yo deseaba marcharme. Pero quien realmente se marcha es ella. Morir tan jóven y hermosa! No morirá por mí.

»Al verme ha sonreído; pero de pronto ha separado de mí sus ojos. El médico se ha quedado sorprendido al ver que habia cambiado tanto en un solo dia, pues su recaída tuvo lugar anteayer: no puede comprender un mal, cuyos estragos son tan rápidos. A

mi llegada reinaba en el castillo gran conmocion: yo no he podido estar solo con ella.

»La jóven continuaba vestida de blanco. Por la última vez quizá, ha dejado tendida su cabellera de oro. Se ha puesto hermosa para la muerte. Las mujeres están siempre hermosas para los últimos visitantes. Con que religion he contemplado aquella pura imágen que sonreía al sol, á las flores, á las aves, pero sobre todo á los recuerdos!

»He pasado la noche en el castillo. Yo aguardaba con ánsia. El médico, al cual he encontrado ahora mismo en el vestibulo, me ha dicho que aun tenia cierta esperanza. Y yo que debo esperar? Oh! Clotilde! Vive, aunque no me ames!

»Todo ha concluido. Se ha vuelto al cielo de donde habia venido. Clotilde ha muerto esta noche.

»Yo presentia que durante esta tarde pasaria, conforme á su costumbre, una hora contemplando los grandes olmos y he querido, por última vez, recordarle la imágen de la dicha; he querido resucitar en ella esta ilusion que á mí me causa tanto daño y que á ella le agrada tanto. He ido al monte y luego que me he encontrado bajo los olmos, he dirigido una ávida mirada á las ventanas de la señora Fleury. Las ventanas permanecian desiertas. La moribunda se habia arrastrado hasta el vergel. Habia elegido el instante en que su madre dormitaba al pié de su lecho, y, apoyada en su amor, habia llegado hasta de-

bajo de sus queridos manzanos. Así como yo la percibí en el vergel mi cabeza se inclinó en signo de adoracion y mi mano se tendió amorosamente. En aquel momento la ilusion fué mas grande que nunca. No se contentó en abirme los brazos sino que corrió hacia mí dando gritos de alegria y de dolor. Yo me turbé cual ella: olvidé que yo no era y que no debia ser mas que el fantasma de su amor.

»Me precipité desde el monte, y franqué la cerca y el riachuelo del vergel. La pobre mujer, siempre extraviada, cerró sobre mí sus brazos por tanto tiempo y tan vanamente abiertos. «Eres tú!» dijo con voz vibrante y apoyando sobre mi corazón su cabeza.

»Y yo, perdido, tembloroso, palpitante de emocion la estrechaba en mis brazos con la ternura de los ángeles: yo la miraba y miraba el cielo: creia estar en la otra vida.

»De pronto fijó en mí sus ojos. «No es él!» gritó. Y me rechazó con furor y con cólera. Yo quedé clavado en el suelo, con los brazos abiertos y casi loco. Quiso marcharse; pero vaciló y se desplomó hacia atrás. Intenté socorrerla; pero ella volvió á rechazarme murmurando con voz ahogada: No es él! No es él!

»Murió á las once de la noche.

»Yo era la realidad y ella no buscaba mas que la ilusion.

»Si veis á Parisis no le digais nada; se reiria de mí y se reiria de la difunta!»

Hé aquí el relato del marqués de Saint-Aymour tal como lo escribió, en un estilo algo profuso, demasiado sentimental, casi declamatorio, como escribe la gente del gran mundo que teme escribir cuando habla.

La duquesa de Campagnac leyó con emoción esta historia de una pobre mujer que había visto su ideal en Parisis y que había muerto por haber tocado la realidad.

—Qué Parisis! murmuró la duquesa recordando que se había atrevido á decirle que la amaba. Verdad es que es un hombre encantador.

Y sintió miedo ante su fatal imagen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
Apto. 2625 MONTUREY, MEXICO

VIII.

LA HORA DEL DIABLO.

La duquesa de Campagnac—pseudónimo de un nombre ilustre, puesto que ni el ducado ni el duque de Campagnac no existen—pensaba pues algún tanto en Octavio.

Cierto día bajó desde su calesa á la vaquería del Prado Catalan.

Todas las mesas estaban ocupadas: se mantuvo en pié por un instante, mas luego, doblegando su orgullo, halló del mejor gusto el sentarse como las otras señoras, cualquiera que fuese su compañía.

Cuando dejó su sombrilla sobre la mesa, reconoció su vecina que era la condesa de Entraygues, la cual, como ella, había ido allí sin ir acompañada.

Las dos amigas no se habían visto desde los ruidosos hechos ocurridos con Octavio de Parisis en la avenida de la Reina Hortensia. La condesa había ido á casa la marquesa de Fontaneilles; pero ya se recordará que esta la recibió con el mas alto desden, por cuyo motivo no se atrevió á visitar sus demás amigas. No vió, pues, á la duquesa: si alguna vez se en-

contraban, era tan solo de vez en cuando, y entonces la duquesa sonreía vagamente bien como para expresar que no había olvidado lo pasado, pero que ni la una ni la otra seguían por el mismo camino.

En aquel día, á menos de cometer una grosería, la duquesa se vió obligada á dirigir la palabra á la condesa, lo cual efectuó con una gracia encantadora mezclada con cierta reserva.

—Ah! buenos días, Aliza; tengo un placer en veros; no os creía en París.

La señora de Entraygues se impresionó ante esta acogida, puesto que conocía el orgullo de su ex-amiga.

—Mi querida duquesa, estoy en París porque París es el único país donde el corazón olvida.

Hubo un momento de silencio.

—No os habeis vuelto á ver con el señor de Entraygues, se atrevió á preguntar la duquesa.

Tal vez quería decir con el señor de Parisis.

—Nó, á Dios gracias, respondió Aliza. Ya conoceis el proverbio árabe: «Es necesario no volverse nunca hácia el enemigo si no es para matarle.»

Trajeron á la duquesa una taza de leche y pan de centeno.

—Venís aquí con frecuencia? preguntó á Aliza.

—Sí, pero no en coche. El año pasado yo paseaba mis caballos: hoy me paseo á mi misma.

—Es decir que desde vuestra separacion no os ha quedado una verdadera fortuna?

—Nada, absolutamente nada. He vivido de mis alajas.

Y tratando de sonreír, añadió:

—Hoy soy como Cleopatra: bebo mi última perla.

La condesa bebió su taza de leche.

—Os amo demasiado, mi querida Aliza, para dirigiros estériles reproches; pero como habeis podido jugar una existencia cual la vuestra, en un solo golpe de dados?

—Como! Pero si no soy yo quien la ha jugado sino el señor de Entraygues. No es mi locura la que nos ha arruinado, sino la suya. El lo perdí todo, porque yo cometí siempre la tontería de firmarlo todo. Hoy no sería mas rica de lo que soy: sería tan solo una mujer honrada cual vos. Pero ya sabeis que una mujer honrada sin dinero, vale en París muy poco. Y además de esto, quereis conocer el estado de mi alma?

—Veamos.

—Pues bien: jamás me he arrepentido ni un instante de lo que he hecho. Esto os sorprenderá sin duda?

—Sí, lo confieso.

—Es que no os encontráis á la otra orilla, y no podeis comprenderme.

Hubo un momento de silencio.

La duquesa arañó su pan, é hizo como quien deseaba comprender.

—Volvisteis á ver al señor de Parisis?

—Sí. Pero no me arrepiento porque le he vuelto á ver, sino porque le he amado.

—Y bien, no os comprendo. Vos no me hareis creer que una hora de amor compense un siglo de amarguras.

Aliza dió un suspiro.

—No os lo haré creer, dijo, pero yo lo creeré siempre, porque esta hora de amor se la ha esperado por mucho tiempo, se la ha saboreado con delicia, y se recuerda hasta la muerte. Quien sabe si la vida es otra cosa?

—Quien sabe!

Esta frase se habia escapado á la duquesa estando pensativa.

—Así, prosiguió Aliza, yo os tengo por la mujer mas virtuosa del mundo, por la criatura mas noble; pero os divertís mucho?

—No; por el contrario, me fastidio siempre. Yo no he cogido cual vos la corona de rosas; solo he cogido escabiosas; pero me gustan estas flores. Y además de esto: el fin de la vida no consiste en divertirse.

—Opino cual vos. He querido decir que la virtud no vale lo que cuesta. Creéis que Dios ha condenado la mujer á esa lucha mortal que sostiene contra su corazon? Recordad las frases del Evangelio: «La que haya amado será perdonada.» Amar! sentir un corazon que está latiendo junto al vuestro! Ver unos ojos que se pierden en vuestros ojos! abrigar un alma en pena en otra alma de fuego! Amar! equivale á abrir

la puerta del Paraiso aunque sea para bajar al Paraiso perdido.

La duquesa miraba á Aliza con simpatia.

—Ah! sí, dijo: vos habeis amado. Ahora os comprendo. Se me habla siempre de mi virtud; y bien, desde lo alto de mi virtud yo os perdono.

Aliza estrechó la mano de la duquesa.

—Es así como decís pues para vos la virtud no es una palabra. Sé que sois una mujer de otro siglo.

—Vuestra direccion es mas alta que la virtud: si hubiese un camino de rosas y otro de espinas, elegiríais el último.

—No me canonicéis tan pronto.

La duquesa miró en torno suyo, bien como si temiese que álguien la oyese ó la espiara.

—Quereis pasear un poco?

Las dos amigas cogieron un sendero bajo unos grandes árboles.

—Escuchad Aliza, vos sois una mujer de corazon, y bien puedo hacer os confidencias. Hoy tengo treinta y cuatro años; he visto caer mi juventud sin un día de sol, bien como si hubiese vivido siempre en días de lluvia. Todo ha sido triste en torno mio. Mi fisonomia es tan severa que nadie se ha detenido en frente mio, para decirme que soy hermosa. He vivido siempre bajo la balumba del respeto. Se ha colocado un perpétuo punto de admiracion ante mi virtud: pertenezco á todas las fiestas del mundo, pero sobre todo á las de la iglesia y á las obras de caridad. Lue-

go que entro en un salon, todo el mundo me habla de los huérfanos del Hospicio ó del Refugio de Santa Ana. Debo confesarlo? En mi peregrinacion ruda, he tenido mis instantes de duda, pues no os hablo de mi marido, un amigo que nunca ha sido mi amante. Me he preguntado mas de una vez si no se podia ser buena con los pobres, sin ser tan rigurosa hácia una misma. Tendrá Dios mas en cuenta mis limosnas, porque mis manos serán mas blancas? Que importa que sean mas blancas si estan llenas de oro?

—Os responderé con franqueza, dijo la condesa. Sí: Dios tendrá en cuenta la mayor ó menor blancura de vuestras manos. Pero cuando Dios me haya perdonado quien sabe si las dos nos encontraremos sentadas en una misma esfera? Y si existe un infierno, este infierno, por horrible que sea, no podrá arrancarme el recuerdo de mi hora de amor.

La duquesa estrechó la mano de Aliza.

—Sí, teneis razon. Quiero decirlo todo. Yo amo á Parisis.

—Ya lo sabia, dijo la condesa.

La duquesa miró sorprendida á su amiga.

—Y como lo sabiais?

—Porque si no hubieseis amado á Octavio no me hubierais hablado por tanto tiempo. En mi corazon buscabais á él.

La duquesa no halló una palabra que oponer á esta verdad. Bajó su cabeza y murmuró:

—Sí, le amo.

La señora de Entraygues dijo á la duquesa que todo el juego de naipes pasaria entre sus manos.

—Ya lo veis, mi buena amiga, las mujeres no juegan impunemente con Octavio de Parisis. Yo fui la primera que me eché en sus brazos; el dia en que la marquesa de Fontaneilles se olvide de hacer la señal de la cruz, será la segunda; la señorita de la Chastaigneraye le adora hasta perder la razon, y vos, á quien creia fuera de su alcance, vos ya estais cogida.

La duquesa irguió su cabeza con orgullo.

—Sí, le amo, dijo; pero yo arrancaré de mí tan mala yerba aunque para ello tenga que arrancarme el corazon.

Y contó á la señora de Entraygues como habia encontrado á Parisis en casa de la marquesa de Fontaneilles; habló de su talento por saberlo decir todo, aun aquello que no es necesario decirlo, y de su irri- tante hechizo. El jóven habia hecho el amor á una y otra, pero se habia estrellado.

—Llamais á esto estrellarse? El amor nunca triunfa en la primera batalla. Es con frecuencia un labrador pacífico que siembra en octubre para segar en julio.

La sombra se hacia á cada instante mas sombría: la duquesa y su amiga podian creerse muy léjos de Paris: tal era el silencio y la soledad que allí reinaba.

Las palabras quemaban los lábios de la señora de

Campagnac; parecia que estaban aprisionadas en su garganta. La duquesa no se atrevia á hablar en voz alta.

Esto no obstante, dijo:

—Os sorprenderé mucho, mi querida Aliza, si os digo que más de una vez he soñado en esa embriaguez que os ha hecho á vos más bella que antes, bien como si la pasión fuese la última palabra de la belleza para las mujeres?

El rostro de la duquesa, al espresarse en estos términos, se puso color de púrpura como el sol cuando se pone.

—No me sorprendeis del todo. Me consta que casi todas las mugeres tienen sus horas de tentación; hé aquí porque son sublimes cuando llegan blancas al sudario, hé aquí porque es necesario perdonarlas cuando han cruzado todas las alegrías y todas las angustias del amor.

—Sí, prosiguió la duquesa, bien como si continuara su pensamiento, alguna vez he pensado en esas leyendas en que se daba el alma al diablo durante una hora por una condena eterna.

—Sí, la condena es terrible; pero la hora es hermosísima.

—Doy gracias al Dios por haber alejado al señor de Parisis de mi camino. Ha venido á mi casa cuatro veces: no comprendió que en la última entrevista fui tanto más severa cuanto más le temia; hé aquí porque me he hecho tan indulgente con las

faltas de los otros. Hasta entonces yo no habia visto el abismo.

—El abismo! Ya caerás en él, dijo para sí la señora de Entraygues.

Habian vuelto á la vaquería.

—Me habia olvidado, interrumpió de pronto la duquesa; hace ya más de una hora que me aguardan á la orilla del lago.

Y besó á la querida de Octavio.

Y era efectivamente la querida de Octavio á quien besaba. La señora de Entraygues no se engañó en este punto y murmuró:

—Es un recuerdo que me toma en las mejillas.

Por la noche Aliza encontró á Parisis.

—Mi querido duque, le dijo; perdeis las batallas en el momento de la victoria; hoy he encontrado una mujer á la cual habeis amado por espacio de ocho dias y que no hubiese resistido al noveno.

Octavio buscó en sus recuerdos.

—La Dama de Oros! exclamó.

—Oh! no os diré como se llama.

—Es ella, no lo dudo.

Comprendí demasiado tarde—no se es nunca perfecto—que ella habria concluido por amarme, pues ya sabeis que yo nunca dudo de mí mismo.

—Teneis razon. Para inspirar confianza á los otros es necesario tener confianza en sí.

Algunos dias despues, como Octavio encontrara á la duquesa de Campagnac la dijo que tenia algunos

cuadros italianos dignos de su admiracion. Sabia que la duquesa poseia el sentimiento del arte de un modo muy distinguido y deseaba que se sirviese darle su opinion.

—Si habitaseis en el Louvre, le dijo la señora de Campagnac, tal vez iria á visitaros.

—Señora, cuando se está cual vos sobre su pedestal de mármol de Carrara, se está tan léjos de los ataques de los hombres que se puede ir á todas partes, sobre todo á casa de un aficionado al arte.

—Un aficionado al arte!... Lo mismo dá: os cojo la palabra dijo la duquesa; mañana iré á ver vuestras vírgenes.

Octavio no la dió la llave de plata: la duquesa cruzó la puerta principal.

El palacio estaba adornado de gala, como en dia de recepcion.

Octavio temia que la duquesa fuese allí con alguna amiga; pero fué sola.

Admiró el palacio, admiró su mueblage admiró sus cuadros; pero los vió realmente?

El duque de Parisis la recibió con una gracia y amabilidad respetuosas, con esa penetrante dulzura que llega hasta el alma.

La duquesa no tenia miedo de ella porque no tenia miedo de él.

Habia llegado hasta el mismo dormitorio de Octavio, bajo el pretexto de ver esmaltes de Leonardo Limonsin y una Virgen del Perugino.

De pronto el reloj dió las tres.

El diablo hacia sonar aquella hora.

La duquesa se estremeció. Un mismo pensamiento cruzó por su alma y por el alma de Octavio.

—Mi hora! se dijo el mancebo.

—Mi hora! se dijo la duquesa.

Se comprendieron? Octavio cojió las manos de la duquesa y la miró con ojos encendidos en el fuego del infierno. Ella palideció, vaciló y quiso huir.

—Nó! le dijo él juntando sus manos al rededor de su garganta. Nó! yo te amo!

Quiso desprenderse; mas la dulzura de aquellas manos la contuvo.

Octavio la besó en los cabellos; sus lábios estraviados quemaron la frente y mataron la virtud.

La naturaleza volvia á cobrar sus derechos: el alma era ahogada; la mujer estallaba á través del ángel.

—Y bien! dijo ella en su estravio; quiero amarte durante una hora!

Y esparció sus cabellos de oro sobre su frente como para velar su rubor.

Era la hora del diablo. Interrogad á Satan y os dirá como se pierde el cielo.

Dieron dulcemente las cuatro en el reloj de Octavio.

El rumor de las campanadas fué para la duquesa como la trompeta del dia del Juicio. Le pareció que el mundo temblaba; que las estrellas caian del cielo

y que el sol velaba su faz. Pero nada habia cambiado en torno suyo. Levantó su cabeza: la Virgen del Perugino la miraba siempre con la misma sonrisa.

—Adios, dijo á Octavio, no nos volveremos á ver nunca.

—Nunca! dijo Octavio, que jamás contrariaba á las mujeres.

La duquesa habia vuelto á recobrar su aire de mujer del gran mundo, su dignidad romana, su severidad heráldica.

Al verse cruzar frente al espejo de Venecia se reconoció tal como era antes de su caída.

Pero al verse cruzar por en frente de su conciencia, no se reconoció á sí propia!

IX.

LAS VISIONES DE LA SEÑORITA JULIA.

El duque de Parisis se consolaba fácilmente del dolor que ocasionaba á las mujeres.

Apartaba sus ojos de la mujer que lloraba para no ver mas que á la que sonreía.

Octavio no creía en los espíritus; mas hacia creer en ellos.

Eseuchad esta historia.

Porque no se oía hablar de Mr. Home, porque Mr. Victoriano Sardou habia trocado el retrato de Swedenborg por el de Beaumarchais, se decia que los espíritus habian vuelto á los cielos. Pero el reino de los espíritus descende mas y mas hácia la tierra, y su primer departamento es Paris, donde tiene ministros de ambos sexos.

La accion no pasa en la Selva Negra, sino en un hermoso palacio de la Calzada de Antin. Diga lo que quiera Saint-Simon, los palacios de la Calzada de Antin son muy visitados. A despecho de la escuela romántica, las casas mas notables de la calle de Provenza, de la Victoria y nueva de los Maturinos, ven

subir y bajar por sus escaleras un gran número de dramas románticos y de baladas al resplandor de la luna.

Llego á la historia de mi belleza «pálida como una hermosa noche de verano.» Es una hija de buena casa, de aire cándido y espíritu maligno. Sus padres la querían casar. La deliciosa niña declinó el marido. Pero en qué sueñan las niñas si no es en casarse?

La madre cogió la niña aparte y la dijo:

—Queremos tu dicha, de donde quiera que esta venga; un marido no te robará á nuestro amor aunque te coja en sus brazos. Yo me di á tu padre y no fui desgraciada. Quieres tú darte al diablo?

El padre hizo un discurso igual al de la madre; el esposo habló como la esposa; mas solo apareció una sonrisa en los labios de la hermosa.

—A qué viene esta sonrisa? preguntaron á un tiempo el señor y la señora de Canillac.

—Es que yo amo á alguien, dijo la niña con aire misterioso y grave. Es que yo amo á alguien que no es vuestro protegido, como es el señor de Terray, ó el señor de Mortagne, ó el señor de Langesc. Vosotros no conocéis al que yo amo. Llegará un día en que os diré quien es. Hasta entonces no queráis engañar mi destino enlazándome á otro.

Mas el padre y la madre vivían inquietos. Se trató de forzar la bella y misteriosa jóven.

—No podrias mostrarnos aquel á quien amas y que te ama?

La madre suplicó, el padre fingió que daba órdenes, los amigos la interrogaron maliciosamente.

Julia permaneció aun cierto tiempo sin contestar. No se quería divertir en el Bosque, en los bailes, en las tertulias, en las carreras. Cierta hermosa tarde—pues las tardes son eternamente hermosas cuando hablan de amor—Julia respondió con firmeza y sin que se ruborizara lo mas mínimo:

—Vais á saber este secreto: amo á un hermoso noble del tiempo de Luis XV; es coronel de un regimiento del rey; ganó la batalla de Fontenoy; su alma es elevada, sus maneras son caballerescas y su palabra es elocuente á mi alma. Pero es tan discreto como glorioso, y no quiere aparecérseme sino cuando estoy sola: entonces puedo contemplarle en el ideal, oírle en sueños, amarle en lo desconocido y adorarle en lo imposible.

Juzgóse que todo esto se parecia algo á la locura. Llamóse á Víctor Sardou, que respondió: «He vuelto del otro mundo; mi espíritu ha matado los espíritus. Beaumarchais dice que yo me burlo de él y que mi pluma no necesita de su mano para ser guiada.»

Se llamó á Mr. Home, *Ecce Homo*; pero este dijo que le encerrasen una noche con la jóven espiritista para ver mas de cerca sus visiones. Mr. Home estaba casado y se le envió á pasar la noche con su mujer.

La madre, que con los sueños de su hija no dormía, se resignó á velar en la puerta del cuarto donde habia las visiones.

Se tomó el té alegremente según costumbre. A las once la niña bostezó y encendió su bujía.

—Buenas noches, papá, buenas noches, mamá.

Se la deseó buena noche. En seguida cerró la puerta.

La madre acercó el sillón á su dintel y aguardó.

Transcurrió una hora en silencio. Cuando dieron las doce se oyó un ruido, *un ruido en la pared*, según cuentan las leyendas. La madre quiso entrar, pero contuvo su curiosidad. Abrió su boca y escuchó con todos sus oídos.

Lo que oyó fué este dúo á lo Romeo y Julieta.

—Sois vos, desconocido mío?

—Sois vos, amada mía?

—Os aguardaba.

—Pero si desde ayer no os he dejado.

—Sí, pero erais invisible; me gusta el veros.

—Hé aquí porque he resuelto dejarme ver por otra vez.

—Por solo otra vez! Me gustaria tanto ver vuestro uniformel...

—No lo llevaré mas, ni aun por vos.

—Lo que constituye mi dicha es el ser amada por un espíritu que no es de este mundo sino para mí sola.

—Cuán bella sois, Julia!

—No me toqueis!

—Qué temeis? no soy de carne y hueso como los simples mortales.

—Oh! Dios mío! habeis matado la bujía.

—Querida de mi alma! soy un espíritu puro y mis besos no os tocarán.

—Pero cogéis mi mano.

—Es la fuerza de la ilusion.

—Cielos! me abrazais!...

En el instante en que las madres dicen que es el momento crítico, la madre de Julia entró súbitamente.

—Qué es lo que he oido, señorita?

—Mamá, es el Espíritu.

—Donde están las cerillas?

—Ah! mamá, por qué entraste?

—Digo que quiero ver.

Encendióse la bujía.

No se vió nada.

La madre corrió á la ventana y á la chimenea: no vió mas que la noche y no oyó mas que el silencio.

—Adios, señorita: no soñeis, pronunciando palabras en voz alta; pues os hallais tan desocupada que vos misma os haceis las preguntas y os dais las respuestas.

—Adios, mamá.

Pero la madre volvió á su sillón. Y el hermoso dúo volvió á empezar, en una escala mas vibrante.

—Como late tu corazón, Julia!

—Sí, amigo mío; mi madre me dió miedo.

—Cuanto te amo, Julia!

—Pero caballero, vos direis que es ilusion; pero

lo cierto es que siento sobre mi corazón vuestra mano. Y además de esto: yo no he matado por segunda vez la bujía.

La madre volvió á aparecer. Se representó la misma comedia. La niña estaba sola.

—Señorita, aquí hay alguien.

—Sí, mamá, alguien invisible que no se presenta sino cuando estoy sola.

—Esto son cuentos.

Y la madre volvió á registrar y no encontró á nadie.

Al día siguiente se hicieron venir cuatro médicos, los cuales dijeron que el corazón de Julia se encontraba á la izquierda de su pecho y que la paz del mundo se hallaba turbada por los espíritus mezquinos. Los grandes médicos son grandes políticos.

Este texto necesita estar ilustrado por un grabado á fin de que sea mas luminoso, ó mejor dicho, el grabado es el que tiene necesidad de ser explicado.

ESPLICACION DEL GRABADO.

En el invierno pasado encontré á la señorita Julia en un baile de embajada. Ella valsó tres veces con un escéptico que la ofreció hacerla hablar con los espíritus: el señor Octavio de Parisis.

SEGUNDA ESPLICACION DEL GRABADO.

La señorita Julia tiene una doncella que duerme

en su gabinete de tocador. Esta doncella posee el misterioso arte de introducir los espíritus.

COMENTARIO ARRIESGADO.

El gabinete de tocador tiene dos puertas: la primera es una puerta disimulada por el papel de la pared que no rechina sobre sus goznes, una verdadera puerta para enamorados, la cual dá en el dormitorio de Julia; la segunda es una puerta ordinaria que dá á la escalera de servicio.

Los espíritus no se consideran humillados cuando cruzan por allí aunque revistan la figura del duque de Parisis.

dia en que debía cenar con el príncipe de Gales, el duque de Cambridge el marqués de Englesca y el príncipe Alfredo. Octavio prefería una mujer tonta á cuatro hombres de talento. Prometiéndola volver á cruzar el Océano en su compañía; fué adorable, fué irresistible y parece que los dos fueron dichosos en Inglaterra.

Pero Octavio no quería ser dichoso en Francia, diciendo que esto debía dejarse á los ingleses.

Rebeca era una mujer de demasiado talento para insistir: no tenía por otra parte la costumbre de eternizarse en un amor; cambiaba de amantes como de botinas; era la mujer mejor calzada del mundo.

Pero he aquí que Parisís se enamoró de ella sin saber porque, ó, mejor dicho, lo sabía demasiado. No había vuelto una sola vez su cabeza para mirarla sin que la dejara el recuerdo de una mujer de talento que sabía encuadrar su belleza en el hechizo y lo imprevisto.

En cierto día lluvioso, Octavio se atrevió á visitarla: no encontró mas que su doncella. Le dejó cuatro líneas donde la pedía una hora de conversacion para entre once y doce de la noche.

Cuando la señorita Rebeca volvió á su casa ocurrió una escena de comedia que vale la pena de ser contada.

Es necesario ante todo que os diga que dicha señorita Rebeca, que tenía todo el talento del mundo, no sabía leer ni escribir.

X.

ALERE FLAMMAM
VELA SEÑORITA REBECA.

No he querido seguir á Octavio en las mil y una aventuras del medio mundo, y del mundo de los teatros. Allí encontraba aun grandes damas caídas ó cómicas que representaban las grandes señoras en la escena. Naturalmente todas le querían conquistar para fijarle, ya que no para amarle un cuarto de hora. Decía con su altiva impertinencia esto que se ha venido renovando desde Brantome: «Para fijarme sería necesario todo el papel del Tribunal de Cuentas.» Resignábase á desembarazarse de las mujeres al tomarlas. Algunas le tomaban por lo sério; le encontraban tan hermoso, que se encarnizaban en él con furor.

Fue necesario todo su alto desden para echarlas lejos de él. Algunas veces se dejaba coger por algunas semanas en esas pasiones del azar. Una actriz célebre en los teatros de género, mas célebre aun en los clubs por sus gallardas aventuras, la señorita Rebeca—para no llamarla por su nombre,—encontró á Parisís en su último viaje á Epsom.

Al llegar á Londres se dignó cenar con ella cierto

Aparte de esto, no ignoraba nada. Había conocido el teatro demasiado tarde. No lo decía á nadie. Lo que parecerá extraño es, que á pesar de esto, representaba comedias. Por la misma razón de que no sabía leer, tenía una memoria prodigiosa. Todo lo que se la decía, se grababa como al agua fuerte en su alma; llegaba con su papel, lo daba á su doncella y se tendía en su sofá diciéndola: «Recítame esto.» Y después de dos ó tres lecturas, sabía su papel.

Si se la preguntaba: «Porque no me escribes?» respondía que no era tan bestia para escribir. Escribía por medio de su doncella. Si cambiaba de doncella, se la decía: «Este no es tu carácter de letra,» á lo que replicaba tranquila: «No soy tan tonta para comprometerme. Yo siempre hago escribir mis cartas de amor, mis cuentas de cocina, y mis cartas á la orden por mi doncella.»

Ella no confesaba jamás que no sabía escribir sino cuando su doncella abusaba de su situación. Pero como no se encuentran siempre doncellas que estén al corriente de la ortografía, perdonaba algunos pecadillos á la suya.

Por lo demás he aquí la comedia. Se representa en el boulevard de Malesherbes donde nuestra mujer, que quería representar las *Mujeres sabias*, habitaba un cuarto lujoso.

La señorita Rebeca acababa de saber que su doncella que llevaba el hermoso nombre de Cornelia, dirigía cartas á sus amantes sin cambiar la letra.

Entró ruidosamente en su cuarto cogiendo el cordón de la campanilla.

—Cornelia! Cornelia!

Apareció la doncella mostrando gran negligencia.

—Ya he oído señora.

—Y bien: si has oído, coge tu sombrero, tu delantal y tus chinelas.

—Para que, señora?

—Para ir á la calle. He sabido acerca de tí cosas preciosas.

—Y la señora no me arregla la cuenta? Cuanto mas amigos, mas claros.

—Impertinente: yo no soy tu amiga!

—Sois mi querida, señora: á lo menos, tengo esto de comun con ciertos caballeros.

Al oír estas frases la señorita Rebeca no pudo contenerse: dió una patada en el suelo, dejó su moña en la cama, y levantó el pié con objeto de aplicarlo sobre la señorita Cornelia, la cual soltó una carcajada.

—Porque hablas así.

—La señora no ha visitado mis efectos; quizá en mi cofre he metido algunos billetes de banco pertenecientes á sus amantes, ó algunos dulces billetes dirigidos á la señora.

—Basta de insolencias ú os hago meter en San Lázaro.

—La señora me dijo alguna vez que no se vivía mal allí. Pero yo desearía saber porque he merecido su cólera.

—No me rebajaré hasta el punto de daros mis razones: sabed únicamente que yo sé como habláis de mí en los teatros: ninguna necesidad tengo de deciros con quién.

—La señora tiene tantos nombres metidos en la cabeza y el corazón, que podría muy bien engañarse. Pero no me da ningún cuidado al hallar otra colocación que valga lo que esta. Adios señora.

—Ya debieras estar en la escalera.

La doncella hizo una reverencia irónica, franqueó el dintel de la puerta, y cerró esta con estrépito.

—Por fin!... dijo Rebeca: hace ya mucho tiempo que debía haber hecho justicia.

La puerta volvió á abrirse y la doncella volvió á asomar su hocico.

—Me olvidé decir á la señora que el señor duque de Parísís ha venido, y que la ha dejado escritas dos líneas.

—Ha venido? Ya sabia yo que volveria.

—Oh! en tratándose de la señora, esto es una novela que jamás concluye; hay siempre aquello de *se continuará*.

—Y bien, entrad y traedme este billete.

Inmediatamente la doncella trajo sobre una bandeja de plata el billete del duque de Parísís. Rebeca lo cogió, le dió vueltas, y enseguida lo dió á su doncella, diciendo:

—Y bien, léelo.

—Pero yo no estoy al servicio de la señora. Que

haga como la emperatriz: que tome una lectora.

—Está bien, señorita, lo mandaré leer.

—La señora tiene excelentes amigas que se lo leerán, y que sacarán de ello un gran provecho. Mas lo que hay aquí de sensible es, que el señor duque no ha visto nunca sino mi caracter de letra.

—Si le hago contestar por otra, creará que escribo con las dos manos.

—Haced lo que gustéis, señora. Si hoy tuviese que venir la lavandera, os sacaria de apuros. Escribe perfectamente.

—Vaya lavemos nuestra ropa sucia en casa. Basta de tonterías: léeme esto.

La doncella hizo gestos y muecas mirando al propio tiempo, el billete. Por fin, se dignó leer:

«Mi querida gatita: la tinta de la virtud es en tí muy rara. Dime si la montaña vendrá hácia mí, ó si yo iré á la montaña, entre once y doce de la noche.

»Tu apasionado

»D. EPSOM DE LA PENITENCIA.»

—Y bien, dijo Cornelia, que quiere decir esto? Vaya un estilo! Que hará allí la montaña?

—Esto se halla escrito en el mejor y en el mas delicado estilo; pero tú no puedes comprender esto, porque ni siquiera has cursado humanidades. Pronto, pronto, escribe al duque.

La doncella escribió con su hermoso carácter de

letra, un inglés bastardo, esta obra maestra de talento en la tontería:

«Perrito mio: la gatita no te hará pata de gallo; rehuso, para verte esta noche, una cena en la Casa de Oro, donde se tenía que hablar de oro. Mas para mí, que tengo un corazón de oro, que me importa esto?»

Aquí la doncella sintiéndose inspirada arrojó al techo su pluma.

—Esperad, señora, dijo, ahora recuerdo un latinazo que vá á darnos una reputación inmensa.

—Un latinazo! sin duda será latin de cocina.

—Si señora; pero es el mejor.

—Veamos el latinazo.

—*Va victis!*

—Que quiere decir esto?

—Lo ignoro; pero todos esos caballeros lo ponen.

—Y bien, vaya por el latinazo! al señor de Parisis no hay que rehusarle nada.

A las doce de la noche Octavio encontró á Rebeca en una cámara nupcial del Café Inglés. Se consideró muy feliz en volverla á ver: le contó mil locuras, le recitó su papel nuevo, le dijo que únicamente las hijas de la Biblia, cual ella, eran dignas de ser amadas de un Parisis.

Cuando salían juntos á las dos de la madrugada, vieron que una mujer aguardaba frente al Café Inglés, teniendo su coche á la puerta.

Octavio se sorprendió al reconocer á la señora de Entraygues.

Su extrañeza fué tanto mayor, cuando vió que ella conocía á Rebeca. Y en efecto, se hablaron como verdaderas amigas.

—Donde os habeis encontrado? preguntó Parisis.

—Vaya una pregunta! En todas partes.

La señora de Entraygues bajaba, pues, cada día un grado; mas fuese lo que fuese no podia olvidar á Octavio. No lograba dominar esta pasión de toda su vida. Mas Octavio no podia vivir con una sola mujer.

—Y sin embargo, murmuraba con frecuencia, si Geneveva quisiese!

—Mi buen amigo, dijo la señora de Entraygues á Parisis, he recibido una carta de Violeta: como tantas otras la pobre morirá por vuestro amor!

tanta rapidez por sus pasiones que no tienen tiempo de volver su cabeza. No ven el abismo que les separa de la situación en que se hallaban. Las que mas se precipitan en el mal, creen estar siempre á la mitad del camino y se figuran que retrocediendo un paso pueden reconquistar su dignidad. Paris es la ciudad del perdón y del olvido. Cualquiera que sea el rumor de la caída, Paris lo dispensa todo si la muger es hermosa; los mas aristocráticos salones no le cerrarán su puerta y mas si se presenta á ellos con un hombre á la moda en el mundo oficial ó en el mundo de los clubs. La gente buena y honrada lo extrañará; mas los verdaderos parisienses, que se burlan de todo hasta de las virtudes de familia, dicen que la belleza tiene siempre razon.

Quizá los moralistas fruncirán el ceño y dirán que la sociedad se vá. Necesario es que haya moralistas puesto que hay mugeres aventureras. Si la mujer adúltera puede así desafiar su marido, la opinion, la familia; si tiene razon al cometer sus locuras porque es hermosa, si tiene sobre todo razon porque pertenece al gran mundo, nada tiene que temer escepto su conciencia. La conciencia es un pálido fantasma que únicamente aparece en las horas nocturnas y solitarias cuando la pasión duerme; mas á la primera vision la pasión despierta y arroja lejos de sí al fantasma. La Iglesia no ha creado al infierno sino porque Dios perdonó la Magdalena.

Aliza no temía nada. Tal era su ceguedad que no

XI.

ALERE FL. EL LAZO DE UNION.

VERITATIS

La señora de Entraygues no veía la profundidad de su caída. Esto consistía que en vez de contemplar, segun dice el poeta, las altas y nevadas montañas pisadas únicamente por la virtud, se dejaba arrastrar por el torrente que á sus piés mugía; en vez de templar su alma en el recuerdo de la familia y en la esperanza en Dios, no separaba sus ojos de las voluptuosas imágenes y de las novelas del medio mundo. Creíase preservada con su título de condesa, por sus altas maneras y por su desden hácia las jóvenes que no sabían ortografía. No creía profanarse al contacto de las mugeres perdidas que hallaba en casa de sus amigas, «que vivían *divorciadas*.» Por otra parte creía elevarse despreciando las señoras del gran mundo que hacen traición á un mismo tiempo á su marido y á su amante que no tienen valor para romper su yugo y que viven cobardemente entre la constante mentira.

Es necesario perdonar á las mugeres, no porque aman demasiado, sino porque se ven arrastradas con

habia perdido la costumbre de ir á misa, creyendo vivir siempre en olor de santidad. Però lo que dará una verdadera idea de su ceguedad, será el decir que un dia fué á casa la señorita Rebeca que daba un baile de máscaras.

La señorita Rebeca se habia hecho célebre en el medio mundo sin saberse bien porqué. Los unos decian por sus cabellos, los otros por sus locuras; pero yo lo atribuyo al número de sus amantes.

Observaba la máxima de que solo debia cogerse, lo mas escojido del cesto, la flor de todo, las primeras auroras. Decia que eternizarse en un amor equivalia á perder la juventud. Los hombres no son héroes de generosidad sino en los primeros abrazos; no son magníficos sino vistos por fuera; no es necesario profundizarles mucho. En todo, á semejanza de madama Stael, no le agradaba sino el principio.

Siguiendo estas máximas se habia enriquecido. Habia calculado bien: esto de echar á los amantes de patitas á la calle antes de que ellos se despidan á sí mismos, no deja de ser un gran arte. Todos los amantes de la señorita Rebeca volvian á visitarla, enamorados aun de sus espléndidos hechizos y el uno le traia un ramillete, el otro una joya y el otro un cuadro. Daba comidas y se consideraba muy digno el ser invitado á ellas. Nadie se alababa de mandarla los pavos trufados, el pastel de *foie gras* ó los vinos generosos y sin embargo á la señorita Rebeca no la costaban nada sus comidas.

Daba annalmente tres ó cuatro fiestas donde no hacian falta sus principales *amigos*, donde iban á divertirse ciertas *señoras* de la buena sociedad, si es que la sociedad buena ó la sociedad mala existan.

La señora de Entraygues, que era curiosa, quiso ver de mas cerca aquellas *señoras* en su casa y aquellos *amigos* en casa de aquellas damas.

Gracias al dominó y á la careta, creyó que se haria invisible é impenetrable.

Por lo demás no fué ella la única que se atrevió á pisar con su aristocrática botina las manchadas alfombras de la señorita Rebeca. Se llevó consigo á la marquesa Ancini, una italiana estraviada en París que era aficionada al juego con la pasion de una veneciana que no ama sus amantes con una pasion florentina.

La señorita Tornasol era inocentemente la jóven mas perversa que ha existido en el mundo. Creia que existen mugeres que han nacido para ser cortesanas, como hay mugeres que han nacido para ser duquesas, prenderas, madres de familia ó ramilleteras.

—En cuanto á mí, decia, puesto que Dios me hizo hermosa, señal que me destinó á hacer la dicha de los hombres.

Y hacia la dicha de los hombres con conviccion, día por día, sin acordarse del anterior y sin pensar en el siguiente.

Hoy se encuentran muchos tipos por este estilo, como un artículo que Paris dispone á la esportacion, hasta el día en que con la deportacion se hará justicia en ellos.

Habia allí tambien la Taciturna, esa niña de tanto talento que en su vida no habia dicho cuatro palabras. La Taciturna no habia cambiado su repertorio: decia siempre estoicamente, segun su inspiracion:—«Cuestion de dinero!—Estoy desarmada.—Acepto el vaticinio.—Ni sí, ni nó.»

Como en todas las fiestas celebradas por estas damas, se bailó, se cenó y se jugó.

Si las damas fueran decentes, si la cena estuviera chispeante, si el juego fuese leal, nada tendria de particular. Yo estaba en la fiesta y no dancé, no cené ni jugué. El novelista es el filósofo de la orgía romana que mira pasar la vida, que se apoya en la columna y no se recuesta en el banquete: recuerdo, no

XII.

UN BAILE EN CASA DE LA SEÑORITA REBECA.

Todo el gran mundo perdido de la Calzada de Autilin y de los Campos Eliseos iba en aquella noche á casa de la señorita Rebeca. Las mugeres galantes tienen mas arte que las señoras del gran mundo. Cogen perfectamente un aire cándido y espiritual á un mismo tiempo. La una se pone ojerosa con un lapiz, con objeto de aparecer sentimental; la otra que es rubia se pinta las cejas como plumas de cuervo á fin de representar mejor la pasion. Ninguna se muestra sencilla. Ois reir y hablar allí abajo; no os acerqueis: se dice una tontería y se rie por una tontería. Las unas hablan mucho para ocultar su nulidad; las otras están silenciosas para guardar su talento; las primeras pasan por Sevigné, las segundas por grullas. El ruido sea cual sea y venga de donde venga produce siempre su efecto. Y además de esto es como en la lotería, á fuerza de ajitar palabras se concluye por soltar una de chispa.

La señorita Tornasol estaba allí con la señorita Treinta-y-Seis-Virtudes.

obstante, que la señorita Rebeca me sirvió una copa de vino del Rhin digna del banquete de los dioses.

Poco á poco las mujeres que iban con dominó se quitaron la máscara. En este mundo nadie se resigna á ocultar su rostro, imaginándose que la humanidad se privaría de una obra maestra; se cree que únicamente la fealdad se pone la careta. Y además, nada hay tan embarazoso como el llevar una máscara: debajo de una máscara, es, sobre todo, donde se ruborizan las mujeres. Se ponen la careta para hacer gala de su chispa: al primer apóstrofe notan que se han olvidado la chispa en casa. En vano beben vino de Champagne: el tapon no salta. En vano se rascan la oreja: no tienen esos felices enencontros que son como las pepitas de oro del talento; se hacen fuertes en la charlatanería, creyendo salvar así su nulidad; pero llegan hasta la injuria sin encontrar las pullas del catecismo picaresco.

Hay, sin embargo, entre aquellas damas, jóvenes de talento estraviado; pero las mejores frases quedan perdidas. En aquel ruidoso concierto se oían apenas los violines: la *ofeleida* ha matado la música, bien como la tontería mata el talento.

Solo dos damas se habían dejado la máscara: eran dos mujeres de chispa. Habían maravillado á todo el mundo. En vano se había intentado que se quitasen la careta: iban de grupo en grupo, siempre deslumbradoras y echando en derredor suyo torrentes de ironía. Habían conquistado todos los hombres; pero

se veía claramente que se reían de ellos; no era para ellas, como para las otras, una cuestion de veinte y cinco luises.

La señora de Entraygues, que conocía todos los hombres del gran mundo que allí se divertían, les decía las cosas mas imprevistas. Hacia rápidamente la historia de sus familias, pintaba sus blasones, desenmascaraba sus queridas; ponía en relieve sus ridículas manías; todo con un aticismo que no brotaba con frecuencia en el estéril jardin de aquellas damas.

La misma marquesa italiana estuvo tambien brillante; mas era demasiado jugadora para resistir la mesa llena de oro que presidia la matrona de Efeso.

La verdadera orgía estuvo en el juego. Cuando el champagne es elocuente se convierte en un matemático horrible; para él dos y dos hacen cinco, sobre todo, cuando las mujeres tienen los naipes. Es la cerrada del dinero; los hombres se dejan arrastrar diciéndose estos hermosos aforismos: «Es necesario dar su parte al fuego; es necesario pasar bien la juventud.» Dar su parte al fuego! Cuántos hay que nada tienen que quemar? Pasar bien la juventud! pero si casi todos son viejos!

La moraleja es la siguiente: á las cinco de la madrugada el saloncito azul de la señorita Rebeca espresaba todos los furores y todas las angustias del juego.

De vez en cuando la señora de Entraygues intentaba arrancar su amiga á sus pasiones. La marquesa

perdía veinte y cinco mil francos y no había traído mas que cinco mil.

—Cinco minutos mas! decia, concededme tiempo para concluir mi ruina.

—Ya lo veis, decia Rebeca: una puede dejar su amante, pero no su dinero.

Los jugadores y las jugadoras sentían cierta inquietud. El dominó con careta pagaría al día siguiente? Tenía diamantes? Sus billetes al portador eran buenos? Firmaba así unicamente: «El dominó violeta con lazo blanco.»

La señorita Rebeca se ofrecía para descontar esta firma; pero como no tenía un luis en frente suyo, nadie aceptaba su oferta.

Aquella pérdida de la marquesa no era nada comparada con la de algunos hombres que empezaban ya á ver claro. Mas de doscientos cincuenta mil francos habían quedado en el campo de batalla. Unicamente ganaban las mujeres, lo cual es ya de cajón entre semejantes damas.

—Aquí hay demasiadas bellezas griegas, dijo de pronto un perdidoso; en verdad que no se puede jugar con las mujeres

—Oh! caballero, dijo con dignidad Rebeca: olvidais que os encontrais en mi casa.

—No sé donde me encuentro: lo que sé es que he perdido ochenta mil francos, y que empiezo á ver el reverso de los naipes.

En aquel momento apareció un nuevo personaje

con el cual no se contaba. Era el comisario de policía.

La señorita Rebeca que le conocía, recogió su dinero con rapidez.

El comisario había entrado seguido de cuatro agentes. Hizo una seña magistral y dijo que iba á recoger el dinero y á arrestar á las señoras. Al hablar de los hombres se espresó con mas cuidado: sabía que entre cuatro jugadores hay un pillete y tres hombres honrados, cuando no hay entre ellos un hombre honrado y tres pilletes. Temió dejarse caer sobre algun nombre ilustre. Fuera de que las órdenes recibidas se concretaban á las mujeres.

Fuesen quienes fuesen estas, las arrestó todas.

Hasta llegar á la Prefectura ó á San Lázaro no se observaba la costumbre de separar el trigo de la cizaña.

En vano quiso protestar la condesa de Entraygues, en vano se indignó llorando: el comisario estuvo inexorable.

Lo echó todo á rodar soplando un bofetón á un agente. Este arrancó su máscara.

La condesa se vió en un espejo de la antesala.

—Oh! Dios mio! dijo con espanto: quién es esta mujer que yo arrastro conmigo?

Esta mujer era ella misma.

A semejanza de la duquesa de Campagnac, al descender la escalera de honor del duque de Parisis, no se reconocía á sí propia!

conocida, y se hallaba resignada á la pintoresca fortuna de la señorita Tornasol.

Al llegar á la Conciergeria, no se quiso despertar al Prefecto en su obsequio. No se esplicaba el porqué la señora de Ancini no se hallaba con ella; la buscaba con los ojos porque contaba en su elocuencia oficial.

La condesa no hizo mas que pasar por la Conciergeria. No bien hubo descendido del coche tuvo que subir con sus tres compañeras á uno de esos misteriosos carruages negros, rayados de amarillo, que viajan desde la Prefectura de policia hasta San Lázaro.

Estaba para rayar la aurora, todo el mundo dormia, los municipales dormitaban, sabiendo que las prisioneras no intentarían escaparse.

—Ninguna de vosotras ha ido aun á San Lázaro? preguntó la señora de Entraygues.

Las tres mujeres protestaron aunque la señorita Tornasol, dijo que solo habia estado allí dos veces.

—He llegado hasta el torno, para consolar á una de mis amigas, dijo como si se sintiese arrastrada á medias por la verdad; pero me quedé muy sorprendida viendo que se dirigía á mí con las mejillas frescas como una rosa, los ojos chispeando y la sonrisa en los labios. Nunca la vi tan alegre.

—Esto es de buen augurio, observó Rebeca que pasaba desde la desesperacion y el abatimiento á las mas alegres y febriles carcajadas; si no nos dejan en libertad hoy, no nos moriremos mañana.

XIII.

SAN LÁZARO.

Por mas que la señora de Entraygues se viese arrastrada en un coche de plaza en compañía de la señorita Tornasol y bajo la custodia de un polizonte, no podia creer en la realidad de aquella desastrosa aventura, donde la curiosidad la habia arrojado.

Si no hubiese dado un bofetón á un agente, hubiera logrado escaparse, á semejanza de muchas otras, pues al fin y al cabo solo se llevaron cuatro mujeres á la Prefectura: la señorita Rebeca, ama de la casa, una cortesana que llevaba el apodo de la Matrona de Efeso, la señorita Tornasol y la condesa de Entraygues.

La señora de Ancini pronunció un nombre al oído del comisario, lo cual le devolvió la libertad.

La condesa se lisongeaba de que al llegar á la puerta de la Conciergeria quedaria libre, pues pondria cuatro líneas al Prefecto de Policia.

Afortunadamente bajo su dominó llevaba un traje severo. Habia tomado á los ojos de la policia un nombre de batalla, se lisongeaba de no haber sido re-

—Creo, dijo la Matrona de Efeso, que no se nos pondrá la camisola de fuerza.

—Nunca! replicó Rebeca, San Lázaro no es una cárcel, sino un refugio.

—Chist! interrumpió uno de los municipales á quien esta conversacion privaba de dormir.

—Oh! en cuanto á esto protesto, dijo la señora de Entraygues: no estamos condenadas al silencio.

Aunque el municipal refunfuñara, la condesa siguió hablando.

—Desgraciadamente, observó Rebeca, el silencio es aquí una penitencia: las mujeres pueden cantar, pero no pueden hablar.

—Como cantar?

—Si, cánticos.

Llegaron al pátio de San Lázaro. Las cuatro mujeres bajaron, y siguieron al conserje al cual los municipales presentaron la orden de detencion.

—Oh! oh! murmuró el conserje, estas son mujeres del gran mundo.

Y luego de haber mirado á las recién llegadas:

—Rebeca Moisés! dijo; quién se llama Rebeca Moisés?

—Soy yo, respondió la jóven judía, inclinándose.

—No leo muy bien vuestro apellido.

—Es sin embargo un apellido muy conocido desde hace tiempo.

Se inclinó para ver como estaba escrito su nombre, pues la jóven sabia leer su nombre.

—Se vé perfectamente que el que ha escrito mi apellido, es cristiano: lo ha desfigurado con una Y.

—Moisés! dijo la señora de Entraygues, tratando de sonreír. He aquí un nombre predestinado: con este nombre hay seguridad de llegar siempre á la Tierra prometida.

Y miró en torno suyo como para reconocer el país de Canaan.

El conserje habia llamado á la señorita Tornasol, que lloraba y que ocultaba su semblante.

Era la actriz cómica de la compañía, un verdadero diablillo que conservaba el pudor y los repulgos de la vírgen.

Esto sin embargo; el conserje prosiguió su obra.

—Quién es la que se llama Carlota Deschamps?

Eran el nombre y apellido que habia dado la señora de Entraygues. Pero no se inclinó, sinó que guardó su altivez de mármol.

—Es la segunda vez que se me pregunta como me llamo, dijo con impaciencia.

—Y á mi es la tercera, dijo la señorita Tornasol.

—Tranquilizaos, replicó el conserje: aquí no se os llamará por vuestro nombre. Tomad, aquí está vuestro número: 1313.

—1313! Afortunadamente no estamos en viernes: sin esto me consideraria una mujer perdida.

—Aquí no hay mujeres perdidas, observó Rebeca, riendo.

—Ciertamente, dijo la Matrona de Efeso, puesto que aquí es donde se las encuentra.

El conserje llamó á ésta, y la Matrona le miró con cierto aire de altivez.

—Vé con tiento, dijo Rebeca; él es quién vá á medirte, y no tú quien vá á medirle á él.

Y en efecto, un escribiente de San Lázaro, empezó á medir la talla de las mujeres.

—Porque no nos fotografiáis? dijo Rebeca.

—Es inútil, cuando volvais aquí os reconoceré en seguida

—Cuando volveré aquí!

—O cuando os encuentre fuera.

El conserje aunque hombre grave, tenia sus puntas y ribetes de altivo é impertinente.

Llevóse las cuatro mujeres á una celda. Allí dos criadas empezaron á desnudarlas.

Comenzaron por la señorita Tornasol. Quiso resistir, pero llegó una hermana de la caridad y la habló con tal dulzura, que concluyó por quitarse el sombrero y desabrocharse el vestido.

Para las mujeres este es el instante mas horrible. Verse arrancar lo que es la mitad de ellas mismas, el cuadro de oro de su belleza, para vestir el sombrío traje de las acogidas en San Lázaro, constituye para ellas, una desesperacion indescribible: es como una primera estacion hácia la muerte; es el soldado que se desarma, es el general que rompe su espada.

El traje de las lazarinas es de una sencillez primiti-

va. Una túnica de lana carmelita, con un gorro del mismo color; un cinturon azul de tela burda que se ata al pecho, una pañoleta de algodón rayado, diversamente teñido pasando desde el azul fuerte, hasta el verde mar segun las coladas que ha sufrido; medias de lana gris, y zuecos.

No os quedareis sorprendida, señora, si os digo que á pesar de esto las lazarinas sañan partido de su traje. El arte de ceñirse el cinturon, de anudar la pañoleta, de ponerse el gorro distingue á las Celimenas de las Inés. Yo he visto á alguna, á la cual solo le faltaba el abanico. Las que tienen el amor de ellas mismas y de las otras, las que han nacido con el sentimiento femenino, las que han tomado, aunque no sea mas por una hora, el aire de grandes señoras, conservan bajo aquel traje, no sé que especie de cosa que las revela.

Les quedan aun tantos adornos naturales! Los cabellos, la sonrisa, las ondulaciones de la garganta, la desenvoltura, el movimiento de los brazos, la ciencia del andar, la blancura de las manos, de estas pobres manos que jamás ven el sol. La mujer tres veces mujer,—hay una por cada doce en San Lázaro,—no abdica nunca.

Se quitó el traje á Rebeca, á la señorita Tornasol y á la Matrona de Efeso. En las sabias resistencias de la señorita Tornasol, un observador hubiera reconocido que aquella no era la primera vez que pasaba por aquel alambique: las otras dos devoraban en si-

lencio su vergüenza, obedeciendo la ley del mas fuerte.

La señora de Entraygues se resistió á beber en aquel caliz. En vano se la amenazó con calabozos y guardianes, en vano se la habló de la humildad ante Dios: contestó que ya vestia de negro, que su traje no podia ofender el hábito de San Lázaro, que por otra parte no pasaba todo el día en aquella cárcel y que estaba resuelta á sufrir, menós aquel, todos los ultrages.

Cuatro hermanas de San José, se unieron á las sirvientas.

—Señora, dijo la que habia llegado primero, os desnudaremos nosotras mismas; pero es necesario obedecer á Dios.

—Dios no me ha condenado, respondió con altivez la condesa.

La hermana que la exhortaba habia observado en su altiva belleza, la espresion de la mas elevada aristocrácia; comprendió que si no lloraba era por dignidad.

Creyó que tal vez allí existia una equivocacion cualquiera. No era la primera vez que se echaba en San Lázaro á una mujer por otra.

—Señora, la dijo, seguidme á mi celda.

La señora de Entraygues obedeció, murmurando estas frases de la *Imitacion*:

«Señor! pongo á vuestros piés todas mis humillaciones.»

—Ya lo veis, dijo Rebeca, cuando las tres mujeres se quedaron solas con las sirvientas: la igualda no es de este mundo. Ahora mismo, se nos ha medido, pasándonos por el nivel, y he aquí que esa damisela está irguiendo su cabeza por encima de la nuestra.

—Y vamos á quedarnos en esta celda con cuatro camas? preguntó la Matrona de Efeso.

—Sí, si no somos bastante ricas para meternos en la pistola, dijo la señorita Tornasol, haciendo una pirueta. Mas segun he oido decir, la pistola es el régimen celular donde una se muere de fastidio y hasta se pone loca. Las que trabajan en las cuadras ordinarias, oyen lecturas piadosas, cantan cánticos, y están mucho mejor que las que se ocultan en las celdas.

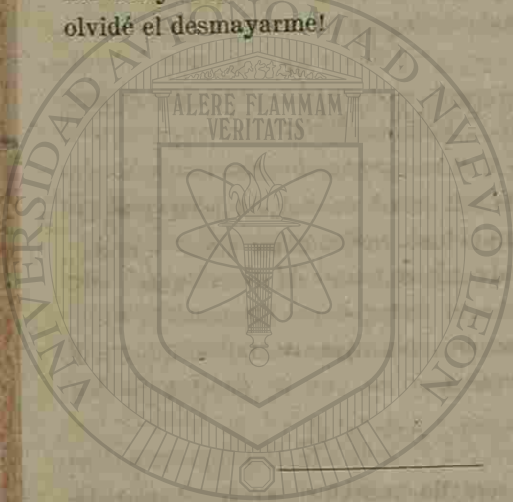
Rebeca mostró con el dedo aquellas blancas y desnudas paredes, aquella ventana con rejas, aquella puerta maziza y aquellas cuatro camas que parecían jugar á las cuatro esquinas.

Habia transcurrido una hora sin que la señora de Entraygues hubiese vuido á entrar en su celda. Las tres mujeres se consideraron algo humilladas. Parecía que el horror de aquella cárcel las cogia con mas fuerza desde que la señora de Entraygues no se encontraba con ellas.

Qué habia ocurrido? Se perdian en congeturas. La habian ya reclamado? Se la habia dado una celda para ella sola? Se habian las hermanas compadeci-

do de su suerte hasta el punto de conservarla á su lado?

—Nó, dijo Rebeca: habrá sufrido un ataque de nervios y se la habrá llevado á la enfermería. Yo me olvidé el desmayarme!



XIV.

LAS SEÑORAS TOMAN AGUAS.

En aquel día, el señor de Parisis recibió en el club un billete que hizo reír mucho á sus amigos, pues lo echó desdeñosamente sobre la mesa, diciendo:

—Quién quiere ir á San Lázaro?

Hé aquí este billete:

«Señor de Parisis, Jockey-Club.

»Un quidproquo! Me engañé de coche. Estoy en San Lázaro. Sácame de aquí.

»TORNASOL.»

—Hé aquí á esa pobre Tornasol metida otra vez á la sombra, dijo el príncipe Azul.

—Tú, Saint-Aymour, que eres el consuelo de afligidos: no quieres ir á San Lázaro? preguntó Octavio.

—Oh! Dios mío, si se pudiese entrar allí como en su casa...

—Pero San Lázaro es su casa.

Tomo III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No la calumniemos, dijo uno de sus cuatro amantes; es una criatura que aun tiene su rinconcillo de virtud.

—Lo has encontrado?

—Oh! amigo mio, eres admirable en tus descubrimientos del mundo conocido. Américo Vespucio no morirá nunca: encontrará siempre bosques vírgenes... despues de Cristóbal Colon.

—Veamos, señores: quién vá á San Lázaro?

—Yo nó.

—Yo tampoco.

—Yo menos.

—Es decir que la señorita Tornasol morirá en la impenitencia final?

—Despues de todo, parece que no se está tan mal en San Lázaro.

Uno de aquellos jóvenes, que era amante de las citas, tradujo así un célebre verso:

San Lázaro rehizo

No pocas virginidades.

Aquí estaban de su plática cuando llegó otro billete.

Este habia dado un paseo: habia ido á casa el señor de Parisis y el criado se lo traía con otras cartas.

«Sr. de Parisis, Avenida de la Emperatriz.

»San Lázaro. Ved á Pietri. Corred!

»ALIZA.»

El señor de Parisis no echó este billete sobre la mesa, sino que disimuló su emocion sonriendo.

—La señora de Entraygues! murmuró.

—Otro billete de San Lázaro? le preguntó uno de sus amigos.

—No, dijo Octavio: me viene del Sagrado Corazon.

—Ya comprendo: no enviarás allí ningun ministro plenipotenciario.

El señor de Parisis habia doblado con cuidado el billete y habia abierto una carta mas explicita, escrita por la misma mano.

«Amigo mio:

»Estoy desesperada; creereis que estoy en Charenton; pero es peor. me hallo en San Lázaro. Ya sabeis que nada he hecho para esto. Se ha jugado en casa de Rebeca. Estaba allí, en dominó, con la hermosa italiana. La policia ha intervenido; se han echado los hombres á la calle y se han preso las mujeres. No escribo al príncipe Azul, al cual no confio mis secretos. No perdais un minuto: es necesario que esta noche yo vaya al baile de la Habanera.

»ALIZA.»

Octavio no contestó mas que con *si* y *nó* á las ardientes preguntas de sus amigos.

—Adios, dijo de pronto: voy al Sagrado Corazon.

No estaba aun en la puerta cuando se trajo otro billete.

—Es tambien para mí? preguntó.

—Nó, dijo el príncipe Azul, es para mí.

—Diablo! esto es una verdadera comedia; tambien viene de San Lázaro.

«Señor príncipe:

»Nunca lo creerás! Me hallo en San Lázaro. Ven á buscarme. Esta noche represento.

»REBECA.»

El príncipe Azul leyó en alta voz.

—Nó, nunca lo creerás! dijo Saint-Aymour.

—Ven á buscarme! exclamó el príncipe Azul. Por qué vá allí? En verdad que esas muchachas no dudan de nada. Porque se ha tropezado con ellas os dicen el día en que se ven en San Lázaro:—Vén á buscarme. Pero yo contesto: «Niñitas de mi alma: no me habeis »pedido licencia para ir á San Lázaro. Pues bien, se- »guid allí!»

—Amen, dijo un filántropo, pues los hay en todas partes. Quién sabe si jugásemos un luis al lansquenet para enviarlo á esas señoras?

—Es cierto: necesario es que nos consolemos del dolor que sienten las pobres.

Octavio se habia marchado. Subió á su coche gritando:

—Calle de Lafayette.

El lacayo pidió el número. Parisis contestó haciendo un gesto.

En la calle de San Lázaro fué donde María de Médicis fundó una comunidad de jóvenes arrepentidas. El convento adoptó el título de Convento de las Hijas de Dios y de Santa María Magdalena. Un padre franciscano, dotado de una ardiente y persuasiva elocuencia, convirtió, en 1491, un gran número de mujeres perdidas, «entre las que las habia viudas y solteras»; mas de doscientas se entregaron al claustro y á la penitencia.

Esta comunidad subsistió hasta 1793; pero no subsistió gracias á las Magdalenas Arrepentidas, sino porque desde 1700 no entraron en él mas que personas de buena vida y costumbres. En efecto, en el siglo diez y ocho nadie se arrepentia: se esperaba con valor, entre las embriagadoras locuras del carnaval, aquel solemne miércoles de ceniza que se escribió con cuatro cifras: 1793. Antes de la revolucion se veia aun cerca de la puerta de la iglesia un crucifijo delante del cual se postraban los ladrones y otras honradas gentes que se llevaban á Montfaucon. Besaban los piés del Dios hecho hombre, recibian agua bendita que equivalia á otro bautismo para la muerte y se sentaban por un instante en su postrer banquete.

Las Hijas de Dios les servian pan y vino con palabras tiernas de caridad y de esperanza; era aquello, segun dice Carlos Nodier, «el banquete de los antiguos, endulzado por las costumbres evangélicas.»

Al principio San Lázaro fué un hospital de leprosos. Allí los reyes de Francia recibian el juramento

de fidelidad prestado por las órdenes de la ciudad; allí eran depositados, bajo la custodia de los leprosos, los mortales despojos de los reyes y reinas de Francia, desde cuyo punto iban á San Dionisio para recibir la ablucion de los sacerdotes representados por el arzobispo de Paris. Esta estacion en San Lázaro, espectáculo curioso de la edad media, era el símbolo de la igualdad cristiana. Pero acaso esta igualdad no era un sarcasmo? La igualdad cristiana despues de la muerte! Siempre se ha entendido de igual modo. San Vicente de Paul fué abad de San Lázaro y murió allí. Durante el reinado del Terror, se convirtió, en nombre de la libertad, á San Lázaro en cárcel. El pintor Robert se salvó bajo sus bóvedas por un error de nombre; pero Andres Chenier y Roucher escribieron allí sus últimos versos. San Lázaro se ha convertido en refugio para las mujeres de mala vida. El pobre santo no ha hecho mas que presenciar las miserias y los dolores de la humanidad. No era lo bastante el haber vivido con las migajas de la mesa: despues de su muerte fué el patron de los leprosos, de los reyes difuntos y de las mujeres de vida airada; mas en cambio, Roucher y Chenier padecieron cerca de él.

Octavio mandó detener su carruaje á veinte pasos de San Lázaro.

Entonces pensó que hubiese obrado mejor dirigiéndose recto á casa el prefecto de policia; mas le hubiese encontrado?

Estaba debajo de la bóveda con la mano sobre el

picaporte. Llamó. El portero le preguntó si tenia permiso de entrada.

—Nó, dijo Parisis: lo he olvidado; pero aquí teneis mi targeta: llevadla al director.

El portero obedeció. Octavio vio se hallaba en el toro: una jóven de fuera acababa de besar á una jóven de dentro en presencia de dos hermanas de San José.

El director, que era un hombre muy amable, tuvo la galanteria de ir al encuentro del duque de Parisis.

—Señor director, vengo á buscar una mujer que un quid pro quo desastroso lanzó aquí esta mañana.

—Habeis visto al prefecto? interrogó el director.

—Nó, pero le veré en seguida.

—Ya sabeis, dijo el director sonriendo, que no soy el dueño en mi casa; no tengo el derecho de dejar salir á nadie, sea quien sea, y hasta ni siquiera tengo el derecho de abrir la puerta á las mujeres arrepentidas que buscan aquí un refugio.

—Mi coche está allí; permitid que escriba dos líneas al prefecto, y antes de tres cuartos de hora tendré una respuesta. Entretanto veré á la prisionera.

—Como se llama?

Octavio no supo que responder.

—Aquí, prosiguió el director, hay mil trescientas prisioneras, todas mas ó menos anónimas, puesto que son mujeres sin nombre: visten de igual modo, y el indagar donde una se encuentra, equivale á buscar un alfiler en un pajar.

—Sí, dijo Octavio, pero no todas han llegado aquí esta mañana.

—No he visto á las recién llegadas; pero he de manifestaros que la noche ha estado fecunda. Se han echado las redes en el boulevard, y según el lenguaje de la policía, se ha hecho una pesca milagrosa.

—Oh! conoceré perfectamente á la que busco.

—Pues bien, un llavero va á acompañaros. Subid primero á la *Pistola*.

El señor de Parisis no se hizo de rogar: saludó al director y siguió al llavero.

—Ah! dijo, se me olvidaba: aquí es necesario pagar la entrada.

Y entregó un billete de quinientos francos.

—Aquí teneis para estas pobres mujeres. A todas les gusta la fruta y se me ha dicho que solo comen manzanas: compradlas melocotones, puesto que la estación es propicia.

El llavero empezó á andar con alegría y soltura: sus presentimientos no le engañaban puesto que cuando el señor de Parisis estuvo solo con él le dió una moneda de cien francos.

Llegóse pronto al tercer piso, frente á las celdas destinadas á la pistola.

Todas las puertas tenían una regilla que se abría por fuera y que permitía examinar las que estaban encerradas en el interior de la celda. El llavero abrió la primera puerta. Octavio vió tres mujeres de buena casa que mataban el tiempo jugando á los naipes.

—Como! dijo el llavero, así es como trabajais vosotras? Quién diablo os ha dado esta baraja?

Y avanzó ruidosamente para recoger esta última.

—Os lo suplico, dijo una de aquellas mujeres: solo jugamos por nuestro honor.

—Por cuyo motivo, añadió otra, no se cobra aquí el barato.

—Vaya, dijo Octavio: dejadlas su baraja.

Y dirigiéndose á las tres mujeres:

—Os suplico, añadió, que me perdoneis, señoras: me equivoqué de puerta.

Se pasó á otra celda donde dos mujeres meditaban silenciosamente sobre la grandeza y decadencia de las cortesanas.

Octavio reconoció vagamente á una de ellas: era una de esas terribles proxenetas á las que se encarcela todos los años, y que no por esto se enmiendan. Se levantó chispeante de alegría, creyendo que la visita era dedicada á ella; mas la puerta se cerró en seguida.

La tercera celda tenía la reja abierta y Octavio dispensó á su guía que metiese la llave en la cerradura.

—No vale la pena, dijo, no interrumpamos á estas mujeres: miraré por aquí.

Y asomó su cabeza.

Entonces vió tres jóvenes que ensayaban silenciosamente un paso á cuatro: eran corifeas de Chateaurouge, que habían bailado demasiado horizontal-

mente dando con sus piés en la nariz de unos municipales que ya les habian quitado sus ramilletes. En Francia se es muy severo con todas las artes que divierten: en Inglaterra se hubiera llevado en triunfo á las tres jóvenes. No se vió esto mismo el dia antes de adjudicarse el primer premio, cuando los ingleses invadieron la Opera de la avenida Montaigne?

—Chist! hizo el llavero dando un golpe á la puerta: vuestra hermana, Santa Magdalena, vá á castigaros.

En la celda vecina se leía. Que se leía? No creo que fuese la Biblia ni el Evangelio; pero un libro es siempre bueno para las almas ociosas: no hay libro que no tenga su moral: el alma que trabaja domina el cuerpo.

—Abrid esta puerta, dijo Parisis que acababa de reconocer la señorita Rebeca, la señorita Tornasol, y la Matrona de Efeso.

Rebeca, viendo entrar á Octavio lanzó un grito de alegría.

—Que bueno has sido viniendo! dijo, corriendo hácia el joven.

—La habeis encontrado? preguntó el llavero.

—Nó, respondió Octavio.

—Nó! repitió con tristeza Tornasol; es decir que no has venido por mí.

—He venido por todas; pero no os veo todas aquí.

—Es cierto: hay una mujer que ha venido con nosotras y que nos ha dejado esta mañana. Rebeca la

conoce, pero nosotras no. Es mujer de campanillas. Probablemente Rebeca le dá lecciones de declamacion.

—Sí. Es mi mercadera de cintas, dijo Rebeca que deseaba probar su discrecion á Octavio.

—Donde está?

—Ah! querido: aquí no recibimos el diario de la casa: no llegan noticias.

—Es una mujer robusta, dijo Tornasol: á estas horas debe haber hundido ya las puertas.

Octavio respiró. Creyó, en efecto, que la señora de Entraygues quizá se habia dirigido á alguiemas, y que ya habia salido de la cárcel.

—Ha salido hoy alguna mujer de San Lázaro? preguntó al llavero.

—Ellas van, vienen, entran, salen; pero no, creo que hoy haya salido ninguna. Aun hay mas celdas.

—Vuelvo en seguida, dijo Octavio desprendiéndose de brazos de Rebeca: cuenta á tus amigas, uno de aquellos cuentos que sabes contar tan bien.

—Y que escuchan tan mal, dijo Rebeca: las consi-
dero ya inconsolables.

Se acercó á Octavio, y dijo á su oido.

—No olvides de esparcir el rumor de que hemos ido á tomar las aguas de Alemania.

Y dando un suspiro añadió:

—Cuando pienso que figuro en los carteles, y que hoy debía cumplir tres citas!

sen temido el ser vistas en su miseria. Las otras, que eran mujeres cualquiera, erguían sus curiosas cabezas ante el espectáculo de un hombre de aire aristocrático, que iba á lanzar una distraccion de algunos minutos en medio del mortal fastidio de aquella cárcel.

El señor de Parisis entró en otra enfermería. Ofrecía el mismo espectáculo.

—No, dijo, es imposible que se encuentre aquí.

—Y sin embargo, dijo el llavero, no puede estar en las salas de trabajo. Esperad; se me ocurre una idea: quizá ha conquistado una hermana de San José que la pasea con ella velando por el servicio de la casa.

Octavio fué conducido á los talleres, y presenció un curioso espectáculo: vió mas de ochenta encarceladas, que inclinadas sobre una máquina de coser hacían con una rapidez increíble, quién unas faldas, quién un gorro, quien unas mangas, quien un cuello: se veían pasar aquí y allí pedazos de tela que inmediatamente revestían una forma cualquiera. Y todo era tan variado, tan inesperado, tan pintoresco, tan vivo, que el señor de Parisis olvidó qué había ido allí para buscar á la señora de Entraygues.

Admirable cosa el trabajo! Aquellas mujeres que ayer vivían tristemente ociosas, errando desocupadas entre el vicio, estaban entonces alegres y sentían placer en aquellas creaciones que brotaban de sus manos: no pensaban en consultar el reloj para ver si

XV.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EL CÁNTICO.

En vano Parisis lanzó su mirada en todas las celdas. Vió mujeres que dormían, que reían, que lloraban, que oraban; todas las fisonomías, todas las expresiones, todos los caracteres de las pecadoras; mas no vió á la señora de Entraygues.

—Es singular, dijo el llavero; yo recuerdo esta mujer. Era de semblante altivo, de mirada orgullosa, tanto que no nos atrevemos á desafiarla. Ya lo veis, hay aquí algunas que son indomables. Supongo que no se la habrá llevado al calabozo. Esto sin embargo si tanto se ha burlado....

El llavero concluyó su frase con un gesto enérgico.

—Aquí estamos á la puerta de una enfermería. Veamos: quizá esta señora cayó mala.

En la enfermería se veía alguno que otro rostro distinguido: así por ejemplo, se observó que dos mujeres ocultaban su semblante contra la almohada, bien como si hubiesen reconocido, ó como si hubie-

Hegaba la hora de recreo, pues el trabajo lo constituía.

Octavio se sintió impresionado, y saludó fraternalmente á aquellas jóvenes. Entonces comprendió que el trabajo no era la espiacion sino la rehabilitacion.

—Y ahora, dijo á su guia, donde iremos?

El llavero percibió una hermana y la interrogó acerca una prisionera vestida de negro que habia llegado por la mañana.

—Casi no la he visto, dijo la hermana de San José. Pero la hermana Cecilia, que está en la sala de las porteras, os dirá donde se encuentra.

Volvióse á subir. Octavio se hallaba muy léjos de quejarse por todas aquellas estaciones, fuese cual fuese su impaciencia en ver á la señora de Entraygues. Sentia allí un vivo placer de filósofo.

Al llegar en lo alto de la escalera, oyó algunas jóvenes y frescas voces que cantaban un himno compuesto por monseñor Dupauloup.

Octavio, creyó estar efectivamente en el Sagrado Corazon. Pidió que le dejaran ver las que cantaban. Eran las mas jóvenes de la casa, adolescentes en rebelion contra la familia y la virtud, aquellas que han guardado á traves de las generaciones, el sello mas ó menos visible del pecado original, hijas del demonio que no vuelven hácia Dios,—si es que vuelven,—hasta despues de haber probado todas las malas pasiones.

—Quereis verlas? preguntó el llavero á Octavio.

—Abrid, respondió este.

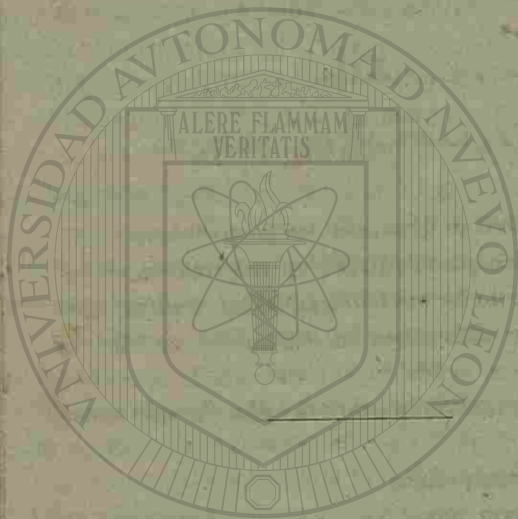
Todo es contraste en la vida: así como el señor de Parisis habia quedado hechizado por la melodia del himno, y por la armonia de todas aquellas jóvenes voces, así quedó desilusionado ante el espectáculo de aquellas picaruelas, de revuelta cabellera, de mirar atrevido, de lábios impudentes, donde el candor no habia florecido y donde jamás debia subir la virtud. De todas las mujeres de San Lázaro, las peores, las mas abandonadas de Dios, las mas impenitentes son estas jovencillas que el pecado ha invadido en el hogar natal, que no ha podido reprimir la madre y que el padre lanzó, desesperado, á la terrible escuela de San Lázaro.

El himno que tan bien cantaban, no impresionaba su alma, semejantes en esto á esos chantres de catedral que no comprenden el latin que cantan.

Como Octavio adelantara hacia la hermana de San José, que daban el tono al himno, para felicitarla por el triunfo alcanzado por aquellas voces rebeldes, una jovencilla le robó su pañuelo; otra, oculta detrás de una columna, le envió un beso que le hizo reir, pues tenia muy saliente el hocico, y otra, en fin, le pidió cien sueldos para comprar confituras.

La religiosa era tan poco familiar con los cumplidos, que perdió de vista su rebaño, y no observó como Octavio daba un luis á esta niña «revoltosa.»

El profeta ha dicho: «Si cultivas la cizaña, no cográs sino cizaña.» Esto no obstante, en la escuela de San Lázaro, se salvan algunas almas.



XVI.

BAJO EL HÁBITO DE UNA RELIGIOSA.

Octavio entró en la sala de las parturientas.

Hubiera sido para el duque un impresionador espectáculo aquello de ver todas aquellas madres condenadas que se consolaban en el amor de su hijo, si desde la primera ojeada no hubiese visto á la señora de Entraygues inclinada sobre la cuna de un recién nacido.

Se dirigió hácia Aliza.

—Por fin! dijo esta.

Y tendió su mano á Parisis. La jóven tenia los ojos llenos de lágrimas.

—No creais que llore por mí, dijo; olvido donde estoy, y olvido lo que soy ante este cuadro. Nunca se ha amado tanto á los hijos como aquí.

—Es que aquí, dijo la religiosa, las madres están cerca de Dios; no tienen mas que á su hijo. Para ellas el mundo concluye en la puerta que veis allí abajo y Dios se muestra ante ellas, en este altar de la madre de Jesús. Tanto como las madres permanecen aquí son mujeres honradas. Que será de ellas? Dios lo sa-

be; pero lo que yo sé es que el amor de Dios y el amor maternal borran todas las manchas del pasado.

Mientras la religiosa hablaba, Octavio veía de una mirada todos los rostros de aquellas madres que se habian vuelto hácia él y en todos los ojos de aquellas mujeres perdidas, hubo de hallar la sublime expresión del amor materno.

—Sabeis, dijo á Octavio en voz baja la señora de Entraygues, que desde que me encuentro aquí me siento mejor? Si no hubieseis venido, me hubiera sentido capaz de cometer una admirable locura. Me he resistido á vestir el hábito de las lazarinas; mas hubiera tomado con gusto el hábito de las hermanas de San José.

—Está bien, dijo Octavio; pero hubiera sido necesario elegir otra puerta para llegar hasta aquí. Y despues lo que hay en esto de mejor, no es el entrar, sino el salir.

—Pues bien, os cojo la palabra: salgamos!

—Y el pase?

Y como el señor de Parisís y la señora de Entraygues se hubiesen alejado algunos pasos de la hermana, Octavio prosiguió:

—Contadme en cuatro palabras esta historia.

—Es muy complicada y sencilla á un mismo tiempo. Ya sabeis que yo no soy curiosa.

—Nó, á fé mia: seriais capaz de desarraigar el árbol de la ciencia.

—La señorita Rebeca daba un té á extranjeros: la

marquesa de Ancini me llevó á él, sin suplicarme mucho, diciéndome que nadie me conocería puesto que iríamos con dominó. Dijo que nos divertiríamos mucho. No sé si ella se divirtió; sé unicamente que se jugó y que perdió todo el mundo.

—Todo el mundo!

—Sí, escepto Rebeca, segun creo. A las tres la cogió un vértigo: se habia calentado mucho con vino de champagne, y el tapon saltó. Se desabrochó el corsé, lo cual fué muy del gusto de los hombres; pero asustó el pudor de los agentes de policia, toda vez que las ventanas se hallaban entreabiertas. Otro dia se les invitará á la fiesta. Llegaron allí con la rapidez del rayo con un comisario de policia que entendia poco de modales; se cogió el dinero del juego y se respetó á los hombres; mas se metió mano á la caza de San Lázaro. Hélo aquí todo. Ya me habreis comprendido.

—Y como permitisteis que se os trajera aquí? preguntó indignado Octavio.

—Habeis venido para echarme un sermón? Ví, antes que vos, la profundidad del abismo: cuando el viento es de popa, no es fácil retroceder en el camino. Os he escrito y he escrito al prefecto. Mas aunque he dado mi último puñado de oro, no se me ha contestado. Por fin, gracias á esta religiosa, os he vuelto á escribir en San Lázaro. Vamos á salir de aquí, no es cierto?

—Pero cómo?

—He hallado un medio.

La religiosa se había acercado.

—Hermana mia, dijo la señora de Entraygues, me permitireis entrar por un instante en vuestra celda?

—Sí, señora, os acompañaré á ella, dijo la hermana.

Y cuando ambas mujeres estuvieron solas, la señora de Entraygues dijo á la religiosa, cogiéndola su mano:—Hermana mia: vos no podeis condenar á una mujer cual yo á la vergüenza de San Lázaro. En nombre de Dios apelo á vuestro corazón. Si paso aquí una noche, todo Paris lo sabrá. Vais á acostaros y me dareis vuestro hábito. Una vez en este traje, podré salir.

La religiosa cumplió sin resistirse la voluntad de Aliza; comprendia perfectamente que aquella mujer no pertenecía á San Lázaro. Obedeció pronunciando estas sencillas palabras:

—Señora, si me ocurre una desgracia, vos rogareis á Dios por mí.

La señora de Entraygues besó á la religiosa:

—Por mí es por quien es necesario rogar y no por vos!

Se vistió con rapidez, pero con alguna dificultad, pues no teniendo la religiosa ni su estatura ni sus hombros, tuvo que encogerse mucho, adoptando al mismo tiempo una expresion de modestia que engañó á Octavio cuando salió de la celda.

—Ahora, dijo ella, quedad tranquilo: se os esperará hasta que hayais visto al Prefecto de Policía.

Octavio comprendió: el llavero solo veia su moneda de cien francos.

Parisis siguió hacia adelante, convencido de que la condesa iba á seguirle.

En efecto, bajo el pretesto de hablar al director en obsequio á la reclusa, ella bajó la escalera.

En el torno, mientras Parisis daba gracias al llavero, salió una religiosa.

Era la condesa.

A cincuenta pasos de allí subieron juntos en el coche de Octavio.

Este quiso besarla.

—No, dijo ella: este hábito que llevo no transforma solo mi cuerpo: santifica mi alma. No lo dejaré mas.

Y añadió:

—Os odio!

El duque de Parisis miró la condesa, á semejanza de un hombre que nada toma formalmente.

—Lo digo muy seria, dijo la condesa; me habeis arrancado de mi casa: os pido mi último favor: llevadme en seguida á las Jóvenes Arrepentidas.

—Hoy aun no, querida, replicó Octavio en su crueldad burlesca; pero dia llegará en que ireis sola.

el estercolero se encuentran perlas. El alma mas gastada reverdece al amor, el corazon mas corrompido se purifica cuando un gran sentimiento hace subir hasta él un flujo de sangre pura.

Cuando la señorita Tornasol salió de San Lázaro, le contó una egloga digna de los Teócritos del boulevard de Variedades.

I.

EL CLAVEL Y LA AMAPOLA.

Cierta mañana, á la hora en que los prisioneros se hallan en el prado, dos jóvenes se paseaban debajo los árboles de Santa Pelagia, echando migajas de pan á los pájaros.

Se encontraban allí por bien poca cosa, segun decian ellos.

El primero, que se llamaba Arturo, habia cometido un robo con fractura; el segundo, que se llamaba Domingo, habia falsificado firmas.

Por qué se hallaban en Santa Pelagia? En virtud de circunstancias atenuantes.

No principiaban: se habian ya encontrado algunos años antes en los «Carmelitas Descalzos» de Poyssi, de donde habian logrado fugarse. Por mas que debiesen morir en la impenitencia final, uno y otro per-

XVII.

UNA EGLOGA EN 1867.

HISTORIA DE UN CLAVEL Y DE UNA ROSA, DE UNA AMAPOLA
Y DE UN PENSAMIENTO.

La condesa de Entraygues habia dado el primer paso en el camino del arrepentimiento. No fué á encerrarse en las Jóvenes Arrepentidas del Convento de Santa Ana; pero visitó su superiora.

La señorita Rebeca fué condenada á permanecer tres meses en San Lázaro. La señorita Tornasol salió de allí á ocho dias.

Parisis daba todos los dias un paso mas en las profundidades de la vida parisiense; descendia las espirales como los condenados del Dante, no respirando mas que azufre y no viendo mas que tinieblas. En su curiosidad insaciable se le podia comparar al trapero de Gavarni removiendo con su gancho el estercolero nocturno para encontrar en él oro, y apoyándose filosóficamente en el reverbero, á fin de estudiar las costumbres de la calle en las cartas destrozadas, los retazos manchados y los ramilletes mústios. Hasta en

tenecian á dos familias que habian influido para que concluyeran su tiempo en Santa Pelagia. Con un poco mas iban á galeras; con un poco menos se llevaban el premio Montyon.

En aquella mañana, cuando se hallaron en el prado, estaban mas pálidos y mas descorazonados que de costumbre.

—Qué tienes, mi querido Arturo? Sueñas quizá en alguna buena accion?

—Sí; he intentado ahorcarme esta noche; pero la cuerda se me ha roto; era una cuerda de cabellos.

—O hombre sentimental! Apuesto que eran los cabellos de Clementina.

—Lo mismo dá; concluiré por esto. Siento que me nacen alas y es necesario que me escape de la jaula. La vida es la cárcel verdadera.

—Sí, cuando se está en Santa Pelagia.

—Cuando se está libre. No vivimos encarcelados en nuestras preocupaciones? Vaya una vida, á fé mia! No se puede hacer nada sin ver el perfil de un gen-darme!

—Pues bien, yo estoy contento de todo: la jaula no me priva de cantar. Y sin embargo soy cual tú: siento algo vago en mi alma; el pan de la cárcel me hace pensar en aquellos pavos trufados que hacen tantas coqueterias en casa de Chevet: desde aquí respiro su perfume.

—Por lo menos, todas las semanas se nos tendria que darnos faisán dorado.

—Y bien, querido: no es precisamente la gula lo que me ocasiona á mi melancolia.

Y dándose golpes en el pecho, añadió:

—Aquí me falta algo.

—Estás enamorado?

—No, pero quisiera estarlo.

Arturo levantó su cabeza.

—Acaso viste asomar algun hocico en las ventanas de la buhardillas de la calle de la Llave?

—No: las mujeres de allí no son caritativas: jamás enseñan el rostro.

—Estás, pues enamorado de la luna?

—Tampoco: tengo mi idea: atiende bien.

Los dos jóvenes se apoyaron en el tronco de un tilo.

—Cuando pienso, continuó Domingo, que á la hora en que estamos, hay dos mil doscientas mujeres en San Lázaro que no tienen parientes ni habientes!

—Es cierto, y mas de una vez pensé en ello. Son pobres mujeres abandonadas que no tienen ni un amigo que las proteja.

—Y bien: quieres enamorarte?

—Sí; esto me divertirá.

—Hé aquí la fórmula, si es que no la sabes ó bien si la has ya olvidado. Vamos á comprar papel y escribiremos cada uno de los dos, una declaracion de amor, dirigida á una belleza de San Lázaro.

—No te comprendo.

—Te créé fracmason.

La campana anunció que la hora de paseo había concluido.

—Nos llaman: ya encontraremos nuestro cuarto de hora para escribir las cartas: es necesario que firmemos con el nombre de un árbol ó de una flor.

—Diablo! cuando mi hermanita me enseñaba el lenguaje de las flores, no sospechaba que llegaría un día en que representaría esta egloga en Santa Pelagia. Firmaré la Amapola.

—Tu no eres sentimental: yo firmaré el Clavel.

—Cállate! que me parece ya que te veo en forma de corona sobre la frente de las vírgenes.

Al día siguiente, á la hora de recreo, una piedra arrojada desde lejos, fué á caer en uno de los patios de San Lázaro, patio de las niñas «que no valen nada, ó de las niñas completamente perdidas,» pues en San Lázaro existen todos los grados, desde las religiosas hasta las ladronas.

Esta piedra rozó el hábito de una hermana de San José que vigilaba aquel rebaño.

Una de aquellas jóvenes, llamada Victorina, que no había estado mas que tres veces en San Lázaro,

en una palabra, un ángel de virtud que había sido recogido en el país latino, y que sabía que no se echaba por nada piedras en aquel patio, recogió con presteza aquella que había sido tan bien lanzada, y ocultó en su seno, como lo hubiera echo con un ramo de violetas ó como un pájaro domesticado.

Hizo señas á algunas de sus compañeras, y las arrastró misteriosamente tras un grupo de árboles.

—Ocurre algo nuevo, dijo; es un billete que nos llega por el correo interior.

Se hizo círculo en torno de la que así hablaba. Todas esperaban una carta. Cual es la mujer de San Lázaro, y fuera de San Lázaro, que no la aguarda?

Y en efecto: sobre un pedazo de ladrillo y con un hilo encarnado por sello, se veían dos cartas que la señorita Victorina leyó á sus amigas.

Hé aquí la primera:

«Busco una mujer: desgraciadamente no estoy alojado en buena casa. Soy enamorado: Cual es la que me quiere? Soy valiente cual Rodrigo.»

»La que quiera empezar unas relaciones peligrosas conmigo que tome el nombre de rosa. Yo me llamo

»AMAPOLA.»

«P. D. La contestacion franca de porte á Santa Pelagia.»

—Que diablillo! exclamó una de aquellas jóvenes.

Tiene corazón: este chico me gusta. Desgraciadamente estoy comprometida, y mi amante está en su regimiento. Ya me conocéis: por nada en el mundo le haría traición. Yo soy así.

—Veamos, dijo Victorina. Yo también tengo mis compromisos; pero este Amapola, me ha dado en el ojo: de buena gana correría con él por esos trigos.

Y leyó la segunda carta:

«Me fastidio hasta el morir, y esta noche he querido ahorcarme. Hay mujeres que dirían que esto hubiera sido una desgracia, pues soy hermoso y bueno. Si alguna de esas señoras quiere entablar amores conmigo, veré de coger aliento. Yo soy así: no tengo el corazón alegre, no siento placer para nada, y más hallándome entre cuatro paredes. Oh! que hermosas partidas de campo emprenderemos en el Prado de San Gervasio, cuando habré cumplido mi condena en el mes de agosto, pues yo no he matado ni á mi padre ni á mi madre. Mi sola desgracia consiste en saber escribir.»

Victorina se interrumpió:

—Parece que es fuerte en la escritura, dijo. Y prosiguió.

«Me llamo CLAVEL. Quien quiere cogerme?»

—Yo!

—Yo!

—Yo!

La partida de campo en el prado de San Gervasio, entusiasmaba á todas.

—Cuanto vamos á divertirnos!

—Veamos, hijas mías, procedamos por orden. Quien es la que vá á divertirse? Primeramente: hay algo para la Amapola?

—Sí, dijo una reclusa,—la señorita Maria—que solo tenía que permanecer tres meses en San Lázaro; mi corazón está libre y dentro de tres meses habré salido de esta casa. Me apodero de la Amapola y la primera que se atravesase en mi camino tendrá mi mano sobre su rostro. Voy á escribir á Amapola y de una manera formal, toda vez que le escribiré con mi sangre. Esto es muy formal: siento que le amo con toda mi vida, y que le amaré hasta la muerte.

La jóven que así hablaba, estaba singularmente animada: veía pasar en su imaginación un pillete de buenas formas, y de fiero y orgulloso brazo. Estaba ya apasionada de sus hermosos ojos.

—Enhorabuena, dijo Victorina; no me gustan las indecisas que quieren y no quieren. He aquí una moza que vá por el atajo. Y ahora vamos á otra. Quien se enamora del Clavel? Tu Athenais?

—Yo! harto sabes que tengo una procesion de amantes.

—Tú Cecilia?

—Nó: he jurado no tener ninguno, sobre la cruz de mi madre.

—Yo! dijo de pronto una jóven que hasta enton-

ces habia permanecido silenciosa: tengo un amante, pero le planto por el Clavel. Esto me recordará mis mas hermosos dias.

—Sí, cuando andabas por campos y jardines.

—Si tuvieses todas las yerbas y flores que en ellos he recogido, presentarias tu dimisión.

—La señora trabajaba en el campo?

—Sí, señorita, he aquí porque elijo el Clavel. Voy á escribirle diciéndole que yo me llamo el Pensamiento. Verdad que esto es hermoso?

Y empezó á bailar con tanta alegría, bien como si hubiese enamorado á un amante con coche.

El Pensamiento y la Rosa, se cogieron del brazo, como si quisiesen hacerse confidencias.

En aquella misma noche, una lazarina que habia terminado su condena, llevó, entre sus medias, las contestaciones de las dos reclusas. Como formaba parte de aquella francmasoneria, juró que aquellas cartas serian entregadas al siguiente dia.

En efecto al dia siguiente un encarcelado vió caer una piedra á sus piés. Lo comprendió todo en seguida, la cogió y vió las dos cartas. Las leyó sin dejar una frase y luego dijo:

—Quién se llama aquí Amapola y Clavel?

Arturo Amapola, se acercó y dijo:

—Yo, dame esto.

Domingo Clavel se acercó á su vez.

Amapola leyó la carta en voz alta, soltando la carcajada.

El sentimental Clavel, se fué á un rincon, y saboreó el lenguaje del Pensamiento.

III.

EL ALELÍ DE CINCO HOJAS.

Ya se comprenderá que el novelista no vá á divertirse recogiendo toda aquella correspondencia. Seria indispensable todo un volúmen para registrar los jumentos, los corazones atravesados de flechas, las espresiones de celos y todas aquellas frases de amor.

Quien no ha visto por curiosidad en toda su vida cartas de cocineras?

Por parte de las mujeres se usaba el mismo estilo con mas ó menos ortografía.

Por parte de los hombres habia mas sintaxis. Domingo, sobre todo, era amigo de las frases rimbombantes y se ahogaba en un océano de adjetivos.

Jamás un corazon tierno se habia visto sitiado por tanta melancolía. Era para hacer llorar las piedras. La señorita *Pensamiento* cayó enferma.

Deciros como todas estas cartas partian y llegaban á su destino seria supérfluo. No hay obstáculo que pueda oponerse á ello. No hay alcalde de carcel que cuando vá á comer ó cuando vá al teatro, no se constituya en cómplice de sus prisioneros. No se vió el

otro día en un periódico —y no en la sección de *comunicados*— á uno de esos carceleros feroces que llevaba cartas en la copa de su sombrero? En la casa donde iba un cómplice recojía estas cartas y ponía otras.

La señorita María fué la que salió primero. La señorita Elisa apoyó la cabeza en su seno y derramó abundantes lágrimas.

—Si le ves, dile que le adoro.

Este es un aire muy conocido.

Es un cuadro como cualquier otro.

—Recuérdale que me ha dado su fé.

En el mismo día de su salida María se había vestido, según costumbre de las libertas, su traje de rompe y rasga.

Mas para ir á Santa Pelagia dejó este vestido ultrajante.

Se puso el de una mujer del pueblo llevando un cesto lleno de las mas hermosas frutas del tiempo: fresas inglesas. Sabia que su Amapola se llamaba Arturo como Elisa sabia que su Clavel se la llamaba Domingo.

Preguntó por Arturo diciendo que era su hermana.

No le faltó mucho para que el carcelero llorase á lágrima viva viendo el llanto de la jóven; esta le suplicó dándole cien sueldos—una verdadera moneda de cien sueldos—que entregase el cesto á Arturo.

Entre dos pámpanos habia dos cartas de las dos migas á los dos amigos.

Al siguiente día Arturo dijo á Domingo:

—Levanta los ojos; ves allí abajo?

María habia alquilado un cuartito á la calle de la Llave y asomaba por él su moñetado rostro adoptando posiciones románticas.

Se enviaron algunos besos; no lo pongais en duda.

Que os diré? El amor platónico se elevó á las mas altas esferas de lo ideal. Domingo no tenia mas que la piel y los huesos y hasta Arturo habia palidecido.

María obtuvo autorizacion para hablar en la reja al prisionero. Se devoraron con los ojos, se estrecharon la mano.

—Cuidado que esto arde! exclamó el carcelero:

Elisa salió á su vez. Fué tambien á la reja. Poco le faltó para que Domingo se desmayara.

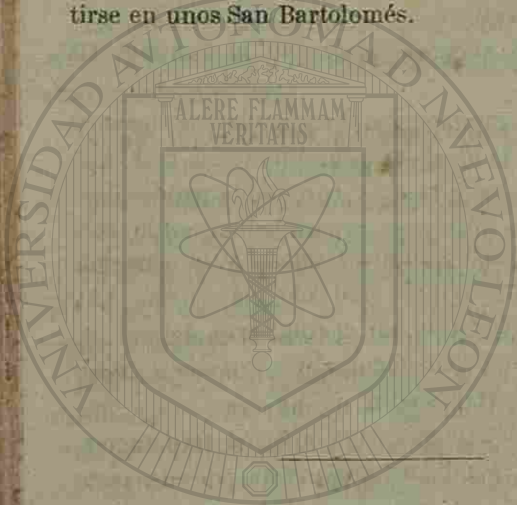
Me olvidé deciros que unos y otros se habian encontrado hermosísimos. Verdad es que la Amapola hubiese amado mejor al Pensamiento y que el Clavel hubiese amado mejor á la Rosa.

Pero se puso tierra encima. No se querían violentar las leyes del azar.

Quando los dos pilletes salieron de la cárcel fueron al Prado de San Gervasio. Un poco mas y no se hubiera salido de allí: con tanta fuerza se pasó del amor perfecto el amor imperfecto.

Fueron tan felices que lo rompieron todo. En dos días se guillotinaron cuarenta botellas de champagne. Se enseñó de restar al tabernero el cual, á su

vez, quería sumar. Se le amenazó con echar la casa por la ventana. Y para fin de fiesta se arrancaron los cabellos, se hicieron chirlos en el rostro y se clavaron en él alelies de cinco hojas, hasta el punto de convertirse en unos San Bartolomé.



XVIII.

UN PRACTICANTE EN MEDICINA ARRANCA UN DIENTE
A REBECA.

Ya se sabe que la señorita Tornasol y la Matrona de Efeso no permanecieron sino ocho días en San Lázaro porque se reconoció que el comisario de policía se había escedido en sus facultades. Cuando Rebeca, la mujer de las tempestades en un vaso de agua, salió al cabo de tres meses, cayó enferma de corage.

Los días felices habían transcurrido por ella para siempre.

En el teatro sus mejores amigos decían que había dado funciones en San Lázaro. Se le dieron las gracias. Sus queridos temieron seguirla en la desgracia. Lo perdió todo en algunas semanas y cayó enferma.

Había tenido algunas veces el don de divertir Paris en los días de lluvia; habiendo estudiado el lenguaje verde, tenía frases atrevidas á lo Saint Simon y pasaba desde la cólera de Hermione á la dulzura de La Valliere: era por excelencia la mujer de lo impre- visto.

Porque Octavio que olvidaba á todas las mujeres

galantes sin volver nunca la cabeza, tuvo el capricho de visitar á Rebeca? Creía encontrar en ella, no sé que canto de la juventud, no sé que perfume de madre-selva, no sé que cuadro de orgía con colores brillantes? Era como el borracho que guarda el recuerdo de una mala taberna donde ha echado una caña.

Octavio fué al boulevard Malesherbes para hallar la cómica del azar. Pero estas aves no permanecen mucho tiempo en la misma rama; ya es el vendabal que las arroja á distancia; ya es el rayo que las echa aun mas lejos: algunas veces la tempestad se las lleva con la rama rota.

Parisis entró en la casa que conocia perfectamente; pero el eterno «Que se os ofrece?» le detuvo. Por mas que no tuviese la costumbre de responder á las armoniosas voces de un cuarto bajo, respondió que buscaba á la señorita Rebeca. Le contestaron diciéndole que ya habia bastante tiempo que no vivia allí.

—Donde vive, entonces?

—Calle de los Mártires, núm. 16.

Para Octavio fué esto una verdadera sorpresa. Creía que Rebeca no podia caer; y caer desde boulevard de Malesherbes, donde ocupaba un cuarto de mil francos al mes, compuesto de cuatro salones, cuadra para cuatro caballos y menaje de palo de rosa, á la calle de los Mártires, donde las jóvenes mas humildes no pagan sino cientos francos al mes, constituía una verdadera derrota.

Octavio se dirigió á la calle de los Mártires, no

para disfrutar de una hora de alegría, sino para consolar á la que acababa de ser vencida.

—La señorita Rebeca? preguntó.

—No está aquí.

—Donde está, pues?

—En el hospital Beaujon.

—Está enferma?

—Moribunda.

El portero dijo á Octavio que la señorita Rebeca se hallaba ya enferma al venir de la casa que habitaba en otro tiempo. Habia ido allí con una nube de acreedores, prenderos, tapiceros, prestamistas, alquiladores de coches, con toda la gente, en fin, que vive del lujo de esta clase de mujeres. No bien llegó á la calle de los Mártires, cuando se apoderaron de sus últimos trapos. la jóven hasta habia vendido sus paletas del Monte de Piedad.

—Lo creereis caballero? Todo el mundo se reía de sus cabellos rojos: se decía que no eran suyos; la verdad es que tenia la mas hermosa cabellera del mundo. Y bien, como su médico la aconsejara que se cortase los cabellos para tener mas fresca la cabeza, pidió un peluquero á fin de venderla sus cabellos. Desgraciadamente se le trajo un peluquero que la recordó una deuda antigua y no habia ya de vender su cabellera.

Octavio fué al hospital Beaujon; pero era miércoles y se le dijo que volviese al dia siguiente, con el número de la inscripcion, pues al entrar al

hospital se pierde el nombre á cambio de una cifra.

Al siguiente dia Octavio volvió al hospital. No traia el número; pero como el jueves todo el mundo tiene derecho á recorrer las salas, juzgó que no le seria difícil reconocer á Rebeca.

Pero en vano paseó todas las salas: buscó todas las camas sin ver á la que buscaba.

Interrogó un practicante que concluyó por recordar que ya dos mujeres le habian preguntado por aquel nombre y que las habia visto detenidas en la sala de Santa Clara n.º 4.

—Desgraciadamente añadió el practicante, el número 4 se halla á estas horas en el anfiteatro de Clamart; pero como ha ido allí esta noche aun llegareis á tiempo.

—Llegaré á tiempo! murmuró Parisis.

Preguntó como habia muerto.

—Como todo el mundo.

Y como si de pronto recordase algo, el practicante añadió:

—Ahora hago memoria! Era una judía que ha querido morir cristiana: el cura de San Felipe del Roule vino aquí para su abjuracion; todo el mundo quedó edificado menos yo. Que Dios encontrará?

Octavio habia empezado su peregrinacion y queria llegar hasta el fin.

Clamart es el anfiteatro por excelencia: allí van todos los cadáveres de los hospitales: Rembrand podria encontrar allí todos los dias sus lecciones de anatomia.

Ya se sabe que el anfiteatro de Clamart se encuentra edificado sobre el terreno del cementerio antiguo, del cual se vé aun un rinconcillo sombreado por árboles frutales; antiguas piedras tumularias, gastadas por la luna, la lluvia y la escarcha; un cementerio mas salvaje que la muerte, puesto que los vivos nunca lo visitan.

Esta construccion, muy moderna, tiene la forma de los antiguos claustros, pero sin galerias cubiertas; los paseos consisten en cuatro parterres á la francesa, separados por una fuente.

Octavio, al cruzar por allí, sintió un fuerte olor de aleli y de yerba recién segada. Se le llevó ante el director, al cual no podia encontrarse. Los parterres le sonreian con el brillo de sus flores; mas pronto conoció que se hallaba en los dominios de la muerte. Coches negros sin portezuelas, mas tristes que los coches de la cárcel, llegaban allí por instantes, atestados de cadáveres.

Octavio se acercó. Mas de cincuenta muertos, hombres, mujeres y niños estaban mezclados en una sala de descanso.

Un muerto de hospital que no ha sido reclamado no ha concluido sus peregrinaciones.

Aunque se hallaba en frente de una de las ventanas, Octavio no se atrevió á mirar, como si temiese que de pronto apareciese la mujer que buscaba.

Llegó el director.

Por respeto á la muerte Octavio tiró su cigarro;

pero el director, que también fumaba, le aconsejó que siguiese fumando.

Octavio le refirió el objeto de su venida.

—Pues bien, le dijo el director, busquemos.

—Desgraciadamente, dijo uno de los sepultureros que aguardaba «la hora de la distribución», aquí no se reconoce la gente por el traje.

Aquello era la desnudez en toda su miseria. Qué debe decir el alma cuando vé así su cuerpo? Pero acaso el Estudio no es también una plegaria? El médico que busca la vida en la muerte no tiene ni un hombre ni una mujer ante los ojos: tiene un *sugeto*.

Octavio entró en aquella gran sala inundada de luz y ceñida por altos árboles. Vió mujeres, vió jóvenes, y no vió á Rebeca.

—Habrá ido en la primera distribución, dijo el director, á menos que aun no haya llegado.

Aparecieron dos sepultureros con la cama de los muertos: venían para la segunda distribución. Cogían los cadáveres para trasladarlos con una filosofía que sorprendió á Octavio: el uno llevaba una rosa en los labios; el otro mascaba la última corteza de pan de su almuerzo.

Octavio llegó á la primera sala de disección. Aunque hubiese ido allí para buscar á Rebeca, un sentimiento mas elevado le agitaba: por una vez mas su espíritu descendía al abismo de la nada como para buscar en él todas las almas de aquellos cuerpos abandonados. Según su costumbre, hacia preguntas.

—Ay! le respondió el director, Montaigne decía: «Qué sé yo?» Yo digo que no sé nada. Si os muestro en su carne y en sus huesos al sublime deshollado de Houdon, confesaré que Dios, al crear al hombre creó una maravilla; pero si en seguida os muestro con el microscópio una hormiga, reconoceréis que la maravilla es aun mayor, puesto que ese ejemplar liliptiense se halla tan maravillosamente impreso como el ejemplar in folio. Si Dios ha hecho todo esto, es un gran artista: si Dios no lo ha hecho, el azar es un gran maestro.

Llegó un profesor célebre.

—Dónde está el alma? le preguntó Octavio que le conocía mucho.

El profesor abrió un cerebro.

—Ay! dijo, no veo esta alma, como no veo á Dios en el cielo.

Octavio había lanzado aquí y allí una vaga mirada en la sala: cincuenta estudiantes, en grupos de tres ó cuatro, estudiaban la operación del hueso maxilar.

Parisis reconoció á Rebeca en el instante en que un estudiante le arrancaba un diente para estudiar mejor la mandíbula.

Era un espectáculo horrible. Palideció y se acercó. El profesor hizo una seña á los estudiantes para que suspendiesen su trabajo.

Octavio había conocido á Rebeca en su larga y roja cabellera, que llegaba al suelo, húmeda y espesa.

Conservaba aun su bíblica belleza: la muerte le habia dado mas carácter.

Pero diez segundos despues su mejilla hubiera sido cortada: ya un estudiante acercaba el escalpelo.

—Ya veis, dijo el profesor, que los hospitales respetan sus muertos: se les acusa de vender sus cabe-
lleras: mirad esta.

—La veo, dijo Parisís con tristeza.

Harto la conocia el mancebo.

El estudiante que habia arrancado un diente á Rebeca volvió á colocárselo por un sentimiento de respeto hácia la muerte, pues no era un *sujeto*: era una mujer.

—Os doy las gracias, dijo Octavio con gravedad.

El lábio superior habia sido levantado, y el practicante apoyó en él su dedo con dulzura para bajarlo: la boca adoptó el dibujo que le habia impreso la muerte.

Algunos segundos despues, Octavio miró en silencio aquel rostro de perfil hermoso que hacia pensar en las mujeres de la Biblia. Otro estudiante habia traído un sudario: lo tendió como un casto ropaje sobre aquel pobre cuerpo abandonado que hasta entonces no habia sido vestido sino con el pudor de la Ciencia.

Octavio pagó una tumba á Rebeca y puso en ella este epitafio:

POÉ QUÉ OS HE DE REVELAR MI NOMBRE?

XIX.

LA SOLEDAD DE VIOLETA.

Que todos estos horribles cuadros que constituyen algun tanto el museo de la vida moderna se borren á nuestros ojos bajo las dulces imágenes de Violeta y Genoveva.

Se habia Violeta aclimatado en Pernand?

Con su fiebre, su amor, su arrepentimiento, habia podido vivir en aquella soledad rústica, donde silvaba alegremente el mirlo y donde cantaba amorosamente el ruiseñor?

Para la paz de los campos se necesita la paz del corazón.

Violeta no oía ni el mirlo ni el ruiseñor.

Oía llorar las brisas y sollozar las fuentes.

A algunos pasos del castillo la señora Jacinta la sorprendía todas las tardes abismada en sus sueños, sentada á orillas de un lago profundo que era la imagen de la muerte, por sus rocas deshechas, sus cavernas profundas, sus matorrales quemados, verdadero refugio de las aves nocturnas.

Cuando por las tardes Violeta no estaba inclinada sobre el lago, se encontraba en el cementerio creyendo rogar por su madre, pero en realidad orando por ella misma.

Por la mañana parecia emprender una vida que sabia de memoria. Leia los periódicos que la hablaban de Paris, como si cada número debia traerla algo de aquel dulce polvo que habia cubierto sus zapatos en la calle de San Jacinto, ó sus lujosas botinas cuando vivia en la avenida de Eylan, cerca el palacio de Octavio.

Como los periódicos hablaban con frecuencia del duque de Parisis, este nombre era para ella como un rayo de sol, cuando brillaba ante sus ojos en el *Figaro*, en la *Gaceta de los Etranjeros*, y en *La vida Parisiense*. Conocia su existencia, adivinaba sus aventuras; pero lo que le pintaba sus locuras era la correspondencia de la señora de Entraygues. Como siempre habia sido formal, aun en aquella mascarada de tres meses, como se habia puesto mas seria, experimentaba un gran dolor al ver las calaveradas de un hombre dotado para las grandes cosas, que hacia traicion á su porvenir y á su nombre; mas la jóven no desesperaba, y decia que Parisis tomara la revancha.

Ya se recordará que la señora de Entraygues habia pedido veinte mil francos á Violeta.

Esta habia complacido á su amiga, recordándola que se fastidiaba mucho no viéndola. Cierta dia, á la

hora del amuerzo, la señora de Entraygues llegó á su casa, metiendo gran ruido.

Aliza, habia reemplazado la alegría con el ruido, bien como lo hacen todas las mujeres que no quieren arrepentirse, y que se resisten á examinar sus heridas. La condesa halló muy cambiada á Violeta; pero mucho mas bella, si es que la belleza es una espresion divina. El mármol es su mejor traduccion: necesita de los tonos rosados de la vida para encantar los ojos del cuerpo y los ojos del alma? Violeta habia perdido para siempre la frescura de sus juveniles años; pero en aquel rostro mas acentuado y mas pálido, la mujer estaba mejor revelada. Y no tenian una elocuencia mas penetrante sus ojos de un azul profundo?

—Cuan hermosa estais! dijo Aliza, besándola.

Violeta presentó su jóven amiga á la condesa.

—Si quereis ver la belleza sobre la tierra, aquí está, dijo la jóven con un acento en que la verdad se retrataba.

La señorita Jacinta no era precisamente el ideal de Fidias, ni de Rafael, ni de Juan Goujon, ni de Prudhon; pero tenia la belleza agreste y sencilla que no conoce la moda, y que la pasion aun no ha consagrado.

Se almorzó con melancólica alegría; se paseó en el campo, y los jardines del castillo, se visitó la iglesia, y se fué á admirar una torre casi en ruinas. Por la tarde, aquellas tres mujeres eran tres amigas

Las tres adoraban la música. Se veló hasta media noche con las manos sobre el piano, acariciando todos los aires queridos, evocando el génio de todos los maestros. La verdadera artista era Jacinta. Violeta tocaba mal, y la señora de Entraygues, tenia mas brío que sentimiento.

—Lo recordais? preguntó Aliza á Violeta; me dijisteis que Parisis os habia enseñado el vals del Fausto.

—Sí, lo recuerdo! dijo Violeta palideciendo.

Y tocó el vals del Fausto,—ella que tocaba mal el piano,—con la maestría con que el mismo Gounod lo toca.

XX.

LAS DOS PRIMAS.

Al dia siguiente, las tres amigas recibieron una visita no esperada.

Octavio queria ver á un mismo tiempo á Genoveva y á Violeta. Sabia que las dos primas se habian convertido en dos amigas. Aunque se sentia inclinado á amar á entrambas, se prometia no ser para ellas mas que un amigo.

Habia llegado á Parisis con su amigo Viollet-Leduc para comenzar la restauración del castillo en el mas puro estilo de Luis XII. Monjoyeux y Saint Aymour le acompañaban.

En cualquier otro momento hubiese probado una verdadera alegría en aquel trabajo que iba á devolver todo su esplendor á uno de los mas curiosos señorios de la época del feudalismo; pero una tristeza profunda se habia apoderado de su alma. Esto consistia en que no se edifica ó no se restaura un castillo sino por una mujer querida, y Parisis tenia el sentimiento de que esta mujer querida, no iria á habitar su castillo.

Su primera visita, fué para la señorita de la Chastagneraye.

Esta no habia variado en su idea: queria que Octavio se casase con Violeta. Lo recibió con una dulzura de angel; pero ocultó su corazon con tanta maestria, que su primo creyó que no le amaba.

Fué aquella una simple visita de cortesía en la cual se habló de todo, escepto de ellos.

—Espero, primo, dijo ella, que ireis á ver á Violeta á Pernand?

—Si, prima, dijo Octavio, creyendo que así reanimaria los celos de Genoveva.

Pero la jóven siguió impasible, bien, como si viviese en otras regiones.

Dijo además á Octavio, que se habia vuelto hácia Dios, y que se iba á retirar del mundo.

—Dios mio! exclamó el jóven; pero donde ireis?

—A una soledad santificada por la oracion. Aquí, haga lo que haga, moro en una soledad completamente profana. Ved esos cuadros, esos libros, ese piano, esa harpa: yo no soy de las que se resignan sin tener ante los ojos el ejemplo de todas las resignaciones.

—Pero prima: esta mañana habreis pisado alguna mala yerba. Yo volveré pronto para arrancarla debajo de vuestros piés.

—Volved, primo: en cuanto á mí, luego que se empiece la restauracion de Paris, iré á veros, si es que ya no he marchado.

Octavio fué, pues, al siguiente dia, á visitar á Violeta.

La halló como siempre: con la misma dulzura, con la misma indiferencia tan bien fingida. El jóven queria reir algun tanto; mas la expresion de tristeza que se habia grabado tan profundamente en el rostro de Violeta, detuvo la risa en sus lábios.

La señora de Entraygues cogió su brazo y le arrastró debajo de los árboles.

—Sabeis que la pobre Violeta se morirá? le dijo. Yo os lo advierto.

—Qué tontería! donde habeis visto mujeres que el dolor mate?

—En Paris, en provincias, en todas partes, amigo mio. Yo habia venido aquí para abrazar á Violeta y marcharme en seguida; y me siento tan desgraciada con su desgracia, que voy á permanecer aquí una semana. No se consuela una del amor sino con otro amor: Violeta no amará á otro que á vos. Pero quizá yo la consuele; pues si la amistad consuela del amor, esta amistad es la de la mujer, sobre todo cuando esta mujer está enamorada en la misma parroquia. O monstruo con uñas de rosa!

—Boca de mujer, palabras perdidas.

—Creeis tal vez que dejais caer de vuestros lábios palabras del Evangelio! Os lo repito, nada consolará á Violeta de haberos encontrado y de haberos perdido.

da del campo y de las inocentes alegrías que proporciona. Se abrió un paréntesis con objeto de hablar de Paris; mas Violeta lo cerró en seguida. Octavio quiso Jeer en el porvenir de Violeta por lo que decia ó por lo que callaba; mas no vió sino nubes.

La noche habia llegado lentamente. Violeta se levantó para acercarse á la ventana. Octavio la siguió.

—Voy á partir, dijo.

Esta sencilla frase cayó sobre el corazon de Violeta como un pedazo de hielo. Pareciale que aquella era la última vez en que veia á Parisis.

Parisis! el amor y la muerte en su vida; Parisis! todo lo que ella habia amado desde que no amaba sino á él.

—Vais á partir! repitió con voz triste y lenta.

Miró á Octavio, al cual no veia bien.

De repente, echando fuera de sí todo aquel atalaje de piadosas mentiras que ocultaban su corazon, la jóven se echó en sus brazos y prorrumpió en sollozos.

—Octavio! Octavio!

—Violeta mia, dijo este con dulzura; por qué lloras? Yo te amo.

—Oh! dímelo otra vez; quiero morir, pero quiero morir con esta frase en mi corazon. Dime otra vez que me amas!

—Bien lo sabes.

Octavio casi no oia á la jóven; tan cortadas por los sollozos estaban sus palabras.

—Pero yo te he amado siempre, Violeta. Antes de

XXI.

EL CASTILLO DE NAIPES.

Octavio habló con Violeta despues de haber hablado con Aliza. Estaban solos en el salon; la condesa se habia llevado á Jacinta.

Despues de algunos instantes de silencio, Violeta dijo mirando á Octavio:

—Me causa tanto mal el veros, que siento una extraña alegría: arreglad esto segun podais.

—Si aun me amaseis os diria que sois feliz, porque sois desgraciada: esto es inesplicable, pero es así, porque el amor es un dolor y una voluptuosidad á un mismo tiempo.

Violeta contuvo un suspiro.

—Sí, dijo, pero yo no os amo. Es un soplo del pasado que me llega al corazon; á Dios gracias me hallo libre de todas estas angustias.

Violeta habia cogido la máscara de la serenidad. Octavio cogió su mano; pero la jóven ocultó tan bien su emociion, que creyó que, semejante á Genoveva, no conservaba de su amor mas que el recuerdo.

La conversacion varió de tema. Se habló de la vi-

verte yo no amaba: no buscaba mas que aventuras. Contigo encontré mi corazón.

Y los dos jóvenes se dijeron las mas dulces y tiernas cosas. Los dos obedecían á una de esas expansiones que lanzan dos corazones y dos almas á un mismo pensamiento. Es el amor en su periodo supremo. Cuando ha pisado estas divinas cumbres, está medio cansado, cae de sus aspiraciones, encuentra la tierra y echa de menos el cielo; pero el cielo no es la patria de los hombres y las mujeres aun cuando estén enamorados.

Violeta cayó en el suelo. Parecía que habia dado todo el fuego de su vida en aquel divino abrazo: su corazón latía hasta romperse; la fiebre se habia apoderado de ella; su frente estaba ardiendo.

—Adios, Octavio, dijo con tristeza.

—Adios. No comprendo, no quiero comprender, exclamó el joven.

Intentó con sus irresistibles gracias, perpetuar aquel minuto de amor. Nada escaseó, ni siquiera la mentira. Pero en aquel momento sentía de buena fé con Violeta, puesto que acababa de hallar su corazón en el suyo. La dijo que queria vivir con ella, y vivir para él.

—Vivir por mí, no es vivir por tí? Vivir por tí no es vivir por mí?

Y como Violeta pareciese dudar:

—Tu sabes mi desden por las altas ambiciones, dijo: yo siempre he dicho que el amor era la primera

y la última palabra de la vida. Dar el brazo á una mujer si yo la amo y ella me ama, es el soberano bien. Viviremos en Parisis, y seremos felices.

Estas últimas frases, tierna y sencillamente pronunciadas, volvieron á la razon á Violeta. No pudo menos de pensar que si Octavio hubiese hablado á Genoveva, no hubiera dicho: «Viviremos en Parisis y seremos felices.» Ella tradujo así estas frases: «Seremos felices en Parisis; mas no lo seremos en otro lugar, porque Paris repudiaria semejante dicha.

—No! dijo, en ninguna parte se puede ser feliz con Violeta, porque Violeta en vez de traer dicha, traeria unicamente las lágrimas de su arrepentimiento.

—Porque el arrepentimiento? Cual es tu crimen? Ahora que te conozco veo que esto ha sido tan solo un juego para castigarme. Merecí sufrir, y he sufrido; pero he olvidado.

Octavio habia vuelto á poner la cabeza de Violeta sobre su pecho.

Ella no tuvo el valor de levantarla.

Por espacio de cinco minutos siguió aun en el dulce sueño de ser amada.

—Y sin embargo, murmuró, si yo quisiera ser dichosa!

Pobre joven! no sabia que la voluntad que desafía todos los obstáculos, se detiene herida de muerte ante ese castillo de naipes que se llama la dicha!

Y entregó la carta á Octavio.

Iba á llamar; pero Octavio la detuvo.

—Aguardad, dijo; no estamos un Paris: no vayais á entristecer á alguna vecina del castillo ó á algun corazón agradecido, pues, me consta que habeis hecho el bien en la comarca.

—Pero en el sello se vé un blason.

—Esto consiste en que ese pequeño rincón de la Francia está bien habitado.

Violeta obedeció.

—Si no estuviérais aquí, dijo, os juro que yo no leería esta carta.

Leyó con rapidez las primeras frases y la firma.

—Leed! dijo palideciendo.

Y echó la carta á Octavio que la recogió tirando el ramillete.

En seguida leyó este hermoso cumplido:

«Mi querida Violeta de Parma y de Plasencia.

»Juzgad de mi buena fortuna! Compró un castillo que está fronterizo al de Pernand y hé ahí que vos habitais el de Pernand! Yo que tenia miedo de aburrirme! Con una vecina cual vos me voy á convertir en borgoñon. Os envío un ramillete cojido por mi mismo: es lo mas escogido del jardín. Si conoceis el lenguaje de las flores, ya juzgareis de mi elocuencia. Cuando cenaremos juntos? Pues, en fin, es necesario que os dé entre once y doce de la noche uno de esos banquetes que vos nos dabais, al príncipe y á sus

XXII.

OTRO RAMILLETE MORTAL.

Se llamó á la reja del castillo. Violeta sintió el presentimiento de que llegaba una mala nueva, sin duda porque el ruido de la campana la arrancaba de su sueño.

Dos minutos despues, un criado entraba trayendo un magnífico ramillete en una mano, y una carta en una bandeja de plata.

—Para mí? preguntó Violeta. Esto me lo envía, sin duda, la señorita de la Chastaigneraye.

—Puede ser, dijo Octavio; pero antes de que estéis cierta de ello, no respireis esas flores: siempre temo las rosas de Tonnerre.

Violeta dió orden al criado, para que encendiese las bugias.

Mientras el duque de Parisis contemplaba, lleno de desconfianza, el ramillete, un magnífico ramillete compuesto de flores simbólicas, Violeta daba entre sus manos, vueltas á la carta, diciendo:

—Esta no es letra de Genoveva.

amigos, con todas las gracias de una mujer que sabe lo que es la vida.

»Os beso los piés y la mano.

»EL MARQUÉS D'HARCIGNIES.»

Octavio reprimió su furor.

—Violeta! dijo con gravedad, cada frase de esta carta entrará con mi espada en el cuerpo de ese animal. Guardo la carta. Mañana á las ocho no escribirá con la misma mano, ó si escribe no será á vos. Ni una palabra mas de esto.

En aquel momento el criado entró para decir que el mensajero del marqués aguardaba la respuesta.

—La respuesta! dijo Octavio, conteniendo apenas su cólera, el duque de Parisis, la dará al marqués antes de una hora.

El criado salió sin comprender muy bien.

—Ya veis, Octavio, dijo con tristeza Violeta, que para mí todo ha concluido. Doy gracias á Dios por haberme abierto durante algunos minutos esa puerta del paraíso donde os he encontrado; pero este es mi último instante. Por lo demás, creedlo, una vez fuera de esta embriaguez volveré á mi idea de siempre: es necesario que os caseis con Genoveva.

—Es necesario que os vengue: hé aquí mi único deseo. Se me ha dicho que el príncipe estaba en casa del marqués: así le servirá de testigo. Quiero que el príncipe diga la verdad en voz alta ante el marqués

y ante mis testigos: es necesario que jure que jamás ha sido vuestro amante.

La señora de Entraygues y Jacinta entraron. Violeta rogó á su jóven amiga que se sentase al piano.

—Oh! que ramillete tan hermoso! exclamó la condesa inclinándose para recoger las flores simbólicas del marqués de Harcignies.

—Chist! interrumpió Octavio, dando un puntapié al ramillete; estas flores se hallan envenenadas.

—Flores envenenadas!

—Sí, dijo Violeta. Recordais el ramillete de rosas que estuvo á punto de matar á Genoveva. Pues bien, en aquellas flores habia menos veneno que el que hay en estas que veis en la alfombra.

Jacinta, alegre por haber dado un paseo con Aliza, hacia resonar en el piano aires de Offenbach, el maestro de lo imprevisto, que traduce á veces en francés el génio satírico de Henri Heine.

Cuando Octavio volvió á Parisis dijo á Monjoyeux y á Saint-Aymour que al siguiente dia celebraría un duelo á las ocho de la mañana.

Contó la historia del ramillete simbólico.

Saint-Aymour y Monjoyeux fueron á casa del marqués para exigirle una carta dando satisfaccion. Pero d'Harcignies, despues de haber cogido la pluma, la tró diciendo:

—Pre'ero batirme!

Al siguiente dia, á las ocho, como Octavio habia dicho, el marqués de Harcignies pagaba cruelmente

sus impertinencias, que, por otra parte, eran muy naturales. Pero en este mundo hay siempre alguien que paga las deudas de los otros. Octavio, creyendo herir en la mano, hirió en el corazón.

El príncipe cogió á su amigo en sus brazos y dijo con amargura que no había motivo bastante para matar así á un hombre honrado. Octavio se puso furioso.

—Lo había olvidado! dijo. Ahora mismo vais á decir la verdad, y vais á decirla ante esta sangre vertida. Decid que la señorita Pernand, mi prima, la que se llamaba Violeta cuando representaba su comedia, no fué nunca vuestra amante.

El príncipe era valiente como el marqués y no quiso anunciar esto.

—Caballero! dijo, no recibo anuncios mas que de mis uñerías, y aun estos se detienen en frente de mi puerta. Hé aquí porque no quiero contestaros.

Y al decir estas frases el príncipe cogió la espada del marqués, ya toda manchada en sangre.

—Pues bien, ya que teneis una espada seré mas exigente. No dejaré el terreno sin que hayais declarado la verdad. Pero ahora mismo os retractaréis de vuestras frases de que «no había motivo para matar al marqués.»

—Ante todo, observó uno de los testigos, declaro que el príncipe solo tiene un testigo, y que vos no podeis batiros.

Monjoyeux tomó la palabra.

—Nada tiene que hacer el señor de Paisis de dos

testigos. Si el príncipe los necesita, héme aquí. El príncipe es demasiado buen príncipe para rechazar-me á causa de mi nacimiento: mi padre fué traperero; mas vivió como hombre libre, y esto por sí solo constituye un título de nobleza. Y además de esto: si todos no salimos de las Cruzadas, en cambio todos salimos del arca de Noé.

—Es cierto, caballero, dijo el príncipe. Sed, á un mismo tiempo, testigo del señor de Parisis y mio.

Monjoyeux se entendió con los otros testigos.

En el momento de ponerse en guardia, el príncipe dijo con voz muy acentuada:

—Mi primera idea consistió en no responder al señor de Parisis sino despues de verificado este duelo; mas posee tanto el golpe del corazón, que podría cortarme la palabra. No haré, pues, cumplidos para decir que yo no fui nunca el amante de la señorita Violeta de Parma. Ahora diré siempre que no hay motivo para matar á un hombre, por mas que este haya hablado mal de una mujer.

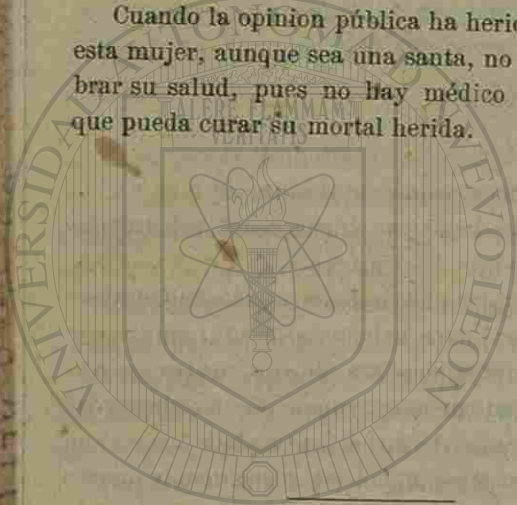
—Y bien, dijo Parisis, tirando su espada; esto me basta. Yo no he venido aquí para vengar la mujer, sino para vengar una mujer. Gavarni ha dicho: «No se bate uno á causa de una mujer: se bate contra alguien y por sí mismo.» Gavarni no tiene ahora razon: yo no he querido batirme contra alguien ni por mí; me he batido á causa de una mujer.

Se dejaron con tristeza pero sin rencor. Octavio manifestó su dolor con verdadera nobleza.

Había querido herir y no matar.

La muerte del marqués de Harcignies no reconfortó á Violeta, ni tampoco la reconfortó la declaración del príncipe.

Cuando la opinión pública ha herido una mujer, esta mujer, aunque sea una santa, no vuelve á recobrar su salud, pues no hay médico bastante hábil que pueda curar su mortal herida.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PÉREZ"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIII.

DONDE HABIA IDO VIOLETA.

La muerte del marqués de Harcignies metió gran ruido y despertó todas las curiosidades aletargadas que volvían á abrir los ojos para mirar á Violeta. Esto fué, pues, para ella un dolor nuevo. Sin embargo, como Parisis había dicho en alta voz que no permitiría que nadie hablase mal de ella, quizá se hubiese indemnizado de aquel rumor que á consecuencia del desafío hubo de turbar su soledad.

Mas la pobre jóven debía ser eternamente perseguida por los recuerdos que había dejado su vida de cortesana.

Apenas habían transcurrido algunas semanas; la condesa de Entraygues que había vuelto á París, la escribía hermosas cartas animándola á que siguiese en su retiro, y pidiéndola para un tiempo no lejano un pabellon en el castillo. Jacinta estaba siempre allí con sus consuelos, simpática á sus dolores, simpática á sus esperanzas, y negando las penas del corazón, con la hermosa sonrisa de aquellas que no han amado.

Cierta mañana se esparció el rumor de que Pernand había adquirido un jóven médico. Hasta entonces se había necesitado andar dos leguas para curar una jaqueca.

—Siempre es una persona mas, dijo Jacinta.

—Sí, dijo Violeta, pero si caigo enferma ya sabeis que no quiero ver el rostro de un médico.

En aquel día las dos jóvenes, muy ocupadas en hacer conserva de fresas, no hablaron mas del recién llegado; pero hacia las tres se las anunció que el doctor Pierrefitte! suplicaba el honor de ser recibido por la señorita de Pernand.

—Pierrefitte! dijo Violeta.

Sintió como un golpe en el corazón. Este nombre le recordaba un jóven que había cenado con ella en el Café Inglés, en compañía de otros amigos y amigas.

Era uno de estos estudiantes amantes de la vida, por la misma razón de que ven la muerte tan cerca, que cruzaba todas las noches el Sena, para tomar su parte en el movimiento de los boulevares, en los cafés á la moda, en los conciertos de los Campos Elíseos, en los bailes de Mabilly y en las cenas de la Casa de Oro, cuando su bolsa lo permitía.

Quizá se habría tenido que hacer médico de aldea porque había cenado con frecuencia.

Violeta recordaba el apellido Pierrefitte, porque la charla del estudiante divertía á todo el mundo.

No dudó un instante de que el nuevo médico era aquel Pierrefitte.

—Contestad que no recibo, dijo Violeta al criado.

Fué un contratiempo para Pierrefitte, puesto que la hubiese hallado mas hermosa que antes, en la gran cocina del castillo, con los brazos desnudos, y las manos coloradas por las fresas; indudablemente que Pierrefitte no hubiera tenido el buen gusto de no reconocerla. Se marchó, evocando, á no dudarlo, las hermosas imágenes de París. Violeta resolvió no dejarse ver nunca por aquel hombre.

Pero, al siguiente día volvió á presentarse, despues al otro, despues todos los dias de la semana. En vano se le dijo que la señora no recibia: el médico insistía, diciendo que queria ser recibido.

Que podía hacer una mujer contra tal tiranía?

—Ah! exclamó Violeta; si Octavio estuviese aquí!

Mas Octavio no podía estar siempre allí para despachar uno tras otro, todos los testigos de sus locuras.

—Mi querida Jacinta, dijo á su amiga; veo que para mí todo ha concluido. Había jurado no poner los piés en París, me creía olvidada en esta soledad; pero siempre que la esperanza renace en mi corazón, una mano brutal corta la flor, y termina por arrancarla. Mi corazón mana sangre, y el dolor me mata. No os extrañeis de nada si algún dia no me veis mas.

Jacinta besó á Violeta y quiso hacerla recobrar su antigua alegría; pero comenzó á desesperar de su amiga. En vano la tocaba sus aires mas queridos, en vano la arrastraba á los mas animados paseos; Viole-

ta parecía estraña á todo, hasta á la amistad de aquella hermosa y buena criatura que Dios habia puesto en su camino como el ángel de la guarda.

—Si tuviéseis un gran dolor, que muerte elegiriais? la preguntó un dia Violeta.

—Vaya una pregunta! exclamó Jacinta. Si tenia un gran dolor lloraria mucho, y procuraria consolarme, porque Dios consuela á todos los corazones de buena voluntad.

Violeta entregada por completo á sus ideas, no escuchaba estas frases tan bellas.

—Yo, dijo, me disparé un revolver y la muerte no me quiso. En mi cárcel permaneci tres dias sin comer; pero el valor mas grande que existe, es el de dejarse morir de hambre. Veinte veces he apoyado el puñal contra mi seno, y el puñal siempre me ha caido de las manos. El acero y la sangre me asustan. Tengo un pudor rebelde que me priva de echarme al agua, porque seria desnudada por los primeros que me encontrasen. Ah! si una se pudiese enterrar á sí misma!

—Vos me asustais, observó Jacinta: me asustais con este estudio que estais haciendo de la muerte. Yo, yo comprendo que una mujer se tire de la ventana, en un momento de desesperacion, porque no es dueña de sí propia.

—Hay tambien el veneno, dijo Violeta, pero no quiero envenenarme.

Se habia puesto silenciosa; pensaba en su madre.

—Afortunadamente, dijo Jacinta, Dios os tiene de la mano, y os impedirá hacer locuras.

Violeta apretó con dulzura la mano de su amiga.

—Y sin embargo, tengo la seguridad de que si yo no estuviese aquí, Octavio se casaria con Genoveva. Soy desgraciada, é impido la felicidad de los que mas amo.

Por la noche, á las once, mientras Jacinta dormia profundamente, Violeta dejó el castillo, y no se la vió mas en él.

He aquí el billetito que dejó para su amiga:

«Adios: no os veré nunca mas. Casaos y aceptad como un recuerdo mio, el anillo que encontréis hermoso, y que debia haberos ya dado. Aceptad igualmente cien mil francos de dote que os entregará mi notario el dia de vuestro enlace. Hasta este dia vivid con la señorita de la Chastaigneraye.

»Que hermosa es la virtud! Acabo de veros dormir: yo no gozaré de este sueño, sino con la muerte. Y aun no gozaré de vuestros sueños. Adios por última vez. Os abraza

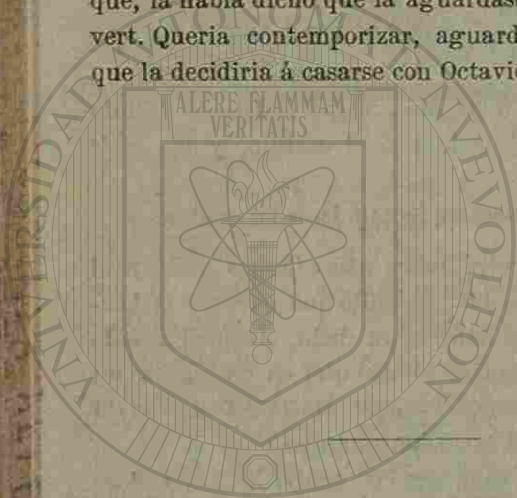
»VIOLETA.»

Donde habia ido Violeta? Tanto á la señorita Jacinta como á la señorita de la Chastaigneraye les fué imposible encontrar sus huellas. Se envió un telegrama á Octavio, el cual buscó todo Paris en vano.

Para él, para Genoveva y para Jacinta, aquello fué una desesperacion indescribible.

—Soy yo quien debía partir la primera! dijo la señorita de la Chastaigneraye.

Pero la marquesa de Fontainelles, al mismo tiempo que la preparaba una celda en la Abadía del Bosque, la había dicho que la aguardase en Champauvert. Quería contemporizar, aguardando siempre á que la decidiera á casarse con Octavio.



XXIV.

LA MARQUESA DANAE.

Las bacantes se tendían sobre pámpanos; las cortesanas griegas sobre lechos de rosa; una gran señora de nuestra época sobre perlas: Os contaré la historia de una enemiga de Octavio de Parisi, la marquesa de Faranges, conocida por la marquesa Danae que se tendía sobre el oro con febril voluptuosidad.

Es necesario primero, que os hable de una tertulia que se celebraba todos los lunes en una casa de la plaza de Vendome, no léjos del ministerio de Justicia. La tertulia empezaba á las siete en punto, al rededor de una mesa servida con mas profusion que verdadero lujo.

Los tertulianos pertenecían á la mejor sociedad del gran mundo y del medio mundo. No se hablaba precisamente el lenguaje de Luis XIV ni el del Señor de San Victor, pero la jerga no era aun oficialmente reconocida por la moda. La presidenta ó señora de la casa, no tenia mas que treinta y seis años, por mas que ella asegurara que solo tenia veinte y ocho. Era la condesa Hostie, una mujercilla rubia, de mucho ta-

lento y de no escasos atractivos aunque de color subido cuando los polvos de arroz habian pasado á los lábios de sus amantes. Habia dejado á su marido, luego á su primer amante, despues al segundo y despues al tercero. Era, en fin, una mujer divorciada en toda la estension de la palabra.

Habia sido elegida presidenta por el voto unánime de todos los que iban á comer, á jugar y á meditar en su casa.

Las meditaciones no podian ser mas hermosas. Se meditaba la manera de defraudar millones. Cada uno de los convidados, así las mujeres como los hombres, aportaba á cada banquete una idea nueva para inquietar hasta al Banco de Francia.

Quizá no tenian fé en sí; pero tenian fé en los otros. Los convidados no eran ciertamente unos cualquiera. Entre los banqueros que hoy dia aun se mantienen en pié, uno de los mas célebres frecuentaba aquella casa. Ya se comprenderá que el vizconde de Miravault no faltaba á ella: era el mas entusiasta y el mas obstinado.

Dos periodistas soltaban frases chispeantes como polvos de oro sobre aquellos gigantescos dibujos. Eran hombres de talento que allí no se mostraban escépticos y que decian como el filósofo: «Quién sabe?» Tenian su parte del pastel. Aportaban su crédito y sus periódicos, resueltos á imprimirlo todo sin la menor vergüenza; por mas que se tratase de construir un ferro-carril de Paris á la luna, cuyas acciones podia

comprar algun *padre de familia*. Tres frases horribles que han arruinado muchos padres de familia en estos últimos quince años.

Habia tambien allí dos futuros hombres de Estado: el uno que acababa de caer del poder con objeto de desempeñar otras funciones; el otro que leia todas las mañanas la *Gaceta*, creyendo despertar ministro, ó, por lo menos, subsecretario.

Las mujeres conocian ministros y embajadores. Que no debian aportar á la tertulia! Desgraciadamente la mas hermosa—mas hermosa que la *Fuente* de Ingres—estaba enamorada y no pensaba mas que en su amante. Era la virtud del amor.

Habia tambien dos príncipes mas ó menos romanos, pero príncipes reales y efectivos del siglo diez y nueve, que para su blason no deseaban mas que un escudo de oro.

Entre las mujeres, la célebre Aurelia ostentaba su estatura de amazona, su talento audaz y su continente extraño.

Octavio de Parisis era el convidado mas querido, porque era el menos creyente de la compañía. Aunque se le abriesen de par en par las puertas californianas, se le hiciesen tocar los placeres; pasearle por aquellas montañas de oro, Octavio se burlaba de todo. Y sin embargo, tenia allí amigos tan burlones como él, que no se burlaban por completo de aquellos hermosos sueños, de aquella febril region donde no se hablaba mas que de millones.

Nunca los titanes escalaron mejor el cielo; nunca Sísifo llevó á un punto mas elevado su peñasco; nunca las Danaides llenaron tanto su tonel; nunca se mataron tantos dragones bajo los manzanos de las Hespérides.

Ahora bien; la fortuna de casi todos aquellos tertulianos del lunes, comprendidas las mujeres, no hubiera sufragado los gastos de una comida á Gargantua. Eran gentes de talento, que vivian como príncipes, de los azares del día, edificando y reedificando sin cesar el castillo de la deuda pública. Los dos banqueros vivian de sus accionistas: los dos príncipes de su blason; los dos periodistas de sus palabras: otros del juego del azar, algunas mujeres del juego del amor; juego de alta banca en que no tenian necesidad de alargar su mano. La virtuosa Maria Leczinska no hubiese podido menos que esclamar para absolutas: «Me lo contareis todo!»

Pero no se hubiera absuelto así á los hombres, por lo menos á algunos. Singular perversidad del espíritu moderno! Uno de ellos, que habia nacido artista, ya pintor, ya músico, cruzaba la alta banca con el aire de buena fé de Benjamin Franklin y el burlesco espíritu de Quinola.

Quien no les há visto en su obra á esos tertulianos y tertulianas del lunes, perfilando su sombra en todas las avenidas modernas!

En ninguna época, despues de la Regencia se habia visto en Paris tanta locura por el oro. Este país,

donde la fortuna es del mas paciente ó del mas trabajador, era con frecuencia víctima de todos los golpes de mano. No era mas que una mujer perdida que se dá en cada esquina. Todos los días salian de ese gran lupanar, llamado la bolsa, instituciones de crédito, donde afluia el oro de los accionistas que hacian ricos á hombres que se quedaban pasmados de que la realidad sobrepujara así sus esperanzas.

Cuando digo que ningun tertuliano de la plaza de Vendome tenia dinero, me olvidaba de un jóven amigo del señor de Parisis que no conocia los peligros de la banca, ni los peligros de Aurelia, este otro templo tallado sobre el modelo antiguo.

Aurelia, marquesa de Faranges, era una de las mujeres mas natural, mas sencilla y mas naturalmente perversas. El demonio habia soplado en el seno de su nodriza; habia bebido el mal en sus pechos: habia tenido la idea del bien; pero el mal habia echado en ella tan fuertes raices, que se habia apoderado de ella con su ramage invasor y emponzoñado.

Yo la he visto cometer delitos del corazón con la mas adorable sonrisa. Encontraba bueno todo lo que es malo, como ciertas mujeres encuentran malo, todo lo que es bueno: enganar uno, dos, tres amantes, era el *abc* de su catecismo. No hablo de su marido, pues le tomó para adquirir un nombre y un título. Y aun sentia haberse dado tanta molestia, porque veia á algunas de sus amigas coger armas de condesa, sin ni

quiera se tomasen la pena de leer los artículos del Código de Napoleón.

La señora de Faranges,—llamada por Octavio de Parisis la marquesa Danae,—era, por lo demás, de ilustre cuna; pero había sido muy mal educada por una madre pródiga, célebre, en 1845, por una causa de adulterio.

Siendo la madre pródiga, la hija naturalmente se quedó sin dinero y he ahí porque, ante todo, tenía la pasión del oro.

No era hermosa, pero tenía ojos que mordían y labios voluptuosos; se enamoraba uno de ella, no viéndola, sino hablándola.

Aunque no fuese hermosa se podía decir que era un monstruo bonito.

Hay mujeres que con una nariz rota, dientes sin orden, y perfil irregular, tienen seducciones extrañas. Se quiere huir de ellas á primera vista; pero os retienen á la fuerza como esos lugares salvajes donde se abren abismos.

Su amiga, la dueña de la casa, decía que no tenía nada suyo ni siquiera sus cabellos; los cuales pertenecían á alguna pobre jóven que prefirió vender sus rizos, antes que vender su hermosura.

Parisis estudiaba la señora de Faranges, como hubiera estudiado Mesalina. Nunca había encontrado una mujer tan profundamente pervertida: había hecho tabla rasa de todas las virtudes de su sexo, diciendo que era necesario viajar sin bagages. Por lo

demás, divertía á Octavio por su talento de rompe y rasga. No se burlaba del prójimo con el aristocrático gusto de Parisis; mas, hallaba frases típicas dignas de Saint Simon y de La Bruyere.

Era insaciable en su amor por el oro. Cuando se la reprochaba esta pasión, soltaba una gran carcajada y decía, poco mas ó menos:

—No quiero representar el papel de víctima: el amor no se sostiene de sacrificios: el hombre no ama á la mujer, sino en razón del dinero que la entrega. Si mi amante no me quiere mas que su dinero, es señal de que no me ama bastante.

Y hacia la prueba del amor, con Bareme en la mano, recordando sin cesar que las únicas mujeres que hoy en día están en olor de santidad son Diana de Poitiers y la marquesa de Pompadour, las cuales removieron centenares de millones.

No había podido domar á Octavio; pero en cambio Octavio no había podido domarla. Se miraban riendo; pero había entre los dos algo de esas bestias feroces que se enseñan los dientes.

—Id con tiento con Parisis! decía la señora de Faranges.

—Id con tiento con la marquesa Danae! decía Parisis á sus amigos.

El sentimental Saint-Aymour la galanteaba; quizá estaba verdaderamente enamorado; pues aquella señora llevaba alegremente sus treinta y seis años y guardaba aun ciertos reflejos de la belleza del día-

blo. Cuando se la veía se experimentaban estrañas seducciones y se sentía no haberla conocido diez años antes.

Después de un sitio en forma, las puertas se abrieron de par en par y Saint-Aymour pudo entrar en su casa.

Todos los días se arrodillaba ante ella con un entusiasmo estéril.

—Digais lo que digais, esclamaba ella, no me inspirais confianza. Lo que menos me gusta, sabedlo bien, son las flores retóricas; solo las muñecas de quince años se pagan de ellas. Prefiero un ramo de diamantes á otro de rosas: prefiero el rumor del oro al de las palabras; prefiero un palurdo que haga las cosas bien á un gran señor que se detenga á la mitad del camino.

Saint-Aymour no la comprendía; redoblaba su elocuencia y juraba amarla siempre.

—Siempre! decía la marquesa: únicamente los que no aman son los que aman siempre.

Por fin cierta noche en que Saint-Aymour tardó en salir de su casa y después de haber tomado el té, ella se durmió, después de haber fingido que dormía. Para el jóven no se durmió, toda vez que la veló con el amor mas respetuoso.

Al siguiente día, por la mañana, cuando despertó, miró su amante, primero con aire de burla y en seguida con indignacion.

—Salid! caballero, salid! le dijo ella. No os per-

donaré nunca el que me hayais faltado de este modo!

Estas frases de la marquesa fueron repetidas y comentadas por todo el mundo.

hacia algunos años sin pensar en que le habia dejado heredero de quinientos mil francos. Su madre le daba quinientos al mes; se consideraba harto rico y no era pródigo; vino el día en que llevaba á su madre algunos libros raros ó alguna cesta de flores.

No se podía caer mejor sobre la juventud de un jóven, puesto que aquel no habia dado aun nada al diablo.

Encontró á Aurelia en una de esas fiestas de medio mundo, donde algunos toman por dinero contante la falsa moneda del amor. Tenia ella ese gran aire de inocencia que engaña á los colegiales: se mostraba á un mismo tiempo ángel y demonio, paraíso é infierno, siendo así que no era mas que el purgatorio.

Aurelia le habló con una de esas voces ya vibrantes, ya voluptuosas, que hieren el corazon como lenguas de fuego.

Ya comprendereis si la amó antes de que la conociera. Pero no la conoció jamás y la amó siempre. El jóven le suplicó que le concediera la gracia de ir al día siguiente á vivir una hora á sus piés.

—Por qué mañana si me amais? le preguntó ella.

El jóven no comprendió: no podia figurarse que se cogiera así, tan de improviso, el tren de placer de la dicha.

—Esta noche, prosiguió ella; quereis pues, que me vaya sola? Temo los ladrones. No habeis visto ahora mismo furioso al príncipe, que ha cogido el

XXV.

EL AMANTE DE DANAE.

Entre los jóvenes aturdidos que se glorificaban de ser amigos de Octavio porque habian cenado con él, habia un noble de Poitou que habia llegado á Paris el día en que llegaba á su mayor edad para comerse medio millon. La señora de Faranges le probó que con sus quinientos mil francos no habia para cenar cien veces.

Hay en Paris mujeres que se apasionan por los mineros. La señora de Faranges preferia los jóvenes que habian llegado á su mayor edad.

Octavio echó un sermon á su compañero de club; pero como eran dos que le predicaban, el sermon de la señora de Faranges fué mejor escuchado.

Esta se habia fijado en el señor Anatolio de Cormon, que deseaba empezar sus relaciones con ella en tanto que otros deseaban concluiras.

Era un jóven hasta entonces aplicado, que iba á sufrir su último exámen en la escuela de Derecho, pero que tenia la irreparable desgracia de haber entrado en su mayor edad. Habia perdido á su padre

sombrero mirándonos y que se ha marchado con cierto aire de venganza? Y bien, yo también quiero vengarme. Vais á venir conmigo.

El señor de Cormon estuvo próximo á caer desmayado.

—Mañana por la mañana, añadió Aurelia, el príncipe vendrá á llamar á mi puerta; pero llamad, llamad, príncipe mío, que nadie os abrirá.

El señor de Cormon no había asistido jamás á una fiesta semejante: se imaginó que robaba la señora de Faranges al príncipe.

Es tanto más gracioso, decía al siguiente día á Parisis, cuanto ella me cree un pobre estudiante sin un sueldo.

—Pues bien; hazla creer que tu no tienes medio millón y que no eres mayor de edad: ya verás como te echará de su lado.

Para el señor de Cormon aquello fué una sucesión de encantos. La dorada puerta de la juventud se abría para él á dos batientes; todos los caminos estaban verdes, todos los bosques se hallaban poblados de pájaros; las espigas de oro reían sobre las mieses, los racimos de púrpura colgaban en las faldas de los montes. Parecía que París, ciudad que hasta entonces había sido para él muy formal, se convertía de pronto en el país de las inesperadas alegrías.

Estar enamorado! contar veinte y un años! Poseer quinientos mil francos é ignorar que á veces no duran más que un día! Poder enseñar orgullosamente

la querida á todo el mundo, porque la querida es una mujer á la moda, porque es algún tanto hermosa y de gran talento; entrar por la primera vez en casa los alquiladores de coches célebres, correr los vientos con caballos de Tattersall y de la calle de Ponthieu; ir al Bosque en victoria para fijar su dicha; comer locamente en la Casa de Oro; dormir por espacio de una hora en los palcos del proscenio de algún teatro; salir ruidosamente durante la función para entrar más ruidosamente aun en otro coliseo; cruzar el salón Mabilly; cenar, ó, mejor dicho, asesinar el apetito en el Café Inglés; entrar, en fin, como triunfador en el dormitorio de una mujer que se cotiza muy cara en la Bolsa del Amor; no es esto para hacer perder la cabeza á aquellos que no la tienen?

El señor de Cormon era uno de estos hombres. Esta vida pudo durar un año. No contaba los días, ni las semanas, ni los meses; se movía en un torbellino de oro, de azul, de púrpura y de fuego.

Se dignaba conceder que Dios había hecho bien las cosas, pues no miraba ni por encima de él ni á sus piés: miraba en frente suyo y veía con embriaguez aquella hada que jugaba el juego del amor y que le hacía jugar los juegos de azar, pues en casa de la señora de Faranges se jugaba todas las noches.

Cierto día en que el señor de Cormon comía frente por frente de ella, dijo de repente:

—Oh! Dios mío: hoy son los días de mi madre. Hace un año que os amo: lo recordáis?

—Sí, dijo ella. Es posible? Hé aquí ya un año que me arruino con vos.

El señor de Cormon miró á la señora de Faranges con alguna sorpresa.

—Cómo! os arruináis por mí!

—Pero quien lo duda, querido?

—Quereis explicarme este enigma?

—Muy sencillo. Hace un año, ingrato, que yo te adoro y que no he vivido sino por tí. He cerrado mi puerta á mis amigos y he gastado una parte considerable de mi capital...

—Tu capital?

—Cuando me conociste yo tenia veinte y nueve años: ahora tengo treinta, es decir, que te he sacrificado el último año de mi verdadera juventud.

—Comprendo, dijo el mancebo, inclinando al pecho su cabeza. Pero tú crees, acaso, que yo me he enriquecido?

—Lo ignoro, dijo la señora de Faranges.

—Pues ya que estamos en el terreno de las confesiones, te diré que mi notario me ha hoy advertido que de mi patrimonio no me quedaban mas que unos cien mil francos y aun en créditos que no se cobrarán fácilmente; para tocar su importe seria necesario que yo me dejase perder la mitad.

—Tú me sorprendes, mi querido Anatolio; pero como te lo arreglas para gastar tanto?

El jóven miró á su querida como para asegurarse de que no se burlaba.

—Tambien te lo pregunto yo.

—En verdad, amigo mio, cualquiera diria que me diste á guardar tu dinero.

—Ay! se ha deslizado así en mis manos como en las tuyas.

—En mis manos, dices? Vaya una cosa graciosa. Hablemos con franqueza: tú no me has dado nunca nada.

—Hablemos con franqueza! repitió Anatolio. Es verdad que no te di nada; pero jugué en tu casa.

—Harto sabes que perdí siempre. En verdad, querido, que hoy estás original.

—Te pido mil perdones, Aurelia; pero yo me figuraba que lo que yo perdía por un lado tú lo ganabas por otro. Pero yo no me he fijado; te amaba demasiado para ello. Y tendió su mano á Aurelia.

—Hé ahí lo que son los hombres! dijo ésta pidiendo vino de Constanza. En su vanidad se dan el lujo de tener queridas y caballos, juegan, van á Monaco, á Trouville, á Baden; viven á lo Sardanápalo; y despues, cuando han tirado el dinero por la ventana, sin pedir consejo á las que les aman, ay! dicen con acento indignado: «Esta tuna me ha arruinado!» Pero esta tuna se ha arruinado cual ellos: ellos han pasado alegremente un año de su vida, y su querida ha perdido trescientos sesenta y cinco dias. En una palabra, Anatolio: creéis que he comprado papel del Estado con las monedas de cien sueldos que me disteis para hacer limosna á los pobres?

—Lo que tú dices es cierto, mi querida Aurelia. Te he regalado caballos, joyas, vestidos; pero que queda hoy de todo esto? Hemos vivido un año y hélo ahí todo. Cuan egoista se es aunque se esté enamorado! Nunca te he preguntado una sola vez si necesitabas dinero.

El señor de Cormon no se burlaba del todo: creía en Aurelia como se cree en Dios.

Habiéndose puesto silencioso, su querida le pasó unas fresas, preguntándole en que pensaba.

—Tengo una inspiracion.

—Qué inspiracion?

—Es mi secreto.

Por mas que Aurelia instó, el jóven no quiso hablar.

La dejó mas pronto que de costumbre, diciéndola que iba á llevar un ramillete á su madre.

Oh! los buenos hijos! El señor de Cormon no había salido para ir á casa de su madre, sino que había salido para ir á casa de su notario.

No le halló en su despacho y le fué indispensable ir á la Opera.

—Esta noche, á las doce, os esperaré en vuestra casa: he jugado y estoy deshonrado si no pago antes de mañana.

—Os vaticiné lo que sucede, le dijo el notario, sin perder una sola vibracion de oro y de luz de la señorita Saxe, pues el notario había pagado su palco.

—Teneis razon, dijo el señor de Cormon; pero que

es un puñado de oro cuando el honor está en peligro? Mi resolucion está tomada: conozco á Mr. de Lesseps: mañana partiré al istmo de Suez.

—Oh! si hubieseis partido hace un año! observó el depositario de la fé pública. En fin, esto no me concierne. No hagais falta en mi casa á las doce: no tengo dinero contante vuestro; pero tengo alguno de vuestra señora madre. A grandes males, grandes remedios.

La señora de Faranges tenia un dormitorio cuyas ventanas se abrian al oriente, de forma que todas las mañanas el sol era el primer amigo que iba á saludarla; por mas que se cerrasen las ventanillas y se tirasen las cortinas, el sol siempre llegaba con sus rayos á la almohada de la marquesa.

Ahora bien; al siguiente dia de aquel en que vimos los dos amantes á punto de pasar por una crisis, el primer rayo de sol que penetró en el dormitorio de la señora de Faranges iluminó una escena que merece ser transcrita á nuestros nietos.

El señor de Cormon, tenia como el sol, la costumbre de ir á casa Aurelia por la mañana; no pasaba por la ventana, mas, poseia una llavecita dorada. Entraba casi siempre silenciosamente y no despertaba á Aurelia, sino cuando ésta queria despertarse por sí sola.

Eran las diez cuando en aquel dia, entró en su dormitorio con un saco de viaje, que le costó mucho el arrastrar hasta allí.

La marquesa dormía casi siempre hasta las doce, por lo cual tuvo el tiempo suficiente para disponer como verdadero artista su golpe de teatro.

Abrió su saco de viage y sacó de él, con febril mano, cincuenta puñados de oro, que esparció blandamente sobre la batista de la cama.

Iba á cantarse la epopeya del oro.

Habia de todos los oros, de todos los colores, de todas las efigies, de todas las épocas. No habia un cambista al cual el jóven no hubiese pedido sus curiosidades.

Eran monedas de todos los valores y de todos los paises, de todos modelos y tamaños: luises con reflejos verdosos del primer Consul, de Luis XVIII y de Carlos X; luises completamente nuevos, de color algo cobrizo; grandes monedas de cien francos americanas de cabeza antigua, y con las trece estrellas; gruesas medallas otomanas con signos cabalísticos; manejables piezas de cinco francos y enórmes monedas de cincuenta; piezas brillantes, con las letras bien marcadas, el cordon bien conservado y los bustos acusados y monedas viejas de relieves usados, cordones casi borrados y sin que el cuño apareciese; guineas, en fin, de Inglaterra, federicos de Prusia, augustos de Sajonia, aguilas y dolares de América, pesos de España, rupias de Holanda, dobles ducados de Austria, rublos de Rusia, zequies de Turquía, napoleones de Francia, abasies de Persia y pagodas del Mogol.

Oh! aquello ofrecía un hermoso espectáculo.

Era un espectáculo tanto mas hermoso, cuanto el sol, invitado á la fiesta, sol naturalmente curioso, galante é indiscreto, esparcía su bella y luminosa risa, sobre aquella ola de oro.

Anatolio no pensaba, conforme su costumbre, tomar su parte en el sueño matinal de Aurelia; así, pues, se sentó en la sombra, y espío en ella el despertar de su querida.

De pronto, ésta hizo un movimiento: el corazon del jóven palpité con fuerza.

Aurelia se dignó abrir sus párpados. Aquello fué para ella, como un sueño. Volvió á cerrar sus ojos y quiso volver á dormirse para no interrumpir aquel bello sueño dorado. Mas el oro la atraía. Volvió á abrir sus ojos, y sintió su corazon fundirse, bien como si un celeste rocío hubiera caido sobre ella.

—Es imposible, dijo, echando hácia atras su cabellera.

Sacó del lecho sus brazos, sus brazos finos y flexibles, cubiertos apenas con una manga de tres dedos de largo, comprendiendo en esto las blondas.

En seguida tocó el oro con sus hermosas manos.

No fué esto bastante.

Sumergió en él sus brazos, con una voluptuosidad inefable. Tampoco fué bastante.

Se inclinó sobre las monedas, cayó sobre ellas, casi desmayada, besando en sus lábios aquellas frias y brillantes efigies.

Oh! que espectáculo tan horrible y tan hermoso! Entónces fué bastante: habia quedado aletargada.

Se levantó, blanca como sus sábanas, para volver á caer embriagada y moribunda sobre su almohada, sin ni siquiera ver que estaba allí su amante.

Y este, orgulloso con lo que habia hecho, quiso abrazarla para decirle adios.

—Pobre jóven! Ella habia agotado todo su amor, sumergiéndose en aquel oro! Solo le quedó fuerza para decirle:

—Ah! eres tú? Vete; pues estoy muerta. Déjame dormir!

Anatolio lo comprendió todo.

No la abrazó y salió.

XXVI.

EL DESPERTAR DE DANAE.

El despertar de Danae fué rudo. El Sr. de Cormon se paseaba tristemente frente al palacio de la diosa, mirando las ventanas, como para dirigirla un adios eterno. No podia emanciparse á aquella atmósfera envenenada; el desdichado jóven, no podia vencer aquel amor que todo lo habia matado en él, hasta su madre.

Monjoyeux cruzó por allí. Sin duda se habia olvidado de entrar en su casa. El señor de Cormon le cogió del brazo, y le abrió su corazon.

Monjoyeux quedó indignado. Rehacia por la octava vez, la sátira de Juvenal cuando, á su vez Octavio pasó tambien por allí. Parisis, á no dudarlo se habia olvidado así mismo de entrar en su casa.

El señor de Cormon, dijo con gran dulzura que iba á partir al istmo de Suez, donde ganaria tres mil francos al año, ó bien se haria zuavo pontificio, sin que dirigiese una sola maldición á la señora de Faranges.

—Suceda lo que suceda, yo no quisiera ser rico,

Oh! que espectáculo tan horrible y tan hermoso! Entónces fué bastante: habia quedado aletargada.

Se levantó, blanca como sus sábanas, para volver á caer embriagada y moribunda sobre su almohada, sin ni siquiera ver que estaba allí su amante.

Y este, orgulloso con lo que habia hecho, quiso abrazarla para decirle adios.

—Pobre jóven! Ella habia agotado todo su amor, sumergiéndose en aquel oro! Solo le quedó fuerza para decirle:

—Ah! eres tú? Vete; pues estoy muerta. Déjame dormir!

Anatolio lo comprendió todo.

No la abrazó y salió.

XXVI.

EL DESPERTAR DE DANAE.

El despertar de Danae fué rudo. El Sr. de Cormon se paseaba tristemente frente al palacio de la diosa, mirando las ventanas, como para dirigirla un adios eterno. No podia emanciparse á aquella atmósfera envenenada; el desdichado jóven, no podia vencer aquel amor que todo lo habia matado en él, hasta su madre.

Monjoyeux cruzó por allí. Sin duda se habia olvidado de entrar en su casa. El señor de Cormon le cogió del brazo, y le abrió su corazon.

Monjoyeux quedó indignado. Rehacia por la octava vez, la sátira de Juvenal cuando, á su vez Octavio pasó tambien por allí. Parisi, á no dudarlo se habia olvidado así mismo de entrar en su casa.

El señor de Cormon, dijo con gran dulzura que iba á partir al istmo de Suez, donde ganaria tres mil francos al año, ó bien se haria zuavo pontificio, sin que dirigiese una sola maldición á la señora de Faranges.

—Suceda lo que suceda, yo no quisiera ser rico,

mas que para comerme otra fortuna con ella. Ya lo veis, dijo el jóven, aun conservo su llave.

Y enseñó la llave dorada.

Monjoyeux la cogió, y desapareció en seguida.

Monjoyeux subió de cuatro en cuatro peldaños, la escalera que guiaba á la habitacion de la marquesa.

La señora de Faranges habia vuelto á dormirse; uno de sus desnudos brazos acariciaba el oro.

Monjoyeux vió el saco de viaje: lo cogió y empezó por meter en él, puñados de oro.

La marquesa lanzó un grito, y acudió un criado; pero Monjoyeux con su gran aire de mando, le dijo:

—Echad agua sobre el rostro de esta mujer, para calmarla; pero no llameis porque diré que ella me ha robado este oro. Ya veis que estoy en mi casa, puesto que tengo la llave.

Al mismo tiempo, mientras Monjoyeux enseñaba la llave, amenazaba con sus puños. El criado se alejó discretamente. La señora de Faranges miraba á Monjoyeux con estupor.

—No temais, le dijo este: no quiero la muerte de la pecadora; quiero dar á Cesar lo que es del Cesar.

Y seguia metiendo el oro dentro del saco.

—Pero caballero, este oro es mio!

—Harfais de él un mal uso: no es ya suficiente el haber tomado esta mañana un baño de oro? Ahora que estais aletargada...

—Aletargada! dijo la marquesa.

Y alargó sus manos para coger los dos últimos puñados.

—Y bien, dijo Monjoyeux, os doy estos dos puñados, porque teneis las manos pequeñas.

Cinco minutos despues con los ojos echando chispas, los cabellos revueltos, apareció triunfante ante Paris y Cormon.

Llevaba el saco de viaje de Anatolio.

—Que bien cantan los luises! dijo sacudiendo el saco.

—Como! le habeis tomado este dinero? preguntó Anatolio.

—Si, lo bueno se toma donde se encuentra: ella está rica, vos sois pobre: vamos á la Bolsa donde con este dinero os podreis crear una renta de diez mil libras en fondos turcos. Con semejante renta se puede vivir á lo filósofo: he ahí lo que vais hacer.

—Pero y Aurelia?

—Estais loco? Aurelia tiene cien mil libras de renta. La habeis dado un alegron esta mañana; queria tomar un baño de oro y lo ha tomado; de que le serviria ahora tener mas renta? Fuera como una gota de agua, caida en el Océano. Por otra parte ya se ha quedado dos puñados de oro.

Anatolio no queria aceptar su dinero.

—Pensais quizá, dijo Monjoyeux, que voy á llevarlo allí? Pues bien, amigo mio, no soy tan torpe. Si os obstinais en ser un insensato, iré á meterlo en la Caja de Depósitos, hasta el dia en que el juez dis-

ponga de él. Esto es lo único que se puede hacer con hombres que no quieren entrar en razon.

El enamorado jóven se resignó á ser juicioso aunque con la intencion de volver á entrar en casa de Aurelia, con las manos llenas de oro.

—Por lo que á mí se refiere, dijo Parisis, quiero darme el espectáculo de Danae, pues su lluvia de oro vá á convertirse en lluvia de lágrimas.

Forzó la puerta, y encontró á Aurelia sentada en su lecho, con los piés desnudos, y los cabellos en desórden.

Parecia una madre, á la cual se acaba de arrancar su hijo.

—Tambien tomáis parte en esta comedia? preguntó á Octavio con voz estridente.

—Yo las represento todas, replicó el duque, pues se dice que soy el diablo.

XXVII.

EL TERCER LADRON.

Desde que las mujeres son rúbias hay en Francia dos cosechas completas: la del trigo y la de las cabelleras. Lo cual no impide que la señorita Sarah Felix —qué dirias tú, ó Raquel!— haga correr sobre los cabellos negros el agua de las hadas que los convierte en rúbios del mismo modo que la señorita Sarah Felix improvisaba en el Odeon las Celimenas.

Solo, pues, existen las rúbias, como en Venecia en el siglo de oro y como en Versailles en tiempo de Luis XIV. No tan solamente bajo el reinado del Rey-Sol todas las La Valliere eran rúbias, sino que hasta los hombres no queria usar más que pelucas rúbias. Ved sino al duque de Lauzun y al conde de Guiche, que eran rúbios. Enriqueta de Inglaterra era rúbia, rúbia era la señorita de La Valliere, muy rúbia la señora de Montespan, casi roja la señorita de Fontanges.

El duque de Parisis que hubiera amado las rúbias en la córte de Luis XIV como en el Decameron de Giorgiono, como en los festines de Pablo Veroneso,

amaba también las rúbias de la época actual. Pero ya se ha notado que no era exclusivista: no tachaba de criminal á una mujer por ser morena; era entusiasta de las que tenían el pelo castaño y no desdenaba á las «Venus con cabellera de ángel.»

Se puede muy bien decir, no obstante, que seguía el cortejo de las rúbias.

Mas para él la verdadera rúbia era la señorita de la Chastaigneraye. Su lujuriosa cabellera contenida en sus ondulaciones por una púdica mano, pues ella era la única que tocaba sus cabellos, tenía un dulce brillo; era el verdadero color de oro del sol, el color rúbio de Eva antes del paraíso perdido.

Aunque Parisis fuera hermoso y de talento, era siempre el hombre irresistible. Las mujeres no tienen siempre el sentimiento de la belleza viril y con frecuencia no aman al hombre que las domina por la fuerza del talento. Octavio parecía hecho para probar á las doncellas la existencia de un ideal nuevo. Nada de falso sentimentalismo, de sonetos á la luna y de aspiraciones hácia las estrellas: el hombre y la mujer en el amor. No era todo un mundo? A qué perderse en el horizonte, en las riberas platónicas, si se tiene á mano la poesía visible?

Aspasia dijo un día á Platon, que le había paseado en todos los senderos del sentimentalismo: — «Cuánto camino hemos hecho?— Para llegar á donde? preguntó Platon.— Para llegar al principio,» respondió la cortesana.

«Cuánto tiempo perdido! exclamará el que quiera ir por el atajo. El uno coge todo lo que encuentra debajo de su mano. «Quien quiere no pierde el tiempo» dirá otro que viaje sin llegar nunca al punto donde se dirige. Aquel dá la vuelta al mundo sin poner el pié en el suelo. Llega frente á Nápoles. «Ver Nápoles y morir!» exclama! Y no entra en la ciudad.

Platon no razona bien, pues el amor es una embriaguez; y cómo embriagarse sin morder la uva?

Los platónicos decían que Hércules á los piés de Omfala no escuchaba mas que los latidos de su corazón. Mas cuando Hércules hilaba el perfecto amor á los piés de Omfala, era luego de haber cumplido sus trabajos.

Octavio no hilaba á los piés de Omfala, y sin embargo en casa de una condesa rúbia que vivía en la parroquia de Santo Tomás de Aquino, fué detenido dos días ante su bordado. Hilaba una blanca poloma para un primo suyo: hilaba el perfecto amor. Al cuarto día la paloma fué inmolada.

El gran arte de Parisis consistía en llegar á tiempo. Henry de Pene ha hablado como La Bruyere cuando ha dicho: «Con frecuencia lo que la mujer ama, lo que la seduce, lo que la arrastra, lo que la entusiasma no es el amante, sino el amor. Las naturalezas amantes se entusiasman haciendo castillos en el aire. Un hombre llega, aprovecha la ocasión y entra en aquel corazón por la brecha que la fantasía había hecho antes de su llegada. Cualquier otro hubiese

entrado cual él.» Cualquier otro hubiese entrado al día siguiente. Mas Parisis adelantaba la hora.

La historia de la condesa rúbia, metió gran ruido hace un año.

El Cours-la-Reine es un paseo muy poco frecuentado. Se ven en él algunos hermosos palacios; pero como los árboles son aun muy hermosos la gente prefiere los Campos Elíseos, donde los árboles no dan sombra.

Cierta tarde, á las dos y media, el duque de Aygüevives, un diplomático estrangero que representa con gran talento una república ideal, fumaba debajo de los árboles de Cours-la-Reine con uno de sus amigos, que, al parecer, era tambien un diplomático estrangero.

Estoy para creer que estos dos diplomáticos no variaban entonces la geografía del mundo: quizá hacían la historia del Cours-la-Reine.

Catalina de Médicis habia puesto con su mano soberana la primera piedra de las Tullerías; María de Médicis plantó con su blanda mano el primer olmo de aquel paseo. Habia entonces, como hoy, cuatro hileras de árboles formando tres paseos. Aquello era muy hermoso cuando á cada lado se veía un pórtico de buen gusto arquitectónico con puertas de hierro en balaustrada. Aquellos olmos contaban cien años cuando el duque de Autin, superintendente del patrimonio de la Corona, los denunció como demasiado viejos, lo cual no se hubiese atrevido á hacer bajo el reinado de

Luis XIV: los mandó arrancar para sustituirlos con los que se ven hoy día. Ya se sabe que tenia un carácter teatral y altivo; como María de Médicis, plantó el primer árbol y dió sus órdenes para que los demás quedasen plantados en menos de tres horas. Era otro Mr. Haussmann.

La historia galante, amorosa y romantica del siglo diez y siete y del siglo diez y ocho, tuvo su parte de teatro en Cours-la-Reine; aun se creen oír allí los espirituales ecos de las Ninon, de las Sevigné, de las Sofía Arnould y de las Tallieu y los melancólicos ecos de las Aíssée, de las Mimi Dancourt y de las Espinasse. Me olvidaba citar las queridas de Luis XIV y Luis XV; pues era el camino que se dirigia alegremente á Versailles, camino por el cual todos volvieron, como la La Valliere y la Montespan, sembrando las perlas de la corona y las lágrimas de sus ojos.

Hoy los Campos Elíseos son el Cours-la-Reine y ofrecen el verdadero espectáculo del Paris verdadero.

En esta comedia de vanidades, donde todo el mundo quiere representar el primer papel, hay muchos espectadores de dos sueldos —el precio del alquiler de una silla— que viéndose salpicados por la rueda de la fortuna, pueden decirse si son filósofos, como mi hermano Eduardo Houssaye: «Entre los que andan en pié y los que andan en coche no hay mas diferencia que la altura del estribo!» Es el punto de partida de un país al otro, de la miseria al lujo, de la ambicion al poder. Es el lazo de union entre aquel

que no es nada y aquel que lo es todo. La cuestión está en poner el pié en el estribo.

Sin duda aquellos diplomáticos de talento no se apartaban de su asunto; mas, porque mientras hablaban, una jóven dama cruzaba debajo de los árboles —rúbia como los rayos de la aurora— vistiendo un traje de raso color de violeta guarnecido de blondas, cinturón flotante, anudado al revés, sin duda para que se pudiera desatar sin que ella lo percibiese, rosas en una cabellera revolucionaria y guantes de color gris-perla?

Hé aquí la mujer; me equivoco: hé aquí la moda.

No traía velo: pero jugaba con tanta perfección su sombrilla que no se la veía el semblante. Era una lástima pues ya que no era muy hermosa, en cambio era simpática. Su barba era demasiado grande pero su boca divina. Y los dientes? Octavio de Parisis decía que tenía los mas bellos ojos del mundo; desgraciadamente para mí, aquella mujer no me miraba con tan hermosos ojos; así es que me contentaré en decir que eran frios; estaban á diez grados bajo cero. Probablemente que Octavio de Parisis hacía subir el termómetro hasta el calor de los trópicos.

De dónde venía aquella fresca criatura? Lo siento por el barrio de San German; pero de seguro que no venía del barrio de San Antonio.

—Sabeis porque, dijo uno de los diplomáticos, esa mujer que ha bajado del coche, se pierde entre los árboles?

—Vaya una pregunta! Viene aquí por vos.

—Nó, por vos. La conocéis? es la señora de...

—Sabía, pues, que veniais aquí?

—Nó; ahora mismo la hé encontrado paseándose en coche.

La dama examinaba y hurtadillas á los dos amigos, y parecía inquieta.

Se alejó un poco.

Temía el ser conocida? Se paseaba por alguno de ellos? Entonces por que el otro seguía allí?

El duque de Ayguevives, recordó que en el día anterior, en un concierto de los Campos Eliseos y en un grupo de gente donde estaba aquella dama, había estado muy brillante. Se había burlado con el talento de Lanzun, de las mujeres metidas en su virtud, comparándolas al interior de esos respetables castillos góticos, donde las arañas hacen la tela de Penélope.

No le cupo duda, de que aquella dama, iba allí por él.

Mas el otro diplomático era un fátuo que se imaginaba que un hombre del Sud, debía conquistar todas las rúbias.

—Bien considerado, exclamó, habrá venido por mí.

Pero el duque de Ayguevives, no se quedó convencido.

—No querido: viene por mí y vos sois demasiado amable para no despediros de mí enseguida.

—Os dije que la ví en coche y que me sonrió adorablemente. Conozco que quiere hablarme.

—Idos hacia la avenida Montaigne; tan pronto como os hayais alejado os prometo que vendrá aquí.

—Pero esto es una tiranía.

—Teneis ilusiones, querido, y yo no las tengo.

—Echemos á cara cruz quien de los dos debe marcharse.

—Pues bien, vaya un luis al aire.

—Cara! dijo el duque de Ayguevives.

Cuando el luis cayó en tierra los dos diplomáticos se besaron.

—Ahora bien: mientras ganaban ó perdian así á la señora de... el duque de Parisis llegaba al campo de batalla y ofrecia el brazo á la señora.

—Y bien! dijo el duque de Ayguevives; me parece que el duque de Parisis es quien ha ganado?

UNIVERSIDAD DE NUEVO L

BIBLIOTECA UNIV

"ALFONSO HERRERA"

1625 MONTERREY, N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERRERA"
1625 MONTERREY, MEXICO

XXVIII.

LA MUJER DE NIEVE.

Del Norte es de donde nos vienen hoy dia las mujeres románticas. Cuantas historias inverosímiles desde hace veinte años se ha complacido en escribir el destino con su pluma de oro ó de hierro, que tienen por heroínas danesas, noruegas, rusas ó polacas! Verdad es que no son siempre ángeles de belleza; pero al fin son mujeres. Por lo demás, alguna de ellas ha tenido su belleza original. Las que no son hermosas, tienen, sin embargo, cierto olor de terruño que recuerda los países de la nieve.

El sol produce maravillas: todo lo que toca lo convierte en oro; mas las mujeres doradas no tienen ese hechizo penetrante, esa dulzura fugitiva, esa morbidez coregiana de las mujeres que han pisado la nieve.

Octavio encontró cierta noche, en el concierto de los Compos Eliseos, una mujer alta y blanca, algo inclinada, que se paseaba sola. Todo el mundo la notó y la criticó á un mismo tiempo. Los hombres á la moda habian murmurado viéndola pasar; mas no se

habian atrevido á detenerla en su camino porque no tenia caballero que la acompañase ni dueña que la siguiese. Su natural altivez les imponia por otra parte el silencio.

El señor de Parisis se hallaba entre un grupo de calaveras del gran mundo, que se vengan amenudo con la intemperancia de la lengua de la frialdad del corazon. Todo el mundo se burlaba de la mujer alta y blanca.

—Es la caña que piensa de Pascal, dijo una marisabidilla.

—Es una mujer que llega del país de las brumas: hé ahí porque va vestida con seda de paraguas.

—Es blanca como el mármol, buena para una estatua cineraria.

—Viene aquí para buscar un hombre: pero sus ojos son dos linternas sordas.

—Si Debureau estuviese aquí enharinado, encontraría su hombre.

—Su hombre! exclamó Octavio levantándose; su hombre, lo seré yo.

Soltóse una gran carcajada.

—Entretanto vosotros observareis la vigilia. Hace ya tiempo que hago el mártir de carnaval con Parisienses cuyos refranes conozco: quiero oír otra canción.

Y se dirigió con valor al encuentro de la desconocida.

El señor de Parisis era de aquellos que conocen

tan bien el lenguaje del talento, que jamás decia una torpeza. Así es que nadie, como él, sabia abordar mejor una mujer inabordable. La mayor parte se estreñan en los arrecifes ó se dejan ametrallar por el enemigo; pero enarbolaba con tanta oportunidad su pabellon y maniobraba tan hábilmente, que nunca se estrellaba.

Encontró á la estrangera.

—Señora, le dijo, permitid que os ofrezca mi brazo.

La jóven se detuvo sorprendida y quiso pasar adelante sin contestar: mas luego, viendo el aristocrático aire de Parisis, dijo reprimiendo su cólera:

—Caballero, yo no tengo el honor de conoceros.

—Pues precisamente, dijo Octavio acompañando sus frases de una sonrisa que mostraba las profundidades de su alma, pues precisamente porque no tengo el honor de conoceros es porque os ofrezco mi brazo.

La jóven obedeció involuntariamente subyugada por la voluntad de Octavio.

—No comprendo bien, dijo ella: ya veis que soy estrangera: creia saber el francés, pero teneis en Paris tan estraños modos de traducir las cosas, que no soy aun familiar á vuestra gramática.

—Aunque no supieseis mas que cuatro palabras francesas, yo os comprenderia. Hay el lenguaje de los espíritus superiores que se habla con los ojos, con la sonrisa, haciendo broma, con todas las evoluciones

y todas las elocuencias del alma: este lenguaje vos lo conocéis mejor que yo, porque sois mujer y porque sois estrangera.

—Porqué soy mujer, tal vez, pero no porque soy estrangera.

—Entendámonos. Hay estrangeras que permanecen en su casa, y en tal caso tanto peor para ellas; mas hay estrangeras que permanecen en Paris, y estas son nuestras maestras, ó mejor dicho, nuestras queridas.

—Ya veis que vos mismo no estais muy seguro de hablar bien.

—En una palabra, la mujer del Norte ó del Mediodía, la mujer del Norte, sobre todo, que se aventura en Paris, viene aquí porque está segura de sí misma, segura de su fuerza, de su talento, de su dominacion. Hé ahí porque vos habeis venido á Paris, señora, hé ahí porque comprendéis.

—En verdad, caballero, que la serpiente no deslizaba mas hermosas frases á los oidos de Eva. Yo me llamo Eva, caballero, pero no soy la del Paraiso. Me llaman la Mujer de Nieve; no quiero ver el sol. Adios, caballero. Ahora que nos conocemos, adios.

La señora Eva se desprendió con viveza del brazo de Octavio, y se inclinó con cierta imperceptible burla.

En aquel momento el jóven cruzaba cabalmente cerca el grupo del cual se habia separado con objeto de dar el abordaje. No queria estrellarse, principal-

mente delante de aquellos espectadores. Sin impresionarse lo mas mínimo, cogió con dulzura y al mismo tiempo con fuerza el otro brazo de la señora Eva.

—No es esto todo, la dijo, he comenzado una frase y me permitireis concluirla.

—Temo que vuestra frase no sea como un vestido con cola, es decir, un periodo que se perderia de vista. Lo mismo dá; ya os escucho; nos vamos á comprometer los dos; pero en fin, como no me temo sino á mí misma, hablad.

El jóven habló. Y habló tan bien y habló tan mal que, al dar la segunda vuelta en el paseo, la Muger de Nieve estaba ya conquistada; era la primera vez que un pico de oro llegaba hasta el fondo de su alma.

El señor de Parisis tenía el gran arte de derramar á chorros el sentimiento. Su espíritu burlon le servia mucho: se burlaba de todo escepto del corazon. Representaba la comedia del amor como un actor de conciencia. Y cuánta alma empleaba en su papel! No habló únicamente de la elocuencia del talento, sino de la voz, de los ojos, y hasta de la mano. La mano de la mujer, cuando trataba de conquistarla, era siempre lo primero que cogia; y esto lo hacia con tanta dulzura, con tanto magnetismo, que la infundia, como por magia, todo su amor y su alma. Debo advertir que su mano, de un admirable dibujo, era á un mismo tiempo fina y robusta. Era la mano de Leonardo de Vinci, que rompía una barra de hierro, que levantaba una mujer como una pluma y que desata-

ba una cabellera para enredarse en ella con la suavidad y ligereza de un niño.

A la tercera vuelta por el paseo, Octavio fué á sentarse frente al grupo de sus amigos y amigas que ya no dudaban de su triunfo.

—Ahora mismo estabais con aquellas señoras: que dirán ellas?

—Mal de vos y de mí. Mañana vos sereis en Paris una mujer célebre; pasado mañana todo el mundo querrá conoceros: dentro de ocho días cada uno improvisará sobre vos una historia que no será verdadera.

—Pues esto no deja de ser una hermosa perspectiva.

—Creedlo, no habeis venido á Paris con otro objeto. Ser la novela, la heroína, la leona de Paris, aunque no sea mas que por espacio de una hora, equivale á tener su parte de reinado. Y qué es la vida sin esto?

—Hablais segun vuestro punto de vista y segun el horizonte parisiense, lo cual prueba que nada entendéis en las cosas del corazón.

—Decís esto de mí? Quereis partir á Christiania? Yo iré á desterrarme con vos en el fondo de unas casas de campo, en aquellos valles argentados, pisando aquella virgen yerba ó aquella nieve inmaculada.

La señora Eva era, naturalmente, una mujer romántica que lo amaba todo, que lo huía todo, y que corría tras de todo; era una de esas almas inquietas

que tienen sed de lo ideal, y que se quiebran ante lo real: que tan pronto se enamoran del ruido como del silencio: que en su curiosidad, ya levantan su máscara, ya se replegan sobre sí mismas llorando hasta los pecados que no han cometido.

La Mujer de Nieve comprendió que el señor de Parisis tenia, cual ella, una imaginacion ardiente, que corría hácia todos los horizontes, llevando en grupas la ilusion y el desencanto á un mismo tiempo. Lo que ella buscaba era, no precisamente un hombre para amar su cuerpo, sino un alma, con objeto de pasearse con ella en el laberinto de la pasión.

Aquella Eva era curiosa cual Eva.

Se tocaba la marcha del *Tannhauser*.

—Os gusta la música alemana? preguntó la Mujer de Nieve á Octavio.

—Sí, respondió; me gusta la música del porvenir como la música del pasado; me gusta la música francesa y me gusta la italiana. Verdad es que la música, á semejanza del amor, no tiene pátria. Como quereis señalar fronteras al pájaro que vuela y al aire que pasa? Quién me habia de decir á mí que esta noche á las diez yo estaria violenta y perdidamente enamorada de una noruega?

—Perdida y violentamente: estos dos adverbios serian admirables para una francesa.

—No os riais, señora. Y observad bien que un amor que estalla cual hoy entre los aires de Verdi, de Wagner y de Gounod, no puede morir mañana.

Mientras yo escuche estos aires os amaré constantemente. Por ejemplo: el vals del Fausto que estamos oyendo y que acaba de empezar, lo encuentro bello por la primera vez de mi vida, porque traduce de repente las grandes emociones de mi alma. Siento que Margarita se encuentra aquí y ella es quien me hace subir al séptimo cielo por las espirales desconocidas de las arquitecturas aéreas.

Octavio, al decir esto, pensaba en la señorita de la Chastaigneraye, en su querida Margarita del baile de la embajada.

—Hablais como un poema, dijo la jóven; pero falta en él la rima y el buen sentido.

Octavio cogió á Eva por la palabra.

—Si: héme aquí tan sublime y tan béstia como los señores de Lamartine y Victor Hugo. Que quereis! en este mundo no se es perfecto. Lo que es estar enamorado! Eva le miró en silencio.

Octavio estaba enamorado, porque siempre estaba enamorado. Si no lo estaba de Eva, lo estaba de cualquier otra; mas la jóven tomó para sí toda la brillante espresion que chispeaba en sus ojos.

—Y bien, le dijo Eva, sois un espíritu superior. Con vos, no hay que perderse en las mezquindades pe la pasión. Tomemos por el atajo: pero os advierto que voy á sorprenderos, toda vez que andaré con mas rapidez que vos.

—Nó, dijo Octavio sonriendo: no andareis mas aprisa que yo: os llevaré la delantera.

—Lo veremos.

—Que oigo? exclamó Octavio.

La orquesta tocaba no sé que lúgubre sinfonía.

—Os permite estar aquí vuestro oído?

—Nó, respondió la jóven.

—Entonces vámonos.

—No puedo salir con vos.

—No entrasteis sola? Si hay alguna preocupacion en las costumbres, esta no impide salir de aquí, á las mujeres.

—Agradezco el que os acerqueis á mí de este modo.

—Como no debemos dejarnos!

—Pero no comprendéis que yo trataba de representar una comedia?

—Y yo tambien. Pero hacemos como esos enamorados de teatro, que concluyen por amarse formalmente.

Octavio arrastró consigo á la Mujer de Nieve, un tanto por la fuerza del corazon, y un tanto por la fuerza de sus puños.

Las extranjeras que mas severas son con sí mismas, no hacen en Paris cumplidos: se imaginan que no deben temer nada mas que su conciencia.

Esto sin embargo, en el concierto, la gente se preguntaba porque aquella adorable rúbia cogia el brazo le Parisis. Todo el mundo queria señalarles con el dedo; pero los dos jóvenes habian salido. Donde estaban?

Eva había subido en el coche del duque; habían dado una vuelta por el Bosque, y después habían entrado en el palacio de Octavio. Sin duda entraron en él para admirar sus objetos de arte... á la luz de las bugías.

La joven no se confesaba vencida; pero se abandonaba con embriaguez, á lo imprevisto de aquella pasión repentina.

Ya se sabe que Octavio era el hombre del momento, que no concedía gracia, y que era ante todo el enamorado del primer instante.

Pygmalion abrasó la mujer de marmol: Octavio abrasó la Mujer de Nieve.

A las doce de la noche la acompañaba á su casa.

—Porque estais triste? le preguntó el joven.

—Porque he de estar alegre? respondió ella. Siempre se sale del amor como de un fuego de artificio: con la noche en el alma.

Comprendió perfectamente que con Parisis no quedaba el mañana.

—Adiós, le dijo ella en la puerta de la fonda de Baden; mañana parto.

—Porqué?

La joven contestó sonriendo con amargura.

—Porque siento la nostalgia de la nieve.

XXIX.

PÁGINAS SUELTAS DE LA VIDA DE OCTAVIO.

Ya se recordará que el duque de Parisis no había pensado en casarse con la señorita de la Chastaigne-raye porque era demasiado pobre, y demasiado orgulloso. Aunque la amaba profundamente, aunque no soñaba en una dicha mas dulce que la de vivir con una hermosa criatura que no viviera sino por él, nuestro joven se hallaba retenido—él, que desafiaba todos los peligros—por el vago terror que le ocasionaba la leyenda de los Parisis, terror que sentía, no por él sino por Genoveva.

Desde que había disminuido su fortuna en tres millones, pues en cuanto á él no había querido admitir su parte, la cuestión de dinero dejaba de ser cuestión.

El joven se encontraba aun mas rico que su prima.

Como su maestro en el arte de vivir, el señor de Morny, Parisis tenía siempre dinero, aunque no lo tuviese.

Y no era uno de esos improvisadores de negocios

que se lanzan cual aves de rapiña sobre el granero de la abundancia de las familias para llevarse hasta el último grano de oro.

Jugaba á la bolsa con gran golpe de vista. Mientras aguardaba la realizacion de su sueño político, mientras aguardaba que se le nombrase embajador de Constantinopla, probaba, por ejemplo, que creia en la duracion del imperio otomano: habia comprado papel del cinco por ciento turco—quinientos mil francos de renta, á veinte y siete francos cincuenta céntimos,—pocos dias antes de cortarse el cupon.

Como habia comprado á plazo porque no tenia dinero contante, habia pagado á los agentes que negociaban en fondos turcos, con la venta de otros valores.

Parisis habia elegido el tres por ciento francés por la sencilla razon de que si llegaba una mala noticia el crédito francés quedaria quebrantado. Así es que vendió veinte y cinco mil librás de renta.

Jugó bien: echada la cuenta y luego de satisfacer todos los gastos, le quedó una renta de doscientas cincuenta mil libras, pagadera todos los meses.

—Y sin tener que dotar á la señorita Ruiseñor, decia Parisis, el cual, por otra parte, no sentia el haberla regalado cien mil francos.

Parisis habia hecho tan bien su negocio que no tan solo percibia veinte mil francos el primero de todos los meses, sino que, como el papel turco subió diez francos, Octavio se ganó un millon.

Sus amigos encontraron esto admirable. El les decia.

—Porque no haceis lo que yo? Suprimiriais la cuestion de Oriente porque afirmariais el crédito de Turquía. No hay mejor fusil Chassepot que la moneda de cien sueldos. Creedme: la última palabra de la política es esta: «El dinero es la paz.»

—Eres el Girardin del Club, le dijo el príncipe Azul; tú tienes una idea todas las noches, como él la tiene todos los dias.

Así, pues, si el duque de Parisis no veia venir nada de las Cordilleras, en cambio sabia coger en Paris muy buenos puñados de oro.

Su casa era una orgía.

Cuando daba una fiesta nocturna habia en el salon de juego dos copas antiguas llenas de oro como en otro tiempo las habia en casa el duque de Luynes. Los que perdian iban á aquella fuente dejando en ella su targeta. Parisis decia que aquello era un deber de estricta hospitalidad.

Si fuera necesario citar algunos rasgos de temperamento y de carácter encontraria á millares. Se decia de él aunque burlándose algun tanto, que tenia «la musculatura de Hércules oculta bajo la belleza de Antinoo.» Tambien se habia dicho esto de Roger de Beauvoir. El duque de Parisis habia probado su fuerza en cien aventuras sin hablar de su heroismo en China.

Un dia que iba á paseo en coche en los Campos

Eliseos vió á un auriga que insultaba á una mujer, era una jóven inglesa que habia pagado y que ignoraba que se acostumbraba á dar propina. El cochero, llevado de su insolencia, la abrumaba con epítetos franceses. Había ya un grupo de curiosos que se divertían con aquel espectáculo. Octavio dió las riendas á su criado y bajó de su carruaje por no sé que clase de capricho, pues no se metía en dibujos, y creía muy peligroso el separar un grano de arena para constituir la armonía del universo. La jóven era muy hermosa. Octavio ordenó al auriga que la saludase y que la diera una satisfaccion completa; el auriga contestó al jóven con un latigazo que alcanzó á la inglesa. Octavio cogió al auriga y lo echó desde el pescante al suelo con la misma facilidad con que se arroja un puñado de tonterías. Despues volvió á su carruaje. Pero el cochero se levantó furioso para asestarle un puñetazo. Entonces el duque de Parisis se dejó llevar por su cólera, y dando un puñetazo en la cabeza del auriga, le dejó muerto.

Fué un homicidio involuntario.

—He aquí una buena obra, dijo un transeunte, que conocia desde mucho tiempo al cochero.

Octavio dió su tarjeta á un polizonte, diciéndole que iba á denunciar todo aquello al Prefecto de policía. Luego subió á su faeton y siguió su paseo con la misma tranquilidad que si hubiese muerto un chino.

—Oh! Dios mio! dijo la inglesa; me olvidé de dar mi tarjeta á ese caballero!

—Tranquilizaos, señora, le dijo un curioso del grupo; conozco al señor de Parisis, y vos sois demasiado hermosa para que no os reconozca un dia ú otro.

En Roud Point, Octavio se halló con varios carruajes atascados. En vano trató de dominar sus caballos que corrían cual águilas. En frente del Circo, su criado fué echado en medio de los transeuntes. Octavio hizo entonces una cosa que dejó pasmado á todo el mundo: saltó á caballo sobre la Loca, la mas briosa de sus dos yeguas. La Loca le conoció y quedó domada como por milagro.

Octavio no parecia robusto: se habia hecho fuerte por su voluntad.

No creía en la medicina, creía tan solo en la naturaleza, esta madre generosa que desafía la muerte para conservar sus hijos y que los nutre con su leche hasta en los dias de fiebre y de delirio.

Tenia un médico, porque es necesario tenerlo como se tiene un abogado aun cuando á uno le asista la justicia. Cierta noche que estaba enfermo, su médico, al cual no habia llamado, se presentó en su casa y pareció asustado.

—Ah! sí, mi querido doctor, exclamó el jóven; ahora si que no tengo vida para seis semanas: tengo la fiebre, los lábios pálidos, el diablo en la cabeza, las piernas de un viejo octogenario: en una palabra, segun decia Fontanelle, tengo una gran dificultad en vivir.

—Bravo! exclamó el doctor; ahora si que creereis en la medicina.

El señor de Parisis colocó su escepticismo debajo de la almohada.

—Sí, mi querido doctor, hasta si no teneis inconveniente pediré consulta. Mañana llamareis á Cabarus, Bicorn y Desmares, total cuatro médicos, cuatro oráculos, cuatro antorchas de la ciencia; hablareis de política y convendreis en que todo va mal en el Estado y que todo va perfectamente en mi casa.

—Entretanto dijo el médico, voy á poner una receta; pero vais á prometerme que la tomareis formalmente.

—Si doctor, con una condicion.

—Cual?

—Vais á beber conmigo una botella de champagne. Conoceis mi champagne?

—Esquisito: no se elabora mas que para vos; pero esto es una locura! Una botella!

—Beberemos dos, si quereis.

Octavio llamó y pidió champagne.

—Me prometeis que únicamente humedecereis vuestros lábios?

—Prometo, mi querido doctor, sugetarme á todas vuestras recetas; pero que diablo! dadme un cuarto de hora de respiro.

Se presentaron las copas. Octavio humedeció tan bien los lábios en la suya que la vació ocho veces durante su cuarto de hora de respiro. Él tenia su idea.

El doctor, á la cuarta copa, no tenia ninguna.

Octavio podia beber durante toda una noche sin chisparse. Tenia demasiada cabeza para dejarse vencer por el vino. Únicamente se embriagaba respirando el sabroso perfume de ciertas cabelleras que acariciaban su frente cuando sus lábios se deslizaban hasta la garganta.

Dos horas despues el médico daba trapiés y aconsejaba á Octavio que tomase medicina tres veces.

El señor de Parisis hizo beber al doctor tres copas mas.

A la media noche Octavio entraba en el club perfectamente curado; aquella orgía de vino de champagne habia reanimado las fuerzas de la naturaleza y echado de su interior todas las malas influencias.

A la media noche el doctor entraba en su casa perfectamente enfermo.

—Que se vaya á buscar un médico! exclamó su mujer al verle.

—Nó! replicó furioso el médico! id á buscar al señor de Parisis!

Su mujer vió que traia mucho champagne.

Uno de los libros familiares de Octavio era *Las Damas galantes* de Brantome, este otro escéptico, este Montaigne de los Valois y de las Valoises que empieza siempre sus historias con estas frases tan sencillamente burlonas: «He conocido una muy honrada señora.» El célebre narrador conoció estas muy honradas señoras en el gran mundo, con frecuencia en

la misma córte. Se trataba siempre de alguna pícara que ni siquiera sería recibida en el medio mundo de hoy día. Se ha dicho que los que no alcanzan fortuna son aquellos que no juzgan á los hombres tan bestias como lo son realmente. Octavio aplicaba este precepto á las mujeres, diciendo que aquellos que no alcanzaban sus favores, les suponían menos Evas de lo que efectivamente son. El señor de Brantome animaba mucho sobre este particular á los tímidos. Aquellas «muy honradas señoras,» debieron hacer bajar el puente levadizo de muchas fortalezas.

Cuando yo leo á Brantome bendigo á Dios por haberme hecho nacer en el siglo de la virtud. Hoy día no se encuentran mas que rosas en capullo.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO FIGUEROA
AÑO 1925 MONTEVIDEO, MENDO

XXX.

LA TRAPERA.

Aquellos caballeros y aquellas damas cenaban alegremente en la Casa de Oro. Allí estaban Parisis, el príncipe Azul, Saint-Aymour, la Taciturna, Tornasol, Treinta-y-seis-Virtudes, y Flor-del-Pecado. Era una de aquellas eternas cenas que vosotras ya conocéis. Se probaba todo, se bañaban los lábios en todos los vinos, se hablaba contra todas las reglas de la gramática, se cultivaba el neologismo y la insensatez chorreaba en todo el mundo.

Había talento? Nó. Parisis no tenía talento sino cuando estaba con «gente decente» como Monjoyeux. Al cenar allí, obedecía á la ociosidad como se obedece débilmente á un mal compañero que os domina, que os coge por la mañana, que os lleva donde quiere y que dispone de vosotros como de sí mismo.

Monjoyeux y Leon Ramée, que eran mas amigos que nunca desde aquella historia de las estatuas quebradas, iban alguna vez juntos á cenar con aquellos caballeros y aquellas damas. Necesario es pertenecer al tiempo en que se vive: siempre se ofrecía algun ti-

la misma córte. Se trataba siempre de alguna pícara que ni siquiera sería recibida en el medio mundo de hoy día. Se ha dicho que los que no alcanzan fortuna son aquellos que no juzgan á los hombres tan bestias como lo son realmente. Octavio aplicaba este precepto á las mujeres, diciendo que aquellos que no alcanzaban sus favores, les suponían menos Evas de lo que efectivamente son. El señor de Brantome animaba mucho sobre este particular á los tímidos. Aquellas «muy honradas señoras,» debieron hacer bajar el puente levadizo de muchas fortalezas.

Cuando yo leo á Brantome bendigo á Dios por haberme hecho nacer en el siglo de la virtud. Hoy día no se encuentran mas que rosas en capullo.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO FIGUEROA
AÑO 1925 MONTEVIDEO, MENDO

XXX.

LA TRAPERA.

Aquellos caballeros y aquellas damas cenaban alegremente en la Casa de Oro. Allí estaban Parisis, el príncipe Azul, Saint-Aymour, la Taciturna, Tornasol, Treinta-y-seis-Virtudes, y Flor-del-Pecado. Era una de aquellas eternas cenas que vosotras ya conocéis. Se probaba todo, se bañaban los lábios en todos los vinos, se hablaba contra todas las reglas de la gramática, se cultivaba el neologismo y la insensatez chorreaba en todo el mundo.

Había talento? Nó. Parisis no tenía talento sino cuando estaba con «gente decente» como Monjoyeux. Al cenar allí, obedecía á la ociosidad como se obedece débilmente á un mal compañero que os domina, que os coge por la mañana, que os lleva donde quiere y que dispone de vosotros como de sí mismo.

Monjoyeux y Leon Ramée, que eran mas amigos que nunca desde aquella historia de las estatuas quebradas, iban alguna vez juntos á cenar con aquellos caballeros y aquellas damas. Necesario es pertenecer al tiempo en que se vive: siempre se ofrecía algun ti-

po mas ó menos digno de estudio, bajo el punto de vista del mármol, segun decia Monjoyeux, ó bajo el punto de vista de la paleta segun decia Leon Ramée.

En aquella noche, al terminar la cena, Leon Ramée apareció solo en el dintel de la puerta.

—Y Monjoyeux? preguntó Parisis.

—No le he visto; me dijo ayer que esta noche le hallaría contigo.

Todo el mundo soltó una ocurrencia apropósito de Monjoyeux, ocurrencia que cayó simpática del lábio de los hombres y que cayó amarga del lábio de las mujeres.

Las mujeres no le perdonaban el haberse burlado de la mujer porque no comprendian la elevacion de su sátira. Jamás le perdonaban el no haber tenido dinero.

La señorita Flor-del-Pecado tomó sin embargo su defensa entre sus demás compañeras. Le encontraba hermoso; confesaba que iba mal vestido; pero le quería mas así que al señor Millon, vestido con billetes de banco.

Pidióse á la Taciturna su opinion y dijo con toda conciencia que lo que se decia de él era cierto y no era cierto.

En aquel instante se oyó en la escalera un rumor que hubo de llegar hasta aquel gabinete privilegiado.

—Será el señor de Monjoyeux que hará una broma! dijo un criado que traía cigarrros.

Hé aqui la broma de Monjoyeux.

Traía en sus brazos una desgraciada trapera, aun jóven, pero casi muerta por la miseria, á la cual habia encontrado frente la Casa de Oro, arrastrando su gancho y sin tener fuerzas bastantes para llenar su espuerta.

Todas las mujeres soltaron la carcajada; pero los hombres no reian: todos sabian que Monjoyeux era hijo de un trapero, todos comprendian el sentimiento de caridad que movia al mancebo.

—Aqui la teneis, dijo Monjoyeux, colocando respetuosamente á la pobre mujer sobre un sofá; reid, señoras mias! reid siempre! Hay nada tan alegre? Una desgraciada criatura que se muere de hambre! Que los trapos sean profanados como en vuestra casa, ó que estén manchados como en casa de las traperas, poco importa. La que no llena su espuerta por la noche no tiene mas remedio que ir al hospital, y si en el hospital no la quieren siempre le queda el recurso de morirse en la calle.

Las mujeres ya no reian. Y como las mujeres son en todo exageradas, las que mas reian empezaron á socorrer á la trapera.

—Que se traiga una sopa sustanciosa! dijo Monjoyeux, no la sopa de ajo que han comido estas señoras.

La trapera miraba con inquietud á todo el mundo. Se hallaba tan poco habituada á la caridad cristiana, habia visto tan de léjos á sus semejantes en

este París escéptico, donde los pobres no tienen amigos, ó, cuando menos, amigos visibles, que ella no podía creer en el bello impulso de Monjoyeux, ni en la repentina simpatía que sonreía en torno suyo.

Se le dió un poco de confitura, la última que quedaba, la cual comió con un placer vivísimo. Monjoyeux la había hecho colocar á la mesa; pero la trapera se mantenía á alguna distancia de ella.

—Vaya! dijo el jóven; hagamos bien las cosas; sentaos y apoyad los codos sobre la mesa.

Las mujeres se disputaban el placer de servirla. La señorita Tornasol la dió su vaso.

—No! dijo Monjoyeux, se bebería tus ideas!

Y dió un vaso á la trapera.

Era una mujer de veinte y cinco años, ya gastada por el dolor y la miseria. Velaba de noche y dormía poco de día. En su rostro habia de todo: habia hermosura y fealdad, inteligencia é idiotismo, candor y pasión.

Poco á poco hubo de familiarizarse y arriesgó algunas frases. Contó su vida en tres palabras. Hija de un trapero que la maltrataba con frecuencia, porque siempre estaba achispado, era madre sin haber tenido hijos, puesto que la suya le habia dejado cuatro hermanitas.

—Señores, dijo Monjoyeux, esta valiente criatura que nos dispensa el honor de cenar con nosotros, creedlo, es la síntesis de la humanidad. Como la humanidad, aspira á la confitura; mas es el ideal inac-

cesible. Adoremos la humanidad en esta mujer; que sus harapos nos sean queridos, que sus penas y dolores lleguen á nuestras almas, que sus lágrimas santifiquen por siempre esta mesa profanada.

Monjoyeux, sentado al lado de la trapera, se levantó y la besó en la frente con un sentimiento de fraternidad y de respeto.

—En nombre de mi madre, dijo con gravedad, yo os doy este beso.

—En nombre de vuestra madre! Por qué? dijo la trapera, mirándole con dulzura.

—Porque yo soy tambien del oficio. Mi madre era trapera; no me alabo de ello, pero tampoco me ruborizo.

Y volviéndose hácia Parisis, añadió:

—Amigo mio, alegraos, no porque yo vaya á pedir un puñado de oro para esta mujer, sino porque he encontrado en mi vida un fin que es digno de ella. Voy á volver á entrar en mi taller con afición, porque de aquí en adelante quiero trabajar por esta mujer y sus cuatro hermanitas. Por la primera vez me siento feliz, porque me siento ya rico por el bien que voy á hacer.

Las mujeres lloraban.

Monjoyeux se volvió hácia Miravault.

—Miravault: vos teneis millones y sois pobre: haced como yo y sereis rico.

—Esto es hablar bien, dijo Leon Ramée, estrechando la mano de Monjoyeux.

—Porque hablo como pienso.

Y dirigiéndose á Parisis continuó:

—Mi buen amigo: prestadme cien sueldos para comenzar mi fortuna. Como punto de partida voy á acompañar á esta mujer; pero no como acompañáis vosotros á estas damas.

Parisis quiso que Monjoyeux y la traperera cogiesen su coche.

—No es esto todo, dijo la señorita Tornasol: nos dispensarás un favor, pues supongo que tu caridad no tiene celos. Todas nosotras vamos á dar dinero á esta mujer.

La colecta fué buena. La gente que se divierte es siempre la mas generosa con aquellos que sufren.

Al siguiente dia Parisis fué á saludar á Monjoyeux en su pequeño taller de la calle German Pilon. Le halló trabajando y con una alegría que jamás habia observado en el mancebo.

—Teneis razon, Monjoyeux, le dijo, las dos grandes palabras de la vida son estas: el Trabajo y la Caridad.

—Sí, dijo Monjoyeux; pero olvidais una tercera que vos creéis conocer, pero que no conoceréis bien hasta que os hayáis casado con la señorita de la Chastaigneraye.

Y Monjoyeux añadió con un acento un poco teatral:

—La tercera palabra de la vida es el Amor!

XXXI.

LA CONFESION DE VIOLETA.

Desde su fuga no se habian recibido noticias de Violeta. Un amigo de Octavio le dijo que la habia visto en Roma. Un amigo de la señora de Fontaneilles dijo á ésta que en Biarritz habia pasado una mujer velada que todo el mundo habia tomado por Violeta de Parma. Nada mas se supo. Dónde estaba? A qué hospitalaria orilla habia llevado su desesperacion y su dolor?

Cierta mañana, Genoveva recibió una carta sellada en Madrid. Era una carta de Violeta.

—Madrid! que puede hacer en Madrid? se preguntó la señorita de la Chastaigneraye.

Y devoró aquella larga carta, que era la confesion de Violeta:

«Madrid 12 de agosto de 1867.

«Mi querida Genoveva:

«Cuando esta carta sea leida por vuestros hermosos ojos, no perteneceré ya á este mundo. Perdonad-

me, si yo tambien represento el papel de la Dama de Palos.

»Antes de morir es necesario confesarse. Os elijo para confesor mio; ante vos yo quiero humillarme en el espíritu de Dios; ante vuestro corazon yo quiero decirlo todo.

»No os elijo por falta de sacerdote; lo he encontrado en todas partes desde que huí de Francia, desde que huyo de mí misma. A la hora en que escribo veo uno en la ventana de una casa vecina que lee en su breviario; pero que he de decirle? No pertenezco á su parroquia. Escucharía á una estrangera que lleva un corazon como el suyo, pero que muere de una pasión que él no comprendería.

»Vos, Genoveva, me comprenderéis porque me amais.

»Os he mostrado en varias ocasiones y en los azares de la conversacion, alguna página de mi vida. Ahora voy á confesárosla toda.

»Son dignos de mencion mis primeros años? Viví siempre abrigada por aquella adorable mujer que yo creía mi madre, y que se hallaba constantemente entregada al trabajo y á la plegaria. Acaso no era mi verdadera madre? Despues leí la historia de D'Alembert y de la señora Tencin. No ignorais que D'Alembert fué abandonado por esa gran pecadora del tiempo de la Regencia, que habia hecho un cardenal de su hermano, y que de su hijo hacia un niño expósito. Este niño perdido, se convirtió en niño en-

contrado gracias á una vendedora de cristales que le dió su leche, su pan y su sangre. Le dió un alma y le convirtió en hombre. Si este árbol de la ciencia dió frutos se debió á aquel ingerto; si llegó á ser célebre lo debió á su segunda madre. Así es que yo comprendo aquellas terribles frases, cuando dijo á su madre natural el dia en que fué á buscarle: «No os conozco! mi madre es la vendedora de cristales!»

»Yo no habria usado de la brutalidad de d'Alembert sin duda porque soy mujer. Pero admitiendo mi primera madre, yo hubiera sido siempre la hija de la segunda, si las dos hubiesen vivido.

»Y si la segunda hubiera sido siempre mi madre, puedo aseguraros que yo siempre hubiera sido su hija, pues ahora me explico porque me ocultó á mi primera madre: porque la conocia, porque tenia miedo de perderme, porque deseaba vivir por mí.

»Mientras vivió, fui feliz. Ella habia elegido para mis delicadas manos, un trabajo hermoso. En tanto que ella cosía blondas, yo hacia flores. Consideraba muy dulce el trabajar á su lado, y aunque yo no creía trabajar mucho, siempre resultaba que yo ganaba mi jornal.

»En las horas de ocio leía, y no leía mas que libros piadosos. Mi madre era severa; en mi comunión primera me habia velado como una santa. Me habia explicado con el acento cristiano todos los milagros y todas las bellezas del cristianismo; yo no vivia sino en el mundo de los espíritus puros: ningun mal pen-

samiento habia llamado nunca á nuestra puerta.

»Verdad es que no eramos ricas, pero tampoco creíamos que la riqueza fuese un bien. Teníamos un cuartito, una buhardilla; pero todo era alegre; las ventanas tenían por horizonte el cielo y los árboles del Luxemburgo. Yo no me contentaba en hacer flores; para conocerlas mejor, las cultivaba. Yo he leído que no sé que filósofo veía toda la naturaleza en un fresero; yo me constituí una excelente compañía, todo un mundo de rosas, de violetas, de madre selvas y de alelías; hasta tenía un árbol en mi ventana que daba lilas, y que causaba la admiración de los vecinos. También tenía un fresero, pero lo cultivaba por golosina, pues llegaba á darme unas cien fresas por año.

»Que hubiera sucedido si mi madre no hubiese muerto?

»Confieso que no hubiera tenido un gran placer en casarme con un hombre de mi condición; aunque no hubiese leído novelas, yo tenía mi ideal, bien como si circulase en mis venas la sangre de los Parisís. No sabría espresaros como se despertó mi orgullo, cuando supe que aquel hermoso jóven que se habia atrevido á hablarme en la calle y al cual amaba á pesar mío, era un duque.

»Este, Genoveva, fué mi primer pecado.

»Es una desgracia; pero cuando el diablo os ha tocado sois ya suya. La puerta del orgullo fué para mí la puerta del infierno.

»Mi madre murió. En varias ocasiones me habia hablado de su país: me decía que pronto haríamos juntas el viaje para visitar á una gran señora que quizá me haria un dote si encontrase un hombre honrado con quien casarme. Mas de una vez mi madre lloró besándome; yo no osaba interrogarla y no me atrevia á hablarla de mi padre, toda vez que ella nunca me hablaba de él. Algunas frases que yo habia sorprendido en la escalera, en conversaciones de comadres, me habian advertido de una manera vaga que mi madre no estaba casada. Pero era tan piadosa y tan buena, que yo me decía: «Dios la habrá perdonado.»

»Cuando cayó enferma, me detuvo un día cerca de su lecho para hacerme confidencias. Luego de pronto se arripentió diciéndome: «Nó, no moriré; ya hablaremos de esto mas tarde, cuando vayamos á la Borgoña.» No creía en la proximidad de su muerte; pero falleció de pronto á consecuencia de un aneurisma. Faltóle la palabra, y no pudo revelarme nada; cuando llegué frente á su lecho, espiraba. «Luisa! Luisa! dijo, Dios...»

»No pronunció una frase mas. Quizá hubiese podido pronunciar alguna otra; pero no tuvo bastante valor para decirme al morir: «Yo no soy tu madre.»

»Ya sabeis mi historia con Octavio. La miseria cayó sobre aquel cuartito de luto y todo me faltó á un mismo tiempo: mi madre, el trabajo y el valor! Entonces fué cuando conocí al señor de Parisís. Me sal-

vó de la miseria y me trasladó á un sueño de oro; mas no estaba salvada sino para encontrarme mas perdida.

»Yo no habia tenido tiempo suficiente para hojear los papeles de mi madre. Hasta que hube salido de la cárcel no pude conocer la historia de mi nacimiento, leyendo las cartas que mi madre ocultaba en un cajoncito de madera negra, donde yo creia que guardaba cosas de poca importancia.

»Vale la pena de hablaros de las cartas de la señora Portien y de las contestaciones de mi madre, ó, mejor dicho, de las cartas de mi madre y de las contestaciones de su antigua doncella? Durante el primer año mi madre se inquietó por mí y vino á verme una vez: se enfadó con su doncella porque la escribia con frecuencia y la recomendó que en lo sucesivo la escribiera diciendo *mi hija* en vez de *vuestra hija*. Pasado un año, no se hallaban cartas de la señora Portien: queria olvidarlo todo para que todo se olvidara mas facilmente. Hallé borradores de mi madre en que la pobre mujer hablaba con adoracion de Luisa á la señora Portien.

»En mi primera comunión volvió á escribir; pero aquella fué la última vez. Lo que hay en esto de admirable es que en aquellas cartas no se habla jamás de dinero.

»Tampoco hablaba de él la señora Portien.

»Y ahora pregunto yo: quién fué mi padre? Hé aquí el secreto eterno; pero mi padre no fué el señor

Portien. No digo esto para calumniar á mi madre: lo digo porque me confieso con vos y os debo la verdad.

»Voy á morir y no me quejo. He disfrutado mi parte de dicha. He adorado al señor de Parisis; los dias que he pasado con él han equivalido á siglos. Qué he de sentir? Os juro mi querida y santa Geneveva, que tengo una alegria al pensar que me sacrifico por vuestra dicha. Si yo viviese no os casaríais con Octavio: hé aquí porque muero feliz. La vida es así: es necesario saberse retirar ante el sol de los otros. Yo era como un árbol envenenado: hubieseis muerto bajo mi sombra.

»En presencia de Dios, que me oye, en presencia de vos, que sois la mujer de la virtud, vuelvo á declarar porque deseo probaros que no soy del todo indigna al dulce título de prima que me disteis, declaro que no he tenido otro amante que el duque de Parisis. Él fué cruel abandonándome. Ya sabeis que me habia enviado un billete de diez mil francos confundíendome con una mujer cualquiera. Yo juré vengarme.

»Y me vengué!

»Ah! yo queria vengarme noblemente. Queria volver á la calle de San Jacinto para trabajar dia y noche y morir de dolor.

»Pero la señora de Entraygues, que conocia á los hombres, me enseñó otra venganza. No hay que condenarla, pues su corazon es generoso: tiene sus horas de fragilidad; pero conserva toda su nobleza de alma.

»Siguiendo su consejo me lancé al torbellino de la comedia parisiense, en esa carrera de todas las locuras del amor y del lujo. La pobre Violeta, completamente pisoteada, se convirtió en la orgullosa Violeta de Parma. La señora de Entraygues fué la que antes de marchar á Irlanda, me dió el primer billete de mil francos. Yo habia estado enferma, cercana á la muerte; pero ella me dijo que estaba mas hermosa que nunca un dia que me condujo á tomar leche al Prado Catalan por caminos estraviados, pues ella se ocultaba del mundo y yo no queria ser vista.

»Mas por la misma razon de que nos ocultábamos fuimos encontradas. El príncipe... se llegó á nosotras y pidió á la condesa el honor de serme presentado.

»—Haceis bien, dijo la condesa, pues la jóven que veis aquí, en todo el brillo de sus veinte años, es una princesa por la gracia de Dios. Jamás os dirá su nombre: no quiere ser conocida en Paris mas que bajo el nombre de Violeta de Parma.

»El orgullo, que ya una vez me habia perdido porque el señor de Parisis era duque, volvió á perderme porque el que nos hablaba era un príncipe. Comprendí, desde luego, que yo no le amaria; pero era un hombre que necesitaba para representar mi comedia. Yo no hice muchos cumplidos para ir á comer con él en un saloncito del Molino Rojo. Sabia que el duque iba allí con frecuencia y no desesperaba de hallarle y de pasar orgullosamente en frente de él, dando mi brazo al príncipe.

»Al terminar la comida estaba perdidamente enamorado y me ofrecia diamantes, un palacio y criados de servicio.

»No volví á mi casa; pero al ir á la del príncipe estaba muy resuelta á no ser jamás su querida.

»Este me halló original; pero era un buen hombre. Lo que él adoraba en mí era mi rostro. Él tambien era orgulloso. Hay gentes que quieren *ser* amantes y otras que quieren *parecerlo*. El príncipe era de estos. Mi *originalidad* no le privó de darme cien mil francos y de amueblarme, con el lujo del tiempo de Luis XVI, un palacio en la calle de Marignan, donde venia á comer tres veces á la semana con sus amigos, hombres de mundo, periodistas, políticos, diplomáticos y artistas.

»Era gente por el estilo del duque de Parisis; pero como nadie me habia conocido con él, nadie tampoco hubo de conocerme en casa el príncipe.

»Aquella vida—debo confesároslo— me gustaba mucho, por mas que yo sufriera siempre. Esperaba agotar la sensibilidad de mi corazon; mas no pude lograrlo. Cuanto mas me alejaba de Octavio mas pensaba en él.

»Se hallaba en Inglaterra cuando hice mi entrada en el Bosque. Ya se ha hablado del ruido que yo metí entonces.

»Cuando se vé subir poco á poco á una cortesana, nadie estraña nada.—Es fulana!—Es zutana!—Ya la conozco!—Todo está dicho y sabido. Pero cuando una

cortesana se presenta con gran lujo, sin que nadie pueda decir de donde viene, la curiosidad se despierta y alcanza un triunfo brillante. Es como un fuego de artificio que no ha sido anunciado.

»El príncipe no podía creer en su dicha; hasta la media noche era el mas dichoso de los hombres; pero al llegar esta hora, yo me encerraba en mi cuarto y me echaba voluptuosamente en la soledad de mi lecho.

»Esto sin embargo, yo no era una santa. Desafiaba todos los peligros, era coqueta con los hombres, como una mujer que desea improvisarse una corte. Sentia una secreta alegría al probarme que bajo la máscara de una pecadora, yo era una mujer virtuosa.

»Cierta noche fui á Mabilie sin saberlo el príncipe: habiendo aprendido el idioma del país antes de entrar en él, me dispuse á contestar á todos los apóstrofes. Yo habia comido con apetito y hasta creo que habia bebido mas champagne del que acostumbraba.

»Ya os dije como hallé á Octavio, como volvió á enamorarse de mí segun los vaticinios de la señora de Entraygues. Pero al encontrarle, yo no encontré ya mi corazón. Habia tempestad en el cielo.

»Conoceis mejor que yo la historia de Dieppe. No le manifesté todos mis celos; pero entonces comprendí que os amaba. Las mujeres que aman tienen la doble vista. Vos me odiabais y yo os odiaba; en mis ardientes celos y creyendo herir á Octavio en mitad del

corazon hui con un grande de España que solo tenia de grande su grandeza. Ya comprendereis que fui con él tan *original* como con el príncipe.

»Pero yo desaba aturdirme, yo no vivia mas que por Octavio; mi alma se hallaba entregada por completo á su pensamiento; mis ojos le buscaban en todas partes.

»Un príncipe ruso que me habia conocido en casa el príncipe francés me manifestó que su ilustre amigo estaba furioso contra Parisis y contra mí.—Por que contra Parisis? pregunté yo; acaso estoy con él? —Es cierto, me dijo el príncipe, toda vez que se encuentra en Baden con la señorita Tornasol.

»Octavio no estaba en Baden: pero se le aguardaba. Yo creyendo encontrarle allí, dije al príncipe ruso: «Hoy marchó á Baden.—Cabalmente, dijo el príncipe, yo marchó allí esta tarde.» Y partimos juntos observando con él, la misma conducta que con los otros.

»El príncipe posee en Baden, en el valle de Leichenthal, una hermosa casa rústica de la cual me dió la llave. Era un hombre amable que se contentó en ser mi huesped con toda la discrecion de esos grandes señores del Newa que viven aun en las tradiciones de la antigua corte de Francia.

»Ví á Octavio en Baden; pero le ví de lejos. Tuve bastante valor para no ir en busca de él, aguardando que él vendria en busca mia. Pero no bien dejó Baden, cuando me convertí en una alma en pena. Volví

á París y fui á su casa, resuelta á manifestarle mi pasión y á vivir con él á pesar suyo. Mas habia marchado á Parisis.

»Corrí allí para alcanzarle.

»Ya sabeis lo demás. No ignorais mi encuentro con mi madre. Debo confesaros que la fuerza de la sangre no me hizo traicion. Y sin embargo, aunque la señora Portien no tuviese un rostro simpático, recuerdo que al verla esperimenté algun placer. Quizá será una preocupacion; mas me pareció que no me era completamente estraña.

»Pobre señora! Dentro algunas horas me verá si Dios la permite la dicha de ver á una hija que abandonó. Quien sabe si ella sufrió tambien esa fatalidad del corazon, que hace siempre traicion á las virtudes de la mujer?

»Habeis querido hacer una hermosa tentativa. Habeis dicho á Octavio que se casase conmigo para arrancar de mi mano esas violetas de Parma que la manchaba. Pero la virtud es como una fuente de agua viva, que nunca sube hacia arriba. No era yo quien se debia casar con Octavio: un enlace tan brillante hubiera puesto aun mas de relieve mi caída.

»Gracias á vos, gracias á esa dulce Jacinta que me disteis, hé estado á punto de echar raíces en Pernand, donde hubiese vivido de la caridad y el arrepentimiento; mas no ignorais que los recuerdos vivos de mi vida me echaron de aquel asilo.

»Por lo demás, yo queria morir. Queria morir, si-

no por mí, por vos. Creeríais que siempre me faltó valor para ello? Una mujer que no se mata á la primera tentativa, nunca mas encuentra valor para matarse.

»Por fin he recobrado el valor.

»Soy digna del blanco sudario? He espiado lo bastante mis faltas? Mi cárcel fué un largo suplicio: mas la libertad no me ha librado de mis pesares. Habeis sido para mí un ángel y á vos me dirijo pidiéndoos vuestras oraciones.

»Pero antes de rogar por mí, os quiero pedir una gracia: casaos con Octavio, pues no quiero que mi muerte sea inútil. Fuera de esto, me parece que así habré contribuido á vuestra dicha.

»No me lloreis: muero contenta.

»Me legásteis un millon y yo os lego otro millon. Lo que he gastado pertenecia á la fortuna de la señora Portien.

»Me gusta tanto hablar con vos, mi querida Genoveva, que hasta olvidaba la hora de mi muerte.

»Adios!

»VIOLETA DE PERNAND-PARISIS.»

Y con un carácter de letra mas febril, Violeta habia añadido esta postdata:

«Cuando os paseeis con Octavio en el parque de Parisis y de Champauvert, si hallais á vuestros piés una violeta, no de Parma, sino del campo, no la ho-

lleis en el polvo: bajaos para cogerla, respiradla y dadla á vuestro esposo. Se acordará de mí; pero vuestras manos habrán santificado el recuerdo.

»Adios!»

La señorita de la Chastaigneraye lloró mucho al leer esta confesion de Violeta.

Oia como aquel corazon y aquella alma hablaban.

—Ah! sí, dijo recordando su dulce y simpática figura: á Violeta sí que es necesario llamarla la Dama del Corazon!

Violeta habia entrado tan profundamente en la existencia de Genoveva, que le parecia que al perderla, perdía algo de sí misma, un latido de su corazon, un rayo de su alma.

—Y sin embargo, dijo, yo estaba celosa de ella hasta {morirme!

XXXII.

OCTAVIO DE PARISIS.

La señorita de la Chastaigneraye escribió á la marquesa de Fontaneilles:

«Mi querida Armada:

»Estoy desesperada. Recibo una carta de Violeta y esta carta es la despedida de una mujer que vá á morir. Si no te vienes en seguida me marche á la Abadía del Bosque.

»Te abraza

»GENOVEVA.»

La señorita de la Chastaigneraye tenía un corazon demasiado noble para casarse con Octavio ante la tumba de Violeta.

La marquesa de Fontaneilles rogó al duque de Parisis que fuese á verla.

—Mi querido duque, le dijo, no perdais un minuto: probablemente que la pobre Violeta se ha muerto y ha muerto sacrificándose de una manera sublime por vos y por Genoveva. Marchad en seguida á

Champauvert y decidla que mañana iré con el marqués. Es necesario que antes de quince días la señorita de la Chastaigneraye sea la duquesa de Parisis.

Octavio salió una hora despues.

Llegó de noche á su castillo; al siguiente dia, á las doce, bajaba de caballo en el patio de Champauvert, no poco sorprendido de no ver á Genoveva, pues luego que se veía aparecer una persona en la avenida se presentaba la joven castellana.

Un criado avanzó hasta el vestibulo.

—El señor duque ignora tal vez que la señorita ha marchado?

—Marchado! y cuando?

—Anteayer.

—Fué á Paris?

—Sí, señor duque.

—Y cuando debe volver?

—Lo que es esto lo ignoro, dijo el criado. Se ha hablado aquí del convento, casi todos los criados han sido despedidos y yo me quedo aquí con mi mujer. Se han dado órdenes para vender los caballos.

—Esto es grave, dijo para sí Octavio.

Volvió á subir á caballo. Iba á dirigirse á Paris; mas luego reflexionó y se contentó en escribir á la marquesa de Fontaneilles.

«Mi querida marquesa:

»Nuestros destinos juegan á las cuatro esquinas. Mientras yo venia á Champauvert Genoveva iba á

Paris. Es necesario que yo retroceda ó que retroceda ella? aguardo vuestra respuesta.

»PARISIS.»

Al siguiente dia el joven recibió un telegrama que encerraba una sola frase:

«Aguardad.

»A. DE F.»

Octavio aguardó. No temia fastidiarse puesto que en el castillo habia un ejército de obreros. El espectáculo del trabajo ageno es siempre recreativo, principalmente si se trabaja para uno mismo. Hallándose ausente el arquitecto, Parisis podia dar buenos consejos para seguir la restauracion del castillo. No era artista pero tenia el sentimiento del arte en todas sus manifestaciones, pudiendo dar un buen consejo en pintura, en escultura y en arquitectura. En esto era superior á Monjoyeux, el cual era absoluto en su estilo; no era amante de la arquitectura del tiempo de Luis XII, y, fuera de esto, lo hubiese todo triturado para metamorfosear á su gusto el carácter del castillo.

Octavio no creia que Violeta hubiese muerto. Esto sin embargo, su recuerdo entristecia la soledad de Parisis.

Montespan que se veía ya en el sudario tan pronto como las sombras descendían sobre ella.

Cuando se bajó á su vez á la duquesa de Parisís á la capilla subterránea, Octavio, que no ignoraba el terror con que su madre miraba la noche, quiso que una lámpara ardiese perpetuamente en su tumba.

Así, luego que abrió la puerta de la cripta, vió cruzar un débil rayo de luz.

Bajó con sorda emoción, esforzándose por no ver en la muerte mas que la muerte misma, y queriendo suprimir el sombrío cortejo que dan á la muerte los poetas y los visionarios.

Cuando llegó á los últimos peldaños de la escalera en forma espiral, miró todos los féretros y los saludó piadosamente.

La mayor parte de aquellas tumbas eran de piedra y mármol, colocados al rededor de un altar, donde el dia de Difuntos, el cura de Parisís celebraba la misa. Otros de aquellos féretros, los mas modernos, eran de madera con franjas de terciopelo y clavos de plata. Entre estos habia el de su padre y el de su madre.

Se inclinó, y apoyó en ellos sus dos manos, bien como si tocase aquellos muertos queridos.

Por mas que no tuviese la costumbre de arrodillarse, por un movimiento involuntario y repentino cayó de hinojos y arrimó sus labios al terciopelo de aquellos dos féretros. Parecióle que debajo de sus labios se habia estremecido algo.

XXXIII.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS ESTÁ AQUÍ.

Al siguiente dia Octavio hojeó la biblioteca del castillo.

Habia abierto cincuenta volúmenes. Habia cruzado á vuelo de pájaro, ó mejor dicho, á vuelo de lechuza toda la historia de las filosofías, penetrando, sobre todo, en las ciencias oscuras por mas que el carácter de su espíritu le llamara siempre á las regiones luminosas.

Era un domingo. Toda la gente del castillo habia ido á la fiesta de una aldea vecina. No habia querido quedarse nadie. Estaba, pues, solo. La tarde estaba sombría, el sol velado. Recordó que no habia ido aun á la capilla y se le habia entregado desde hacia tiempo la llave de la cripta donde descansaban sus abuelos.

Cuando entré en la capilla era casi noche.

En la muerte de su esposo la duquesa de Parisís, cogió tanto horror á la noche que nunca mas quiso dormir sin luz, pareciéndose en esto á la señora de

No comprendo como puede haber un solo ateo que borre de una plumada la inmortalidad del alma. Y, sin embargo, solo hay un paso desde la vida á la muerte, y solo hay un paso desde la muerte á la vida.

Octavio se levantó! Miró aquella eterna luz que no ardía sino para los que no podían verla, y se dirigió hácia la escalera. Cuando llegó al último peldaño saludó gravemente como á su entrada, bien como si los difuntos debiesen devolverle aquel saludo.

En aquel silencio fúnebre parecióle oír aquellas frases que siempre le perseguían:

ESTÁ AQUÍ!

Subió silenciosamente la escalera, y murmuró tratando de sonreír:

—No! no quiero que esto esté aquí!

Se sentía protegido por su madre.

—Desafío, prosiguió, todos los espíritus á que me encadenen al destino de los Parisis, rompo los lazos de la leyenda y me emancipo de todo, desafiándolo todo.

Por mas que se creyese dueño de él y de su destino, Octavio no sintió el respirar el aire libre y el encender un cigarro; el cigarro, el amigo del hombre desde que el perro le hizo traición y desde que hay perros rabiosos.

XXXIV.

EL DESAFÍO Á DIOS.

La vida del castillo, despojado de todas sus soberanías, en nada se asemeja á la de Paris. Conozco castellanos que de Paris no reciben mas que el periódico; estos se nutren demasiado de la vida ideal; así es que les falta una gran fuerza de imaginación para encontrarlo todo bien, aunque, á semejanza de Cándido, cultiven su jardín.

Octavio que no habia previsto su viaje, no se habia llevado nada del boulevard de los italianos, ni siquiera un diario.

Así, despues de la comida, no le quedó mas recurso que el de subir á la Biblioteca.

Esta vez hojeó las novelas. Su mano no estaba feliz toda vez que cayó sobre *El Fraile*, de Lewis. Lo habia ya leído, volvió á leerlo á vuelo de pájaro, lo que fué bastante para que se volviese á penetrar del terror esparcido en aquella obra maestra.

El viejo Domingo que le habia servido la comida fué á preguntarle si queria lumbre.

—Si, dijo Octavio, que no era amante de la sole-

dad; la lumbré es un compañero muy alegre y fuera de esto, constituirá la alegría de las moscas y las arañas que viven en esta biblioteca, sin contar en que todos estos libros estarán contentos de calentarse un poco, toda vez que todos ellos me parecen enfermos.

Había en un extremo de la biblioteca, una chimenea de madera esculpida del tiempo de Francisco I, donde corrian las salamandras. La biblioteca era en aquella época una sala de armas. En el siglo diez y ocho,—otros tiempos, otras costumbres,—la pluma conquistó sus derechos de alta nobleza; se recogieron todos los libros que había en el castillo, y se les instaló en aquella gran pieza abandonada.

Octavio estuvo contentísimo al ver la lumbré. Calentándose los pies se vió en el espejo y casi no llegó á reconocerse. La vida de meditación que llevaba desde por la mañana había alterado la espresion burlesca de sus facciones. Por otra parte había descuidado su peinado y su vigote.

—Diablo! exclamó: si permaneciese aquí toda una estación haría una pésima entrada en París.

Arrastró un sofá cerca la chimenea y se tendió en él con un libro en la mano. Era una obra de Descartes. El jóven quería rehacer sus ideas en el torbellino del gran filósofo. A la segunda página se durmió.

A qué hora despertó? La lumbré se estinguía y las cuatro bugías aun ardian; pero no debían arder mucho tiempo.

Quiso llamar.

Había un cordon; pero no había campanilla.

Llamó pero todo el mundo estaba en la fiesta de la aldea.

Abrió la tentana. Había sobrevenido una borrasca y el traeno retumbaba en los aires; el viento se desencadenaba entre los altos árboles; densas y negras nubes, iluminadas por relámpagos, envolvian la mole del castillo.

Era la última tempestad de la estacion; pero había de dejarle un gran recuerdo.

A través del eco del trueno y del vendabal, Parisís oyó á lo léjos el rumor de los violones, esos violones rústicos que no pueden ser ahogados mas que por el rumor de la trompeta del Juicio.

—Está bien; por allí la gente se divierte; no turbemos la fiesta, tanto mas cuanto ya sabré encontrar mi eama. Qué hora es?

Había un reloj de arena en la biblioteca. Sin duda uno de los Parisís quiso manifestar que no se debía perder el tiempo, ni siquiera con los filósofos.

Cuando el sueño de la noche os aprisiona en sus cadenas, es muy difícil romperlas. En vano Octavio estiró los brazos; quedó medio aletargado en el sofá donde se había echado como para huir la borrasca.

La borrasca tenía su influencia en aquella estenuacion de fuerzas.

Había continuado con sus sueños el viaje en el mundo de los espíritus.

—Soy bastante bestia, murmuró, para dejarme in-

vadir por todos esos sueños de filósofos y pensadores que no fueron entusiastas del mundo porque no tuvieron cien mil libras de renta para disfrutarlo? La tierra es nuestra patria pasada y nuestra patria futura; no tenemos otra. Ya puede resonar el trueno, no me espanta. La ciencia nos ha llevado á los bastidores y hoy día sabemos lo que es el trueno.

Mas aunque Parisís se hiciese estas reflexiones, se habia apoderado de él un terror vago.

—Necesario es confesar, sin embargo, prosiguió, que apesar de nuestra mucha ciencia sabemos que no sabemos nada sobre Dios.

El jóven habia discutido mucho con los filósofos de hoy día, habia comido con los mas orgullosos apóstoles del ateísmo y habia observado que eran supersticiosos.

Parisís se burlaba de todas las supersticiones; pero hubiera sentido en extremo el hallar por la mañana uno de esos músicos, que, segun dice el vulgo, dan mal de ojo.

—Y bien, dijo Octavio de repente, quiero concluir con estas últimas nubes de la tontería humana.

Levantóse y se dirigió al fondo de la biblioteca, frente un gran espejo que bajaba desde el techo hasta la alfombra. Sobre la chimenea solo habia un espejo sin azogue. El mayor no estaba iluminado mas que por el reflejo de las cuatro bujías.

—Se me olvidaba, exclamó; para que se presente el diablo, no hay necesidad mas que de tres bujías.

Retrocedió y mató una de las cuatro luces.

—Ahora, dijo, volviendo frente al espejo, debe ser la media noche: el instante es bien elegido puesto que el viento silva y que el trueno retumba. Muéstrate, Satan! Yo te llamo!

El jóven se miró al espejo. Nunca habia sentido miedo por nada; pero en aquel momento sintió miedo de sí mismo. En aquella dudosa luz, Octavio hubo de observar que su palidez era mortal; quiso sonreír, pero su semblante permaneció grave y triste.

Aguardó con valor mirándose siempre al espejo.

Cruzó un rayo y vió una imágen vaga en el cristal.

Se abrió con estrépito una ventana, las bujías se apagaron, y Octavio, que miraba siempre en el espejo, vió en él dos figuras.

El jóven se asustó; llamó á Domingo y volvió á la chimenea para encender las bujías.

No se atrevió á volver la cabeza. Esto no obstante, cuando hubo encendido una cerilla miró la estancia.

Una mujer se dirigia hácia él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MAY 19 1921

Quién era aquella mujer que adelantaba hacia Octavio?

—Ella! exclamó el jóven con espanto.

Y creyó ver á la señora de Revilly. Se figuró que habia salido de su tumba para reprocharle su muerte.

No habreis olvidado la señora de Argicourt, esta hermosa borgoñona, entusiasta del amor, que habia bailado con el jóven el vals de las Rosas. Tampoco habreis olvidado que por un singular juego de la memoria Octavio se habia imaginado al verla, despues de la muerte de la señora de Revilly, que la señora de Argicourt, era la misma señora de Revilly.

Sus aventuras con esas dos mujeres habian sido tan rápidas y antes de amarlas las habia visto tan poco, que sus hechiceras imágenes se confundian en su memoria. En vano reconstruia sus dos rostros en su fantasía: luego que su memoria empezaba el dibujo del uno, el recuerdo del otro se imponia.

En aquella noche, no bien hubo distinguido con vaguedad el semblante de la señora de Argicourt,

cuando el jóven creyó que se hallaba en frente de la señora de Revilly.

Cualquier otro en su lugar se hubiese fuertemente impresionado: mas el jóven dominó su miedo, resuelto siempre á no creer en nada.

Reconoció muy pronto que aquella mujer no era un fantasma, puesto que la señora de Argicourt habló en voz alta.

Y como el jóven no temia los muertos, menos debia temer á los vivos.

Verdad es que en aquella noche no estaba armado; pero aunque se hallaba sin pistola y sin puñal, tres ó cuatro ladrones hubiesen mordido el polvo si se hubiesen atrevido á penetrar en el castillo.

Por fin encendió una bujía.

Dió dos pasos hacia la señora de Argicourt.

—Mi querido duque, le dijo esta con alegría, sois incontrable; os busco en todas partes y no hallo un alma viviente en el castillo.

—Sois vos, señora! dijo Octavio con cierta alegría repentina, cogiendo la mano de la baronesa: no os esperaba aquí á estas horas.

—Lo creo. Si os vengo á saludar á media noche es porque me he perdido en vuestros bosques. No sabeis, tal vez, que durante la temporada de caza yo soy vuestra vecina? He comido en casa de una hermana mia que vive á dos leguas de aquí: se me ha dicho que estabais en vuestro castillo. He querido sorprenderos de noche ya que no me es posible venir de día.

Yo me lisonjeaba de que llegaria aquí temprano, pues no queria hacer una estraña y pomposa entrada á las doce de la noche; pero la tempestad me ha hecho perder dos horas y media; me ha sido indispensable recogerme en una choza de leñadores. Qué tiempo y qué truenos!

—No me habléis de ello; ved si el diablo no entró por esta ventana.

—Decid, mi querido duque; que podeis hacer en esta biblioteca donde os he hallado á oscuras?

—Evocaba al diablo, ó, mejor dicho, me burlaba de él.

—Me asustais!

—No hay de qué. Me fastidiaba; tenia miedo de pasar la noche solo y rogué al diablo que me prestara su compañía. Pero sabeis por qué el diablo no ha venido?

—Por qué?

—Porque no creo en él.

—Y bien, yo os diré porque no ha venido el diablo, pagano endurecido; porque Dios se os ha querido mostraros.

Y luego con acento burlon:

—Hé aquí por qué he venido yo, prosiguió la señora de Argicourt.

—Sí, tenéis razon, dijo Octavio, pues si Dios se ha mostrado alguna vez sobre la tierra, ha sido hoy por medio de su mas hermosa criatura.

—Y bien, creéis en Dios ahora?

—Sí, puesto que creo en vos.

Octavio besó á la jóven en la frente.

Ella le rogó que le mostrase el teatro de sus evocaciones ó de su desafio al diablo.

Cogió una bujía y la llevó frente al espejo.

—Es estraño! dijo acercándose.

—Qué veis?

Octavio acababa de ver en el espejo la blanca figura de la señora de Revilly, como si signiera siendo el juguete de aquella estraña vision que le hacia confundir á una mujer con otra.

—Veo que el espejo está roto.

—Acaso no lo estaba?

—Nó; tengo buena memoria; esto me esplica porque me he visto en él doble, y porque os veo doble tambien.

—Como! me veis doble?

—Sí; no veis á vuestro lado la señora de Revilly?

—Me dais frio! estais loco?

—Sí; y yo quisiera reirme, dijo Octavio, el cual no reia.

—Pero, quien ha roto este espejo?

Parisis comprendió que la cuestion de las supersticiones estaba aun por resolverse.

—Habrá sido el viento después de haber abierto la ventana.

—Esto no es seguro; mas, porque el viento ha abierto la ventana?

Habia demasiados *porque* para que Octavio y la

señora de Argicourt se entretuvieran en resolverlos.

—Adios! dijo de pronto la hermosa viagera.

—Os despedís á esta hora de la noche, y con este tiempo abominable?

—Sí, mis caballos aguardan.

—Señora, nunca se ha venido de noche á Parisis, sin ver lavantar el sol del día siguiente.

Por mas que el duque de Parisis y la señora de Argicourt fuesen muy virtuosos, dudo mucho que aquél día viesen levantar la aurora.

Pero no hagamos juicios temerarios. Octavio temia demasiado encontrar la señora de Revilly en la señora de Argicourt, para escuchar aquella noche los ecos del vals de las Rosas.

XXXVI.

EL RAMILLETE DE FRESAS Y EL RAMILLETE DE LABIOS.

Entretanto la señora de Fontaneilles estaba desesperada, por no casar aun á Genoveva con Octavio.

Habia comprendido el pudor de los sentimientos de la jóven, que la impedian realizar sueños de dicha sobre un pensamiento de luto.

Habian transcurrido algunos días, cuando una mañana fué á visitar á Genoveva á la Abadía del Bosque, para decirle que era necesario que partiese con ella á Champauvert.

—Nó, dijo Genoveva; no quiero volver allí: Que he de hacer en aquel punto?

—El señor de Parisis te aguarda.

—Razon de más, para no ir. Por Dios, mi querida Armanda, déjame con mis oraciones.

La marquesa comprendió que aun no habia llegado la hora y escribió á Octavio, lo siguiente:

«He alcanzado mal éxito en una mision que me era muy agradable, pues yo os amo á los dos; volved,

pues, á Paris; quizá tendreis una elocuencia de mas resultados que la mia.

»ARMANDA DE FONTANEILLES.»

Octavio regresó á Paris.

Quiso ver á Genoveva; pero esta se negó á encontrarse con él, en casa de la marquesa. Esto no impidió á Armanda el que dijera á la jóven, que era indispensable obedecer la última voluntad de la difunta.

—Te casarás con Octavio.

—Nunca! replicó Genoveva.

—Nunca! he aquí una frase inconveniente; por qué?

—Por qué? porque no amo á Octavio.

—No amas á Octavio! Es necesario, pues, que estés celosa para amarle? Cuando Violeta vivía le amabas; ahora que ha muerto no le amas?

—Nó. Y además yo no quiero edificar sobre una tumba.

—Pathos! no se edifica mas que sobre ruinas.

Y la marquesa que creía conocer las mujeres añadió con algun sarcasmo:

—Ya que tú prefieres vivir en la muerte del convento, antes que en el amor de Parisis, yo me lavo las manos.

La orgullosa Genoveva no cedió.

—Es decir, que no quieres volver á ver á Octavio? preguntó la marquesa.

—Nó.

Y Genoveva volvió á entrar estóicamente en el convento.

Pero al siguiente dia la señorita de la Chastaigne-raye volvió á casa de la marquesa de Fontaneilles por mas que tuviese la costumbre de no visitarla mas que dos veces por semana.

La marquesa no dijo una palabra sobre Octavio; Genoveva no habló de su primo.

—Quieres venir al Bosque? preguntó la marquesa á su amiga.

—Sí, respondió Genoveva.

—Me prometes, dijo la señora de Fontaneilles, que no mirarás el palacio de Octavio.

—Sí.

—Y si encontramos á Octavio en la orilla del lago, me prometes que no volverás la cabeza?

—Sí.

Genoveva no miró el palacio de su primo. En la orilla del lago no tuvo necesidad de volver la cabeza porque no encontró á Octavio.

Quizá por esta misma razon, quiso ir al Prado Catalan á tomar leche; pero era tarde y no habia casi nadie.

Cuando el coche se detuvo frente á la vaqueria, dijo á su amiga que no queria bajar del carruage.

Habia entrevisto á Octavio y á una estrangera, la mas hermosa y rúbia de las italianas, los cuales estaban hablando debajo de un olmo.

Tomaban leche; es decir, me equivoco: ella bebia

leche, y el bebía su hermosura, pues la contemplaba con enamorados ojos.

A su vez, la marquesa vió al duque de Parisis y á la italiana.

—Y bien, mi buena amiga, dijo á Geneveva: ya ves que Violeta no se ha llevado los celos al sepulcro.

—No siento celos, dijo con frialdad Geneveva, recostándose en el fondo del carruaje. Pide leche: no bajaremos.

La marquesa hizo una seña á una suiza de la Opera Cómica, para que trajese dos tazas de leche.

Para beber es indispensable inclinarse; hé aquí porque la señorita de la Chastaigneraye vió otra vez á su primo.

Y como le vió ella!

Se habian traído fresas en la planta, la cual se habia cortado apropósito como se usa en los países mas salvajes y en los mas civilizados. Eran unas admirables fresas inglesas, preciosamente encarnadas y llenas aun de sangre de la tierra, casi vivas.

Parisis paseaba el fresero sobre los labios de la dama: los labios y las fresas parecían un mismo fruto.

La rúbia italiana mordía con sus hermosos dientes, cogiendo la mitad de cada fresa. Y cuando habia cogido una mitad, Octavio se comía la otra. Aquello era una verdadera comedia de amantes.

Geneveva tiró la mitad de su leche.

—Que picarona eres! exclamó la marquesa.

—Es tan mala esta leche!

La marquesa de Fontaneilles pensó que Octavio debía coger aquellas fresas, en los labios de Geneveva.

—No viste allí al señor de Parisis, y á la señora de...?

—Al señor de Parisis? repitió Geneveva con aire distraído, para ocultar su emocion; porque no ha venido aun á pedir mi mano?

dor no acostumbrado, sino á la jóven desposada que sonreía dulcemente para hacer creer en su dicha, por mas que la inquietud llegara hasta sus lábios.

La jóven no tenia toda su belleza: los nóvios nunca están bellos el dia de su matrimonio. La alegría tiene su fiebre y su palidez: el dia antes del enlace se duerme mal: es como la vigilia de un viage peligroso cuando apunta la borrasca.

Durante la misa todos los que veían la blanca desposada veían puntos negros en el horizonte, aunque no recordasen la leyenda de los Parisis.

Esto consistía en que los que conocían á Octavio, aquellos que mas le querían, veían, no sin temor, como la divina y elevada virtud de Genoveva de la Chastaigneraye caía en los brazos de aquel jóven.

Qué sucedería mañana?

Aquel hombre, siempre llevado por sus pasiones, iba á abdicar, á renunciar sus eternas aficiones al bello sexo para encadenarse á los pies de una sola mujer? Iba á cerrar sus ojos á su curiosidad, á matar en él al héroe de novela para convertirse en un hombre honrado y de juicio? No correría en lo sucesivo mas que una aventura, la aventura que le proporcionaria el hogar? Todo el mundo lo dudaba. ®

Al ver la espresion á un mismo tiempo feliz y triste que se notaba en el semblante de Genoveva, uno se decía á sí mismo que aquella jóven desposada era de las que se acuestan castamente en su tumba cuando no realizan el sueño de su vida.

XXXVII.

EL MATRIMONIO DE DON JUAN.

Si os digo que monseñor de Bourges, príncipe de la Tour d'Auvergne, fué cierta noche á dormir á Champauvert, que al siguiente dia toda la aldea se hallaba empavesada, que se había elevado un arco de triunfo en el camino de la iglesia, que el obispo de Dijon, los canónigos, los archidiaconos, todos los trajes negros, todos los trajes morados, todos los trajes encarnados, siguiendo la espresion de los aldeanos, ilustraron con su presencia la iglesia, vosotros, sin duda alguna, me preguntareis porqué.

Sabed que todo aquel aparato era para solemnizar el matrimonio del duque de Parisis con la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

No recibisteis la esquila participándoos este enlace? La *Gaceta de los Estrangeros* no olvidó, á este propósito, el recordar los títulos de ambas familias.

Quien quiera que seais, cristiano ó ateo, libre pensador ó católico, habreis experimentado cual yo una viva emocion en el santuario de aquella pequeña iglesia rústica, viendo no precisamente aquel esplen-

El ministro de Negocios estrangeros habia ido allí con su regalo de boda. El duque de Parisis debia ser nombrado antes de poco embajador de Alemania; era tan solo una promesa; pero una promesa que tenia el sello imperial.

Octavio era realmente feliz en aquel dia que era el mas hermoso de su vida?

Quizá se habia casado con demasiada frecuencia.

Se observaban entre la concurrencia de mujeres mas de veinte celebridades heráldicas, todas mas distraidas que piadosas, enamoradas de sus trages y censurando el de las otras. La única mujer que rogó á Dios por la felicidad de Genoveva fué la señorita Jacinta: esta sí que tenia las lágrimas en los ojos.

Lloraba tambien por Violeta? Pobre Violeta! Aun no se la habia olvidado. Genoveva rogó por ella durante la misa; Octavio la dedicó un recuerdo.

Si la desposada habia perdido en aquel dia un poco de su belleza, el duque de Parisis, en cambio, era mas hermoso que nunca. Esto hizo decir á una gran señora que figuraba entre las convidadas:

—Es posible que nos le tomen para siempre?

XXXVIII.

LAS CRUCES DE ORO.

Se celebró en el castillo de Champauvert una comida de ciento y un cubiertos que recordaba las fiestas patriarcales de la edad media.

Los aldeanos bailaban en el prado; nada se habia querido mortificar en su orquesta para no alterar el carácter rústico que tanto agradaba á Genoveva.

El arzobispo brindó por la desposada y Octavio brindó por el arzobispo: no brindó como un cristiano que se dirige á un príncipe de la Iglesia sino como un ateo que desafía el cielo.

No se cantó; pero Guy de Charnacé leyó un precioso soneto de un poeta ilustre en donde deseaba que su musa asistiera á la fiesta.

Cualquiera hubiese tomado aquello por las bodas de Canaan ó las bodas de Camacho. Octavio quiso resucitar los festines homéricos donde se asaba un buey y donde brotaban fuentes de vino.

En medio del festin las jóvenes aldeanas de Champauvert, las que habian sido dotadas por Genoveva, y las que habian de ser dotadas aquel dia, se presen-

taron tambien con ramilletes, pero no con ramilletes de rosas.

La mas jóven de todas, la que habia entregado el ramillete emponzoñado ofreció al señor de Parisis el mas bello racimo de uvas que se habia cogido en la vendimia.

Genoveva habia comprado cruces de oro rústicas, talladas segun la moda antigua.

Cuando Genoveva se levantó para colocarlas sobre el cuello de cada una de las doncellas, Octavio se levantó á su vez.

La sencilla accion de colocar una cruz de oro en el seno de una mujer, llevó á Octavio mas cerca de las esferas cristianas que todos los sermones que habia oido hasta entonces.

XXXIX.

LA PARTIDA DE DEFUNCION DE VIOLETA EN LA CÁMARA NUPCIAL.

Eran las dos de la madrugada cuando una silla de postas arrastrada por cuatro caballos conducia á Parisis á los desposados.

Genoveva no se habia llevado mas que á Jacinta.

Genoveva entró en el antiguo castillo de Parisis con cierto sentimiento de orgullo y de melancolía á un mismo tiempo. Al subir la escalera se apoyó en el brazo de Octavio y en el de la jóven protegida que salvaba con su inestinguible buen humor, los embrazos de aquella situacion encantadora.

Las dos jóvenes amigas entraron solas en la cámara nupcial. Genoveva se dejó caer sobre un confidente hospitalario que estaba en frente de la puerta. Al primer golpe de vista vió dos retratos de La Tour, su tatarabuelo y su tatarabuena que la miraban sonriendo, como si se sintiesen felices al verla.

—Oh! Dios mio! exclamó de pronto dirigiéndose á Jacinta; he olvidado en el coche y en una de sus bolsas la miniatura de mi madre.

tar
de
ran
ma
ven
tall
el e
van
el s
las
bia

276

LAS GRANDES DAMAS.

La jóven abrió la puerta con objeto de ir en busca del retrato.

En su precipitación dejó caer una carta que se le había entregado en el momento de marchar.

En esta carta no había sobre. Geneveva la recogió y hubo de reconocer en seguida la letra de Violeta.

—Es singular! dijo. Cómo ha llegado hasta aquí esta carta?

No la había visto caer de manos de Jacinta.

Geneveva la leyó con rapidez, aunque sin observar que no iba dirigida á ella.

«Para vivir era indispensable que vos estuvieseis aquí; para morir, por qué no puedo estrechar vuestra mano?

»Voy á morir sola, en un rincón, á semejanza de un perro abandonado.

»Yo también soy una Parisis, sobre todo para aquella leyenda. Vos la conocéis:

»EL AMOR DARÁ LA MUERTE Á LOS PARISIS.

»EL AMOR DE LOS PARISIS DARÁ LA MUERTE.

»Adios, amiga mía. Se me ha prometido enviaros esta carta con mi partida de defunción, para que mi sucesión no ofrezca inconvenientes.

No olvidéis que os dejo un dote de cien mil francos. Sed feliz!

«VIOLETA.»

LAS GRANDES DAMAS.

277

Con esta carta iba la siguiente partida de defunción:

†

Don Francisco Santa Cruz, licenciado en Teología, Caballero de la Real orden americana de Isabel la Católica y Cura-párroco de la Iglesia de Santa Maria de esta ciudad de Búrgos, diócesis de la misma, de que es Arzobispo el Excelentísimo e Ilustrísimo señor Don Atanasio Rodriguez Juste:

CERTIFICO: que, en el día de hoy, ha sido depositado en la bóveda de esta Santa Iglesia parroquial el cadáver de la señora doña Luisa Violeta de Pernand-Parisis, hija de la Sra. Eduvigis Portien, la cual nació en Paris el 17 de abril de 1846 y falleció en el día de ayer á las cuatro de la tarde, despues de haber recibido los últimos auxilios espirituales, asistida del Teniente Cura, vicario de esta parroquia, D. Florencio Lasala.

Y para que conste espido la presente certificación, cuyo original queda depositado en el archivo de esta parroquia é inscripto al fóllo 237 con el número 3.789 en el libro de difuntos.

A ruegos de los señores D. Angel Vallejo y D. Laureano de la Roda-Infante, ejecutores testamentarios de la finada. Búrgos 13 de agosto de 1867.

El Cura-párroco,

Ldo. FRANCISCO SANTA-CRUZ.

La señorita Jacinta al entrar sorprendió á Geneveva en brazos de Octavio. La jóven había lanzado un grito de dolor y el duque había acudido sin que comprendiese nada de lo que ocurría.

La que era duquesa de Parisis desde el medio día enseñó á su marido la carta de Violeta.

—Ved, dijo á Octavio: porqué recordarme tan fatalmente la leyenda de los Parisis!

Octavio leyó la partida de defuncion de Violeta.

—Es extraño, dijo para sí; no puedo creer en la muerte de Violeta.

Se engañaba Octavio en sus presentimientos?

Habia efectivamente muerto Violeta?

FIN DEL TERCER TOMO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

LIBRO TERCERO.

LA DAMA DE PALOS.

	Pág.
I. Genoveva y Violeta	5
II. La locura de la razon	11
III. Las dos primas	17
IV. Violeta y Jacinta	30
V. Confesion de Genoveva	34
VI. Donde se demuestra que las muje- res no se consuelan	44
VII. Por qué Clotilde murió virgen	47
VIII. La hora del diablo	67
IX. Las visiones de la señorita Julia	79
X. La señorita Rebeca	86
XI. El lazo de union.	94
XII. Un baile en casa la Srta. Rebeca	98
XIII. San Lázaro	104
XIV. Las señoras toman aguas	113
XV. El cántico	124
XVI. Bajo el hábito de una religiosa.	129
XVII. Una egloga en 1867	134
XVIII. Un practicante de medicina arran- ca un diente á Rebeca	146

XIX.	La soledad de Violeta	155
XX.	Las dos primas	159
XXI.	El castillo de naipes	162
XXII.	Otro ramillete mortal	166
XXIII.	Donde había ido Violeta	173
XXIV.	La marquesa Danae	179
XXV.	El amante de Danae	188
XXVI.	El despertar de Danae	199
XXVII.	El tercer ladrón	203
XXVIII.	La mujer de nieve	211
XXIX.	Páginas sueltas de la vida de Octavio	221
XXX.	La trapera	229
XXXI.	La confesion de Violeta	235
XXXII.	Octavio de Parisis	249
XXXIII.	Está aquí	252
XXXIV.	El desafío á Dios	255
XXXV.	La muerta y la viva	260
XXXVI.	El ramillete de fresas y el ramillete de lábios	265
XXXVII.	El matrimonio de Don Juan	270
XXXVIII.	Las cruces de oro	273
XXXIX.	La partida de defuncion de Violeta en la cámara nupcial	275

REC